

UNIVERSIDAD CATOLICA BLAS CAÑAS

DIRECCION DE INVESTIGACION

SERIE DE INVESTIGACIONES N° 11

**CAMINO AL GOLPE:
EL NACIONALISMO CHILENO A LA CAZA
DE LAS FUERZAS ARMADAS**

Verónica Valdivia Ortiz de Zárate

Santiago, 1996

UNIVERSIDAD CATOLICA BLAS CAÑAS
DIRECCION DE INVESTIGACION

SERIE DE INVESTIGACIONES / N° 11

ISSN: 0717-1730
Inscripción: N° 98.102

Esta Investigación financiada por la Universidad Católica Blas Cañas, es el resultado de un Proyecto elegido en concurso interno, mediante la evaluación de dos pares expertos y seleccionada por una Comisión Académica de la más alta jerarquía presidida por el Sr. Vicerrector Académico e integrada por el cuerpo de Decanos de la Universidad.

Santiago, Chile
1996

PRESENTACION

SERIE DE RESULTADOS DE INVESTIGACION

La Universidad Católica Blas Cañas, fundada en 1990, heredera del Instituto de Educación Superior del mismo nombre, tiene como finalidad la búsqueda de la verdad y su trasmisión desinteresada a través de la docencia, la extensión y la investigación; consecuente con esta última, convoca anualmente a sus académicos a concursos de proyectos de investigación.

En esta oportunidad esta Universidad, tiene el agrado de presentar a la opinión pública, a los académicos y estudiantes, el undécimo número de esta serie de publicaciones, financiadas por nuestra institución, destinada a dar cuenta del resultado de una de las investigaciones realizada durante 1995.

El presente texto forma parte de una serie de investigaciones a cerca del nacionalismo chileno que ha efectuado la profesora Verónica Valdivia. En su primer trabajo sobre el tema, (Serie de Investigación N° 3) estudió el período del Frente Popular; en el siguiente (Serie de Investigación N° 8) aborda el segundo gobierno de la administración de Carlos Ibáñez y en este trabajo, Verónica Valdivia ofrece una mirada amplia, un análisis profundo, sereno y ameno de un período reciente de nuestra historia que va de 1965 a 1973. A través de una lectura aguda, se puede explicar y comprender un proceso que culmina con la formulación de un proyecto nacionalista que asignaba a las Fuerzas Armadas una función preponderante en la institucionalidad chilena.

Con esta obra estamos cumpliendo uno de los requisitos básicos del ser Universidad; posibilitar el trabajo creativo, innovador, de reflexión de su cuerpo académico, además de ponerlo a disposición de la comunidad nacional; en particular con este tema que invita a la reflexión y a extraer lecciones en torno a los mecanismo de convivencia que han operado al interior de nuestra sociedad.

Dirección de Investigación

INDICE

INTRODUCCION	5
I. LA ENCRUCIJADA NACIONALISTA EN LOS SESENTA	9
II. LA PIEDRA ANGULAR: EL TACNAZO	27
III. ¡EL NACIONALISMO ESTA VIVO!: A LA CAZA DE LAS FUERZAS ARMADAS	41
CONCLUSIONES	64
FUENTES Y BIBLIOGRAFIA	67

INTRODUCCION

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 puso fin a la aparente prescindencia política de las fuerzas armadas en la vida nacional, tras cuarenta años de respeto formal a la Constitución¹. A partir de ese momento, el tema de la participación militar en la contingencia empezó a ser repensado por gran parte de la sociedad. Hoy día, a 25 años del golpe militar, sigue siendo un tópico fundamental del debate político y de la democracia a forjar: la discusión acerca del Tribunal Constitucional, del Consejo de Seguridad Nacional o la Ley Orgánica de las fuerzas armadas, entre otros, lo avalan, haciendo de estos organismos un actor imposible de eludir. No obstante, el golpe y el consiguiente régimen militar no fueron los responsables absolutos de ese cambio de percepción acerca del papel que les correspondía jugar a dichas instituciones. Mucho antes del colapso violento de la democracia chilena en 1973, núcleos pequeños, casi siempre marginales, a menudo tildados de “locos” o “payasos”, habían comenzado a repensar a las fuerzas armadas elaborando lentamente

un discurso novedoso respecto de ellas. Desde mediados de los años cuarenta el tema de las fuerzas armadas ocupaba un lugar cada vez más central entre los movimientos nacionalistas de derecha². Si hasta mediados de los años sesenta ese discurso tuvo poca resonancia socio-política, a partir de esa fecha y, en particular, con la experiencia de la Unidad Popular, lograría introducirse en el ideario de importantes sectores, tanto políticos como gremiales y universitarios, obligando a amplios ámbitos de la sociedad a cuestionar la no deliberación militar y el sometimiento estricto a la autoridad civil. Una cuestión como ésta, que cruza hoy toda la vida política nacional, hace necesaria una mirada al pasado, una mirada histórica que ayude a explicar tal proceso.

La notable estabilidad que Chile exhibió a lo largo del siglo XX —en especial hasta mediados de los sesenta—, se fundamentó, en gran medida, en la capacidad de las colectividades partidarias para aceptar las reglas del juego democrático y desarrollar sus pro-

-
1. El concepto de “constitucionalismo formal”, para el caso de las fuerzas armadas chilenas, fue acuñado por el sociólogo Augusto Varas a comienzo de los años ochenta. Según éste, la no intervención directa de los militares chilenos en política a partir de los años treinta, no habría estado basada en la internalización de principios democráticos por parte de éstos que legitimaran la obediencia al poder civil, sino más bien en cuestiones corporativas, por lo que su respeto a la Constitución habría tenido un carácter meramente “formal”. Esta tendencia de los oficiales a la no deliberación política habría estado sustentada, más bien, en la inexistencia de un basamento doctrinario respecto del rol que ellas debían cumplir en la sociedad contemporánea. La carencia de una doctrina que las insertara coherentemente en la sociedad, las habría dejado en una situación de orfandad doctrinaria que las indujo a un respeto formal de la institucionalidad. Augusto Varas et al., **Chile. Democracia. Fuerzas Armadas** (Stgo., 1980).
 2. Este estudio es la continuación de dos trabajos anteriores en los cuales se ha analizado al nacionalismo desde la perspectiva de movimiento político, tónica que éste mantiene. Por ello no se entrará en especificaciones conceptuales abordadas anteriormente y que sirven de sustrato al análisis que aquí se ofrecerá. Con todo, es pertinente señalar que este trabajo aborda al nacionalismo de derecha, de corte autoritario y raigambre hispanista, pensamiento doctrinario que sirve de base para la elaboración de un proyecto político que pone énfasis en las jerarquías sociales, en el sentido de identidad hispánica y unidad espiritual dada por el catolicismo. En relación a la influencia del hispanismo en el pensamiento nacionalista

puestas dentro del marco establecido, conviviendo, aunque a veces con dificultad, con sus opositores³. Esta plasticidad política permitió dar legitimidad al ejercicio del poder y proyectar a éste una imagen de cohesión o, al menos, de “compromiso” entre todo el espectro partidario⁴. Los problemas nacionales eran debatidos dentro del orden institucional y sus resoluciones se adecuaban a las posibilidades de generar un consenso mínimo o a la factibilidad de construir alianzas que permitieran la mantención del orden imperante. Los peligros de desacuerdos que derivaran en quiebres políticos serios, amenazando con un fraccionamiento sistémico, fueron neutralizados en pos de la defensa de la democracia política.

Las frustraciones, no obstante, que este tipo de quehacer político generó, determinaron el replanteamiento de los distintos partidos y su modernización. La necesidad de buscar nuevas alternativas a un sistema que se revelaba agotado –el modelo de industrialización por sustitución de importaciones y el Estado de Compromiso– significaron, durante la década de 1960, la aparición de tres propuestas diferentes y mutuamente excluyentes. Estas hacían alusión a una profundización de la democracia social y política dentro de los límites ins-

titucionales –la “Revolución en Libertad”–, una apuesta autoritaria nacionalista desde la derecha y la construcción de una sociedad socialista desde la izquierda. El carácter confrontacional que la lucha asumió fue minando la capacidad de llegar a acuerdos y deteriorando la imagen de coherencia que el sistema había mostrado hasta entonces. Lo que empezó a prevalecer fue el fraccionamiento, la deslegitimación y un desconocimiento generalizado a las normas de convivencia política.

Mientras lo predominante entre los partidos fue la flexibilidad y el acomodo, el recurso a la fuerza como mecanismo de resolución de conflictos no fue necesario. La existencia de grupos de representación para la defensa de los intereses de los distintos sectores, fortaleció la convicción en los hilos democráticos. En ese contexto, los intentos golpistas o deliberativos de algunos oficiales militares entre 1938 y 1969 tuvieron un carácter más bien aislado y no involucraron a ninguno de los actores políticos de más peso. En general ellos estuvieron asociados a sectores marginales de la derecha no democrática, con escasa influencia social. Esto, indudablemente, fue un factor de estabilidad.

chileno, véase Ricardo Pérez Montfort, **Hispanismo y Falange**, págs. 18-24, Verónica Valdivia O. de Z., **El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)**, págs. 34-38 y Renato Cristi y Carlos Ruiz, **El pensamiento conservador en Chile**, págs. 67-92. Respecto del nacionalismo véase Ernest Gellner, **Naciones y nacionalismo** (1988), Eric J. Hobsbawm, **Naciones y nacionalismo 1780** (1992), Federico Chabod, **La idea de nación** (1987), Kalman Silver **Nacionalismo y política de desarrollo** (1966) y Benedict Anderson, **Comunidades imaginadas** (1993).

3. Paul Drake, **Socialismo y populismo en Chile 1936-1973** (1993), págs. 16-19; Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulián, **La Unidad Popular y el conflicto político en Chile** (1993), págs. 28-31.
4. En el “Estado de Compromiso” ningún sector es capaz de ejercer su hegemonía sobre el resto, lo cual la obliga a realizar transacciones con sus adversarios e integrar permanentemente nuevos grupos a la vida político-social para asegurar la estabilidad institucional. Tomás Moulián “La debilidad hegemónica de la derecha en el Estado de Compromiso”, Flacso, 1981; Manuel Antonio Garretón, **El proceso político chileno**, págs.24-25. También Marcelo Cavarozzi “Populismos y partidos de clase media”, **Revista Mexicana de Sociología**.

Asimismo, la coherencia que parecía acompañar a la toma de decisiones incidió para que las fuerzas armadas se mantuvieran, en términos globales, en una postura de respeto a la Constitución y de sometimiento al poder civil. Ellas respondían a un poder legítimo, lo cual también fue un elemento estabilizador. Por ello los constantes llamados de sectores minoritarios a un quiebre de la no deliberación, sólo atrajeron a pequeñas fracciones militares que no pusieron en jaque la tendencia prevalente. La fuerza todavía no lograba convertirse en un instrumento más y, posteriormente, clave de la lucha política.

La reorientación del espectro político, sin embargo, y el enfrentamiento que reemplazó a la convivencia, influyeron para que la obediencia militar al mando civil comenzara a mostrar más abiertamente sus debilidades y su carácter “formal”, abriendo de plano el camino a la deliberación y al golpe. Del mismo modo, aquellos grupos de la derecha nacionalista, hasta entonces marginales, encontraron un terreno más fértil para lanzar sus mensajes a las fuerzas armadas, ahora penetradas por la crisis política y reflejo del fraccionamiento y agotamiento que aquejaba al sistema. Si hasta entonces su prédica había tenido poca resonancia, la lucha por un “orden nuevo” perseguido por la izquierda y la derecha hacia fines de los sesenta, creaba al nacionalismo las condiciones para un combate en una situación de mayor igualdad y llevaba su voz hasta los cuarteles militares.

Este trabajo rastrea el camino recorrido por el nacionalismo chileno desde mediados de la década de 1960 hasta comienzos de la siguiente; específicamente, entre 1965 y 1973. Su propósito es analizar el proceso de reconstrucción nacionalista bajo el go-

bierno de la Democracia Cristiana, las opciones que se presentaron, las escogidas y las variaciones producidas, tanto a nivel doctrinario como de praxis política, con relación a los años cincuenta. Asimismo, explicar el auge de los movimientos nacionalistas tras el triunfo de Salvador Allende en la elección presidencial de 1970 y su impacto en las fuerzas armadas durante la Unidad Popular. El tema central que rodea este estudio es la vinculación entre el nacionalismo y las fuerzas armadas, especialmente el ejército. A pesar que este trabajo considera el período de la Unidad Popular, éste sólo se utilizará como telón de fondo para analizar la construcción de un ideario nacionalista con fuerte énfasis en el papel político a jugar por las fuerzas armadas en tanto proyecto.

La hipótesis que guía este estudio es que si bien el nacionalismo, medido en fuerza electoral e impacto de masas, siempre ha sido, y sigue siendo, un sector marginal de la política chilena, su peso político real debe ser analizado en función de las instituciones con las cuales se vincula. Proponemos que el nacionalismo autoritario de derecha, el cual este estudio aborda, ha ejercido una fuerte influencia en la política chilena de los últimos treinta años por su capacidad de penetrar a la derecha histórica en 1966 —atenuando su carácter institucionalista— e influir en las fuerzas armadas en relación al rol que ellas deben cumplir en la sociedad. Planteamos que fue precisamente la escasa influencia social del nacionalismo y, por tanto, su imposibilidad de realizar la revolución nacionalista a través de un movimiento masivo o de una competencia equilibrada con los partidos tradicionales, la razón que lo llevó tempranamente a mirar a las fuerzas armadas como vehículo para la materialización de su proyecto. Este acercamiento estuvo sustentado en el carácter nacionalista

de las fuerzas armadas y en sus conceptos de orden, disciplina y jerarquía, tan deteriorados en la sociedad chilena de los sesenta y principios de los setenta. El éxito de la batalla contra el orden democrático-liberal, desgastado para la fecha en estudio, contra el marxismo que se abría paso inevitablemente y la implantación de un Estado nacionalista autoritario, dependía de la capacidad de los movimientos nacionalistas de involucrar a las fuerzas armadas en la resolución del conflicto. No pretendemos afirmar que al golpe sólo contribuyó el discurso y las presiones ejercidas por estos grupos sobre las fuerzas armadas; a él confluó, sin duda, un abanico socio-político mucho más amplio. Con todo, los movimientos nacionalistas ofrecieron uno de los argumentos más consolidados en ese

momento para convertir a las fuerzas armadas en una alternativa política más permanente. Y es este, precisamente, el punto central del análisis, en cuanto si bien hubo otros sectores que miraron a las fuerzas armadas para resolver el conflicto político durante la Unidad Popular –tanto desde el centro como de la propia izquierda–, su llamado sólo tenía fines golpistas, revolucionarios o neutralizadores. La diferencia sustancial con la invocación a las fuerzas armadas hecha por el nacionalismo es que ella lo era como alternativa política permanente y no meramente coyuntural o instrumental. Su aporte estuvo en lograr argumentar a favor de unas fuerzas armadas plena y permanentemente integradas a la vida nacional y a las decisiones políticas.

I

LA ENCRUCIJADA NACIONALISTA EN LOS SESENTA

Si bien uno de los grandes logros de los años del Frente Popular fue consolidar la democracia política, el cúmulo de frustraciones que, al mismo tiempo, generó a comienzos de los cincuenta, dio lugar a la búsqueda de nuevas alternativas. Este desencanto no se remitió, exclusivamente, a las dificultades económicas producidas por la evidencia de los límites del modelo de sustitución de importaciones o la inflación y el racionamiento, sino que se extendió a todos los ámbitos de la vida nacional. La desconfianza hacia los partidos tradicionales y su estilo de hacer política, los sectores sociales a costa de los cuales se había estructurado el crecimiento económico y la redistribución del ingreso, el fracaso en lograr el desarrollo; en fin, una sensación generalizada de agotamiento. Era la época de los descontentos.

Pero no eran sólo los actores sociales que comúnmente se hacen oír los que se hallaban inquietos: la inquietud también invadía las filas militares. Después del repliegue obligado de las fuerzas armadas de la arena política durante los años treinta y recuperado el espíritu de cuerpo, estas instituciones intentaban reinsertarse en la vida civil. Dicho proceso, no obstante, se dificultaba pues, la sumisión lograda por los civiles se tradujo en un alejamiento de éstos hacia el mundo militar y la ausencia de una doctrina que definiera las tareas castrenses, permitiéndoles vincularse con el mundo civil. De

esta forma, el profesionalismo militar, entendido como no deliberación, se convertía en una actitud vacía de contenido que no respondía a principios definidos por el conjunto de la sociedad civil. La "orfandad doctrinaria" que esto significó, llevó a los militares a buscar independientemente un nuevo rol que les permitiera reubicarse y revalidarse socialmente, recuperando su importancia en el desarrollo del país y revertir esa sensación de decadencia que los afectaba. Tan confusos anhelos fueron satisfechos durante los años cincuenta con el desarrollo de la Guerra Fría y la aparición a nivel continental de una Doctrina de Seguridad Nacional, ofreciendo el marco doctrinario que las fuerzas armadas estaban buscando. La defensa hemisférica las relegitimó en el contexto del enfrentamiento de occidente con la Unión Soviética, redefiniendo su función en relación al comunismo y la insurgencia en América Latina y Chile en este caso. La nueva cosmovisión fusionó los conceptos de defensa hemisférica -como respuesta a una agresión extracontinental- con el de seguridad interior en cada país, entregando a estas instituciones la misión de mantener la unidad nacional ante cualquier peligro de disgregación. En este sentido, la Doctrina de Seguridad Nacional ofreció a las instituciones castrenses una revalorada visión de sí mismas como las encargadas del destino de la nación, baluarte de la unidad nacional, estimulándolas a autoasignarse un rol mesiánico⁵.

5. Augusto Varas et al. **Chile. Democracia. Fuerzas Armadas**. Genaro Arriagada y Manuel A. Garretón "América Latina a la hora de la Doctrina de Seguridad Nacional" en María A. Pérez (Ed.) **Las fuerzas armadas en la sociedad civil** (CISEC, 1978).

En esta búsqueda de tareas a asumir, sin embargo, las fuerzas armadas no estuvieron absolutamente solas en el contexto nacional. Al contrario, ellas contaron con los movimientos nacionalistas que en los años cuarenta y cincuenta se enfrentaban al hecho concreto de su incapacidad para convertirse en un fenómeno de masas. Ya fuera que se tratara del nacionalismo católico –la cruzada– o del nacionalismo más proyectual –el pratismo–, la experiencia ibañista había resultado un fiasco para la revolución nacionalista, obligando a estas agrupaciones a una intensa reflexión sobre su futuro político. En el caso del Pratismo, proveniente de los estanqueros de mediados de los años cuarenta, se cuestionó el rol asignado a las fuerzas armadas y la situación de abandono en que ellas se encontraban, proponiendo una “solución integral”, es decir, una reorganización de ellas de acuerdo a las exigencias del mundo surgido de la Segunda Guerra Mundial. Tal propuesta implicaba un estudio de la cuestión de sueldos, asignaciones, gratificaciones y remuneraciones en el exterior que garantizaran unas fuerzas armadas eficientes para la defensa externa; en segundo lugar, otorgarles la misión de ser las “supremas guardadoras de nuestra orgullosa tradición constitucional republicana”, al tiempo que se revitalizaba la imagen guerrera del pueblo chileno como imperativo del destino nacional. Estanqueros planteó la necesidad de extender las funciones castrenses a ámbitos ajenos a la defensa externa para asignarles una misión cívico-educativa al interior de los cuarteles que sirviera a la “patria por medio del trabajo”.

Durante la segunda administración de Ibáñez, en la cual Jorge Prat colaboró como ministro de Hacienda (1954), el líder nacionalista-estanquero trató de establecer vínculos

más estrechos con los militares para cumplir los objetivos de la “revolución pacífica” del 4 de septiembre de 1952, y también el proyecto de su movimiento. Tal acercamiento se verificó en la participación de Prat en el grupo conspirativo cívico-militar denominado Línea Recta formado a fines de 1954 y que salió a la luz pública en marzo del año siguiente.

Línea Recta pretendió dar al Presidente las herramientas de fuerza necesarias para salirse de los márgenes institucionales, cerrar el Congreso Nacional, clausurar los partidos e iniciar una “verdadera política de saneamiento nacional” que devolviera a Chile una posición expectable en el concierto latinoamericano sin los “obstáculos” de la democracia. El rechazo de todos los sectores políticos a dicho experimento, y también de un núcleo mayoritario al interior del ejército, abortaron el complot rectista que contaba con la bendición, sino la conducción, del propio presidente Ibáñez. La participación de Prat en esos eventos parece haber estado relacionada con la elaboración del Manifiesto ideológico del grupo, a comienzos de 1955, en el cual se criticaba fuertemente a los partidos a quienes se culpaba de llevar al país a la decadencia y se instaba a los sectores “incontaminados” a tomarse el poder. Sólo un grupo de jóvenes –decía el Manifiesto– “decididos a sacrificarse por la patria, con capacidad técnica ... pueden y deben con un plan de orientación, salvar al país conduciéndolo a la prosperidad y a ocupar el lugar que le corresponde en la comunidad de los pueblos hermanos”.

Las intenciones independentistas de Prat respecto de la hegemonía que Ibáñez pretendía imponer en Línea Recta, parecen haber decidido al Presidente para deshacerse de su ex Ministro y destituirlo de la Pre-

sidencia del Banco del Estado⁶. A pesar del alejamiento estancoero de Ibáñez, la participación de Jorge Prat en Línea Recta parece haberse mantenido clandestinamente durante todo el año 1955 hasta que el plan abortó definitivamente a comienzos de 1956.

En el caso del nacionalsindicalismo –que hemos denominado “la cruzada”–, la experiencia ibañista también fue frustrante, en tanto Ibáñez no había sido capaz de encauzar la evidente desilusión social hacia los partidos para convertirla en una fuerza dispuesta a secundarlo en la transformación profunda que, según su diagnóstico, el país necesitaba: la revolución integral. Sin embargo y a diferencia del nacionalismo pratista, la tentativa golpista que el Presidente respaldó –Línea Recta– tampoco contó con el beneplácito del Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista, pues se imponería un régimen dictatorial “...con hombres sin doctrina, honrados y patriotas, pero carentes de ruta y de objetivos definidos”. Hasta mediados de la década de 1950, el nacionalismo espiritual por el que abogaba esta tendencia no reconocía en las fuerzas armadas un actor fundamental para el triunfo de la revolución nacionalista tal como ellos la entendían, claramente espiritual. Todavía hacia fines de los años cincuenta, el nacionalsindicalismo seguía insistiendo en la importancia de atraer a la juventud con un nuevo “estilo”, ar-

diente, combativo y católico, movido por la fuerza de la “fe”. Por ello el grupo fue muy crítico de la vertiente estanquera-pratista, muy similar a los partidos, que insistía en un proyecto “portaliano” contradictorio con la realidad de Chile a mitad del siglo XX. No obstante, esta fracción espiritual del nacionalismo tampoco logró crear un movimiento masivo capaz de derrotar a las colectividades partidarias y superar la democracia liberal, debiendo rendirse ante la evidencia de su fracaso⁷.

De este modo, nos encontramos hacia la década de 1960 con dos vertientes del nacionalismo chileno que han fracasado en su intento de materializar sus objetivos programáticos o espirituales, pero que se resistían a abandonar la arena política especialmente en un momento de profundos cambios a nivel nacional e internacional. La Revolución Cubana planteó un nuevo desafío a los defensores de la tradición cuando ella revitalizó a la izquierda latinoamericana y chilena con la lucha armada, al mismo tiempo que Estados Unidos con la Alianza para el Progreso incentivaba a los gobiernos latinoamericanos a hacer profundas reformas dentro del marco democrático. La tendencia al cambio que se apoderaría del mundo y de Chile en esos años obligaron al nacionalismo a retomar posiciones bajo la experiencia de la “Revolución en Libertad”.

6. Sobre el nacionalismo estanquerista, véase Verónica Valdivia **El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)**; para la experiencia de Prat y de su movimiento durante la segunda gestión de Ibáñez, incluido el caso de Línea Recta, Verónica Valdivia **Nacionalismo e Ibañismo**. Respecto de Línea Recta, véase Rolando Álvarez et al “De Ariosto Herrera al general Viaux, un estudio de los complotos militares en Chile”, UCBC, 1995; Arturo Olavarría **Chile entre dos Alessandri**, vol. II, págs. 300-329, Mauricio Hidalgo “El Ariostazo, PUMA y Línea Recta. Una desviación del profesionalismo de las fuerzas armadas chilenas”, Tesis inédita, PUC, 1994; Raúl Silva M. **Camino al abismo**, (Stgo., 1955).

7. Para el nacionalsindicalismo, Verónica Valdivia **Nacionalismo e Ibañismo**, págs. 21-31 y 59-63. En ese trabajo se hace un análisis comparativo del nacionalismo más proyectual de la línea estanquera-pratista con respecto al nacionalismo espiritual, integrista del nacionalsindicalismo y sus experiencias bajo la

Ya desde la campaña presidencial de 1958, el nacionalismo chileno temía la oleada de cambios que se avizoraban en el futuro cercano y que la sorpresiva votación obtenida por el candidato socialista, Salvador Allende, mostró en toda su crudeza. El nacionalsindicalismo tenía muy claro en ese año que la opción alessandrista no era una alternativa real al marxismo, dado el carácter del candidato y los objetivos de los partidos que lo apoyaban: “el gobierno de Alessandri dividirá al país en dos bandos irreconciliables... Será un gobierno gerencial -bueno o malo- que permitirá crecer al marxismo y enfrentar las próximas elecciones como una fuerza que llegará casi al 40% del país”⁸.

El diagnóstico hecho a la candidatura de Jorge Alessandri, se complementó con la percepción del grupo acerca de la entonces naciente Democracia Cristiana, a la cual visualizaba como una tendencia ingenua en tanto “pretenderá ganarle sus banderas al comunismo con lo que marxistizará aún más a Chile, destrozará sus defensas y lo ofrecerá indefenso al golpe certero y violento de los rojos”⁹. Así, la significativa cantidad de sufragios lograda por la candidatura marxista dentro del marco de la democracia liberal confirmaba la incredulidad del

nacionalsindicalismo acerca de ésta, pues era evidente, a su entender, que tal sistema político sería incapaz de detener el triunfo de la izquierda y le abriría las puertas para su propia destrucción.

Tales vaticinios se vieron confirmados cuando el gobierno de Frei comenzó a realizar las reformas prometidas durante la campaña de la “Patria Joven” en 1964, cuestionando el sistema de propiedad, organizando a vastos sectores populares urbanos y masas campesinas que se politizaron rápidamente¹⁰. La doble intención de la “Revolución en Libertad” de un desarrollo económico basado en el reforzamiento de la estructura capitalista y su proyecto social determinaron un incremento sustantivo de las demandas, traducido en una movilización creciente que, según la evaluación retrospectiva de Radomiro Tomic, acentuó las muchas contradicciones de la sociedad chilena.

La puesta en práctica de las políticas de promoción popular, por su parte, inquietaron a la izquierda, toda vez que con ella la Democracia Cristiana le disputaba su hegemonía sobre los sectores populares. La intención de la “Revolución en Libertad” de incorporar a los marginados urbanos a

segunda administración ibañista. Véase también, Erwin Robertson “Ideas nacionalistas chilenas”, págs. 261-284.

8. **Bandera Negra**, N°28, agosto de 1958. Esta percepción de la cercanía del triunfo de Allende en 1958 fue compartida posteriormente por el líder del Frente Nacionalista Patria y Libertad, Pablo Rodríguez Grez, para quien el divisionismo de las fuerzas democráticas a fines de los años cincuenta hacía “peligrar la supervivencia del régimen: Alessandri, Frei, Bossay y Antonio Zamorano... Allende fue el candidato único de socialistas y comunistas... por escasos treinta mil votos la candidatura Alessandri sobrepasó a la de Allende... Podría decirse que la democracia se salvó milagrosamente...”. De acuerdo a su análisis, el año 1958 “transformó al marxismo en alternativa de poder”. **Entre la democracia y la tiranía** (Stgo., 1972), pág. 12.

9. **Bandera Negra**, N°28, agosto de 1958.

10. Sobre el período de Frei Montalva, véase Jorge Nuñez “El gobierno demócratacristiano. 1964-1970”, **Andes**, N°1, 1984; Julio Faúndez **Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973**, págs. 143-164.

través de la organización de las bases, desatendidas hasta entonces por la izquierda tradicional, colocó a ésta frente al imperativo de retomar la bandera revolucionaria. El impacto de la Revolución Cubana y la opción por la vía armada, otorgaron al socialismo de mediados de los sesenta nuevas herramientas para encabezar la lucha por cambios estructurales y derrotar al “reformismo” demócratacristiano. La opción del socialismo chileno de 1967 por todas las formas de lucha graficó claramente el nuevo escenario y el tipo de enfrentamiento ideológico-político que se acercaba¹¹.

La opción de la derecha tradicional de votar por Frei en 1964, haciendo evidente su crisis existencial, y los caminos escogidos por el socialismo, mostraron el agotamiento del sistema político imperante para seguir conjugando armoniosamente las demandas de los distintos sectores sociales. Esta encrucijada ofreció al nacionalismo chileno la oportunidad de replantear sus propuestas y sus instrumentos de lucha.

De acuerdo al análisis del nacionalsindicalismo, las reformas de la Democracia Cristiana escondían su afán de igualarse a la izquierda al apuntar explícitamente a la redención de un determinado sector social, el proletariado: “Es decir, se pretende gobernar para una clase determinada y exclusiva, en detrimento de todas las demás. Esto se llama marxismo”. El resultado de tal política era el debilitamiento de las clases medias y de los sectores terratenientes con

la reforma agraria, el alza de impuestos, la agitación social, la sindicalización campesina y la inflación. Todo lo cual los llevaba a concluir: “como hemos visto que se pretende proletarizar, burocratizar y crear una clase sufragante económicamente dependiente del Partido de gobierno, tenemos que colegir que se pretende implantar un régimen comunista cristiano; marxista en todo su quehacer socio-económico; internacionalista en su política de convivencia; cristiano sólo en aquello de no fumar...”¹².

Sin embargo, tales prácticas no eran del todo negativas, toda vez que el caos por ellas generadas “adelantaba el momento” del nacionalismo. Las reformas auspiciadas por el gobierno de Frei habían tenido, desde su óptica, la virtud de producir un cambio importante: “el Chile de 1966 en adelante, nada tiene que ver con el Chile que vegetaba aletargado desde 1891. Para bien o para mal, alguien cambió todas las premisas; y los restos de ese Chile retardatario, sonámbulo y mediocre, se hunden sin remedio en las arenas movedizas de la política actual”. En otras palabras, su diagnóstico de ocho años antes se convertía en realidad: el reformismo demócratacristiano envolvía inevitablemente una amenaza marxista. Pero eso lograba lo que los nacionalistas habían estado esperando largamente; eran transformaciones que a nadie dejaban indiferentes, habían conseguido “despertar” a la nación después de casi un siglo de sueño. Así, para el nacionalsindicalismo estos cambios cons-

11. Sobre la izquierda en el período, véase Fernando Casanueva y Manuel Fernández **El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile**, Julio Cesar Jobet **Historia del Partido Socialista de Chile**, Paul Drake **Socialismo y Populismo. Chile 1936-1973**; Augusto Varas (Compilador) **El Partido Comunista en Chile. Estudio Multidisciplinario**, Juan C. Gómez “La rebeldía socialista”, Flacso, N°82, 1993.

12. **Bandera Negra**, N°31, enero de 1966.

tituían un hecho positivo, no sólo para los expresamente beneficiados, sino más aún para los perjudicados, para los “que hoy se sienten amenazados”, pues se verían necesariamente impelidos a reaccionar: “El favor más grande que puede hacer el destino a gente capaz, pero anquilosada por la comodidad, es ponerla en trance violento de sucumbir. Sólo les cabe responder de dos maneras al desafío: dejarse ejecutar o reaccionar psicológicamente... saltar audazmente adelante y crear”. De ahí que la “Revolución en Libertad” no hacía sino “cambiar el ambiente de sueño por el de combate; despertaron a todos los chilenos y con ello abrieron la Caja de Pandora de donde surgió el Espíritu Nacional”¹³. La hora del fin del sistema democrático-liberal y del enfrentamiento, se acercaban. La Democracia Cristiana se convertía en el “sepulturero del régimen de partidos”.

Por su parte, la implementación de la reforma agraria y de la sindicalización campesina alienaron a la derecha en su conjunto, especialmente al Partido Conservador, ya afectado por los cambios en la Iglesia con el pontificado de Juan XXIII. Este instó a los católicos a emprender cambios estructurales para superar el atraso económico y alejarse del conservadurismo, predicamento que se fortaleció tras el impacto de la Revolución Cubana y la opción por proyectos de acción social. Las cartas pastorales del episcopado nacional revelaron la elección eclesiástica

por el reformismo y su identificación con la Democracia Cristiana, asestando un duro golpe al conservadurismo chileno que con ello perdió, además, buena parte de su electorado. La reforma agraria dio el golpe final al Partido Conservador al destruirle “parte esencial del universo simbólico de una elite que desde el siglo XVIII había construido los símbolos de prestigio social y de continuidad familiar en torno a la tierra”¹⁴. La derecha económica temió que el reformismo demócratacristiano se extendiera más allá del agro y afectara sus intereses, por lo cual cerró filas en torno a la SNA haciendo fracasar los planes del partido gobernante de una ruptura intraderecha, al tiempo que buscaba un camino alternativo para enfrentar el cambiante escenario político¹⁵.

En medio del sismo provocado por las reformas del gobierno y el retroceso electoral sufrido por los partidos Liberal y Conservador en la elecciones parlamentarias de 1965, la derecha histórica parecía indefectiblemente morir. Las formas del juego político democrático subsistentes hasta el triunfo de la Patria Joven, ya no tenían cabida en un espacio llenado cada vez más por la palabra “cambio”, democracia social, justicia y libertad, donde la institucionalidad empezaba a hacerse claramente estrecha para satisfacer esos anhelos y eran otras las armas que comenzaban a cobrar importancia. Los partidos “creadores de la República” así lo entendieron y se sumaron a la ola

13. **Bandera Negra**, N°32, feb. 1966.

14. Sofía Correa “Iglesia y política: el colapso del Partido Conservador”, **Mapocho**, N°30, 1991; “La derecha en el Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal”, **Revista de Ciencia Política**, N°11, 1989, Alan Angell **De Alessandri a Pinochet**, (Stgo., 1993), págs. 47-60; Tomás Moulián **La forja de ilusiones**, págs. 125-144.

15. Tomás Moulián “Desarrollo político y Estado de compromiso. Desajuste y crisis estatal en Chile”, **Estudios Cieplán**, No.8, 1982; Julio Faúndez, **op. cit.**, págs. 156-157.

transformadora, disolviendo sus antiguas colectividades partidarias para dar vida a una nueva derecha.

Tras los resultados electorales de 1965, tanto los conservadores como los liberales iniciaron un proceso de reflexión en torno al camino que la derecha debía seguir, concordando en la necesidad de la renovación¹⁶. Para el conservantismo estaba claro que parte de los valores históricamente sustentados por ellos, servirían de base para iniciar la “recuperación para mantener en la política nacional un partido dique de extremismos demagógicos... el conservantismo quiere remozarse en su organización...”. Asimismo, los liberales “han comprendido que es necesario renovarse y llegar a la opinión pública...”¹⁷. Por ello sus Juntas Ejecutivas decidieron crear un movimiento nuevo, ágil, moderno y dinámico que se convirtiera en una alternativa distinta capaz de enfrentarse exitosamente al falso dilema entre Democracia Cristiana y comunismo que amenazaba con decretar “el desaparicimiento de cualquiera otra posición política”. La intención no era crear un partido más sino uno que se adecuara a los cambios del momento, con una estructura nueva. En palabras de Bernardo Larraín “Hasta ahora la política se hacía principalmente en base a influencias locales o grupos. Nosotros hemos comprendido que ahora la política debe hacerse fundamentalmente a interpretar grandes

masas...”. De allí que la naciente colectividad se planteara la urgencia de “reactualizar los principios...” para llenar un vacío en el panorama político y representar a vastos sectores que, a su juicio, no se sentían expresados por las alternativas existentes¹⁸.

Esta decisión de construir un partido más amplio permitió el ingreso a la antigua derecha de sectores hasta entonces marginales que, por sus planteamientos antidemocráticos, nunca habían tenido una cabida real en ella. El nuevo estilo de lucha política a mediados de los sesenta, sin embargo, modificaba las percepciones y los conceptos tanto de democracia como de las formas a utilizar para perfeccionarla. Si el centro enfatizaba las reformas socioeconómicas como medio irremplazable para una sociedad más justa y parte importante de la izquierda se acercaba al castrismo y propugnaba un orden socialista, la nueva derecha también podía reevaluar los postulados nacionalistas-corporativos, ajenos hasta el momento a las estrategias tradicionales de convivencia política. Esto explica la invitación hecha al grupo menos rupturista de los movimientos nacionalistas del período—el *pratismo*—, para integrarse al naciente partido.

Luego del fracaso de la gestión de Jorge Prat como ministro de Hacienda durante el segundo gobierno de Ibáñez, el ex líder

16. Tomás Moulián e Isabel Torres “La derecha en Chile: evolución histórica y proyecciones a futuro”, *Estudios Sociales*, N°47, 1986, págs.82-83; también véase Sofía Correa “La derecha en Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal”, *Revista de Ciencia Política*, N°11, 1989. En este artículo la autora relativiza la bullada derrota electoral de 1965 como un hecho clave para la desaparición de la derecha tradicional, proponiendo que tal proceso se debió a una pérdida de confianza de los partidos Conservador y Liberal en sí mismos.

17. *El Diario Ilustrado* 14.03. 1966, pág.4.

18. *El Diario Ilustrado*, 10.03. 1966, págs.1 y 2; 15.03. 1966, pág.3.

nacionalista-estancero participó tangencialmente en la administración de Jorge Alessandri, quien lo invitó a ser parte de la comisión que estudiaría una reforma al sistema previsional, después que los liberales objetaron su nombre para la cartera de Trabajo y Previsión Social¹⁹. En un intento por demostrar que hombres ajenos a cuestiones partidistas podían asumir tareas de gran envergadura, tal como su propia intervención en la vida pública lo demostraba, Prat retornaría a la arena política al presentarse el problema de la sucesión presidencial de Alessandri. Como en ocasiones anteriores, la nominación de los posibles candidatos fue determinada por los partidos, malogrando, desde la perspectiva de Prat, "todo lo hecho, ... se (va) a detener el proceso de saneamiento comenzado (con) Ibáñez y continuada en la suya. Consideré que los políticos traicionaban al pueblo y ...le volvían a endilgar el partidismo, las anteojeras, el sentido sectario"²⁰. De la rebeldía que ese evento le produjo nació su candidatura presidencial como independiente en el período 1963-1964, levantada por un grupo de "independientes" de Cautín. Encabezando la "Rebelión del hombre libre", Prat llamó a los "apolíticos", incontaminados y amantes del trabajo a cumplir un deber de conciencia interviniendo en la contingencia y "dejar huellas perdurables y sólidas, erigiendo una nueva imagen de nación". La ceguera partidaria inducía a una politización creciente, augurando sólo estagnamiento y decadencia, razón por la cual era imperativo responder activamente: "Por eso los hombres independientes nos hemos levantado... proclamando nuestra decisión de detener la

actuación apasionada y ciega de aquellos hombres...". Prat aceptaba la responsabilidad de la candidatura porque veía "en la unión de los independientes y de los hombres de partidos, pero con criterio nacional y con tradición histórica, la posibilidad más seria de unir a los chilenos y de realizar en el gobierno un programa definitivo de progreso nacional"²¹.

La campaña de los "hombres libres" implicaba un estilo nacional que se traducía en energía, vigor y, en las palabras de Arnelo, en vocación de servicio nacional. El estilo era de combate en pos de la patria, acción movida por los ímpetus de la raza y del pueblo invitado por Prat para "con criterio nacional, edificar juntos el gran movimiento de fe, unidad y rescate de la patria". Dicha acción nacional necesitaba de la juventud capaz de romper "este sistema caduco", de destruir para crear, pues se trataba de una "rebelión constructiva".

Desde la perspectiva pratista, sólo Portales, Prieto, Bulnes, Montt y Balmaceda en el siglo XIX; Arturo Alessandri, Ibáñez y Jorge Alessandri en la actual centuria, podían ostentar "el estilo de gobierno nacional, asilado en la serena autoridad de la Ley e imponiéndola a todos; y el estilo de gobierno ejecutivo, creador...", a diferencia de los gobiernos en los que habrían dominado los grupos económicos, sociales o los partidos. Tal situación había generado una crisis de "mando", es decir de la política, la cual estaba cada vez más al servicio de grupos y no de la nación, faltando capacidad para coordinar el esfuerzo nacional como pro-

19. Rodríguez Grez *op. cit.*, pág. 16.

20. *Tacna*, N° 3, 1971.

21. Mario Arnelo *Proceso a una democracia. El pensamiento político de Jorge Prat*, págs. 139-140.

ducto de la decadencia de los partidos y del parlamento. Frente a este diagnóstico, Prat propuso la eliminación de las agrupaciones provinciales para elegir senadores y una Cámara de Diputados de origen regional; introducir apoyo técnico y asesoría legal en la confección de las leyes, limitar las facultades parlamentarias en materias económicas, previsionales, de remuneraciones y beneficios, delegando en algunas oportunidades la legislación al ejecutivo. Proponía, además, modificar los quorums para aprobar ciertas leyes, establecer inhabilidades parlamentarias, otorgar dietas justas pero austeras a los congresales, estableciendo la facultad presidencial de llamar a plebiscito para dirimir un conflicto con el parlamento al tiempo de dotar al ejecutivo de la facultad de disolver el Congreso y llamar a nuevas elecciones si fuera necesario.

Tales desafíos requerían de una serie de cambios, los cuales fueron formulados durante la campaña de Prat en 1963, constituyendo la base de su programa presidencial. Se hacía urgente un ejecutivo eficaz, para lo cual era imprescindible “limpiar definitiva y totalmente el origen del Jefe del Estado de toda interferencia del Congreso Nacional”. Esto es, quitar al Parlamento la facultad de elegir entre las dos más altas mayorías relativas y convocar a una segunda vuelta para que el pueblo dirimiera entre ellas. En seguida, descentralizar administrativamente el país dándole autonomía a las regiones; despolitizar los municipios

devolviéndoles su función social hacia la comunidad y reformando el ingreso a la administración pública por criterios de eficiencia y mérito. Por último, Prat creía en la necesidad de retomar la “tradición portaliana” de la reelección presidencial como “imperativo de continuidad que... requiere el Estado moderno”.

En otro terreno y manteniendo el hispanismo estanquerista, Prat planteó el tema de una Iberoamérica unida proponiendo modificaciones al sistema interamericano ya durante la Conferencia de Caracas en 1954 y posteriormente en la Reunión de Ministros de Hacienda en Río de Janeiro en noviembre del mismo año. Tales sugerencias se referían a un común esfuerzo y estrategia iberoamericana para superar el atraso económico a través de un sistema de financiamiento que se materializó en 1959 con la creación del Banco Interamericano de Desarrollo²². Invitado a una reunión del BID en Río de Janeiro en 1961, Prat reafirmaba su fe en las proyecciones del Banco, aunque no dejaba de temer que éste fuera incapaz de satisfacer las exigencias y terminara convirtiéndose en un agente norteamericano perdiendo su sentido original “como un instrumento ...imaginado y propuesto por Chile para Latinoamérica”. Estos temores llevaban a Prat a enfatizar la necesidad de una unión propiamente iberoamericana, sin la tutoría de Estados Unidos. Analizando la Alianza para el Progreso a mediados de 1963, Prat dijo percibirla como una ins-

22. Sobre este tema se pueden encontrar más detalles en Valdivia, **Nacionalismo e Ibañismo**, págs.49-51. La tendencia iberoamericanista de Prat y los estanqueros respondía a su opción hispanista, en tanto el “ser de América y Chile sólo se resolvía si se reconocía el vínculo indisoluble con España”. El sentido de comunidad y patria espiritual que ofrecía el hispanismo reforzó el discurso iberoamericanista, pues la “reafirmación de la nacionalidad implicaba la defensa del principio de autodeterminación de los pueblos con raza y suelo común...”. Véase Verónica Valdivia O. de Z. **El nacionalismo chileno...**, págs.36-37.

titución fruto de un proyecto norteamericano que no era manejado multilateralmente.” En cambio, pienso que el destino de América Latina está en sus propias manos, en la capacidad de entendimiento que tengan sus dirigentes, en la imaginación creadora y en la voluntad unitaria que demuestren”. Esto debía traducirse en cuatro tareas a las cuales el continente debía abocarse: la defensa de sus materias primas, de su valor y de sus términos de intercambio; la creación de un mercado común latinoamericano; la planificación de una integración latinoamericana y de un financiamiento interamericano tanto del desarrollo como del comercio entre estos países. La coordinación de esta acción podría ser realizada por Estados Unidos, según Prat, y “tal vez la Alianza para el Progreso debiera cifrar en este aspecto su éxito”. Prat anhelaba que esta unión iberoamericana derivara en una atenuación de los conflictos fronterizos, pues “el fruto de esa acción colectiva será la paulatina deposición de las fronteras políticas y de las rivalidades vecinales. Soy un convencido de que el tiempo irá construyendo... una unidad de tipo federal que... vuelva a encauzarlos en un mismo camino y un común destino final...”. El hispanismo estanquero florecía en medio de un escenario cada vez más afectado por los conflictos con la república Argentina que se agudizarían a partir de esos años.

La recuperación del papel destacado que Chile había sabido construirse en el siglo pasado podía lograrse si se retomaba su calidad de país marítimo “con la cara vuelta hacia el Pacífico y sus vastos y promisorios dominios”. Esta misión nacional significaba explotar las riquezas marinas, desarrollar el comercio marítimo internacional, especialmente hacia el Pacífico, hacer del mar un medio de transporte masivo librándolo de las trabas legales y la “recreación” de

una gran marina mercante, pues esos eran “los imperativos que la Era del Pacífico nos obliga a anticipar con decisión”. En este sentido, el engrandecimiento nacional que esta nueva Era anticipaba engarzaba perfectamente con la unión americana, toda vez que las tareas de superación interna permitirían una política internacional iberoamericanista, como la señalada anteriormente, en la cual Chile podría indicar a sus países hermanos los intereses que los unían como continente.

La campaña también hizo referencia al problema social, desarrollado por Prat durante su participación en la comisión de estudios previsionales bajo la presidencia de Alessandri Rodríguez. Haciendo manifiesto que el sistema de previsión vigente en la época era una clara muestra de la injusticia que vastos sectores sociales sufrían, Prat señaló el imperativo de que la seguridad social cumpliera tres tareas específicas: mantener las condiciones de vida de los trabajadores o “activos”, cubrir el estado de necesidad y redistribuir las rentas. Desde su óptica, “una política nacional no puede aceptar discriminaciones”, razón por la cual debía darse una protección integral a todos los habitantes, incorporando plenamente al trabajador a su empresa, al tiempo que la justicia prevalecería en las relaciones laborales. Tales necesidades requerían de tres estrategias claras: una modificación en el Código del Trabajo, la creación de Empresas Comunitarias y una reforma al sindicalismo. La primera apuntaba a la urgencia de establecer la “igualdad jurídica absoluta de todos los sectores. Ni empleados, ni obreros: sólo trabajadores”; la segunda al pago de salarios justos con mínimos por categoría y actividad a partir de las cuales se especificara “una participación efectiva y real del trabajador en su empresa, tanto en sus utilidades,

en relación directa con su productividad, como en la propiedad de aquella... a través de las acciones del trabajo y con formas progresivas y sensatas de cogestión”. En el campo sindical, finalmente, se propendía a asegurar a cada trabajador “la protección y colaboración de un sindicato” sin importar su número, asegurándole responsabilidad en la producción y capacitándolo para incorporarse “constitucionalmente” como asesores en materias legislativas, de modo de unir a trabajadores y poderes públicos sin la intermediación de los partidos. Por último, en el terreno de la previsión social Prat propuso bajar la tasa previsional y costearla, no con imposiciones sino con tributos que se pagarían después de recibir el sueldo o salario, con lo cual los asalariados verían aumentar su rentabilidad en un “30,35 o 40% sin mayor costo para el empresario, al cual le da lo mismo pagar esa suma a la Caja o directamente al empleado”.

En otro plano y coincidiendo con esta política de cambios que la nueva nación a crear significaba, Prat reafirmó su tradicional postura pro fuerzas armadas. Si desde los años cuarenta el caudillo estancero proclamaba la urgencia de revalorar la función social de estas instituciones, en los sesenta avanzó un poco más: “Nuestras fuerzas armadas incontaminadas por la política, servidas esencialmente por la vocación... son un verdadero baluarte para la chilenidad”. De acuerdo a esa visión, el presupuesto asignado a la defensa nacional debía ser el adecuado para mantener unas fuerzas en reales condiciones de defender no sólo la soberanía del país

sino “desarrollar una tarea civil que les de aplicación a su trabajo físico y mental y que de progreso a nuestro desarrollo”²³. Por ello debía ponerse fin a la tendencia predominante a considerarlas inoficiosas, con su consecuente minimización, pues ello convertía a la profesión militar en una actividad pasiva que apagaba las energías y capacidades de los oficiales, negándoles el destino que, al decir de Prat, estaba reservado a los miembros de estas instituciones. Al contrario, Prat abogaba por su fortalecimiento técnico-instructivo y una alta conscripción pues “Creo que nuestras fuerzas armadas tienen un concepto muy vital de su misión, la que consiste... no sólo en la defensa de la integridad territorial sino que también de la integridad moral del país y en la defensa de su organización interior y de sus leyes”. Ello implicaba incorporarlas al debate de los grandes temas de interés nacional, ya indicados, desde que “en esta misión las fuerzas armadas no están en la vitrina y son, necesariamente, pensantes. No podrían, por ejemplo, en su papel de defender el territorio nacional, estar continua y permanentemente al margen de las negociaciones que pudieran llevar a la entrega de parte de él... Y en lo que se refiere a la defensa de nuestras instituciones y leyes, si ellas son atacadas, si ellas son puestas en peligro, también tendrían que salir de la vitrina”²⁴. Así, se comenzaba a configurar el fin del constitucionalismo formal.

La amorfía del movimiento independiente de Prat fue superada a fines de 1963, cuando éste se organizó políticamente, naciendo

23. Prat se estaba refiriendo a una fórmula de integración militar a la vida civil como la practicada con el Servicio Militar del Trabajo, en el cual miembros de los institutos castrenses participaban en obras de infraestructura a lo largo del país y que comenzó a funcionar durante el segundo gobierno de Ibáñez.

24. El análisis de la plataforma política de Prat en 1963-1964 reseñada en los últimos párrafos, en Mario Arnello *op. cit.*

el Partido Acción Nacional. Con su creación Prat pretendía demostrar que podía surgir un nuevo estilo partidario “un movimiento de Unidad Nacional..”, ajeno a intereses particularistas. El nuevo estilo depuraría los partidos y los convertiría en verdaderos instrumentos del engrandecimiento nacional: “tenemos la obligación de mejorar rápidamente el sistema. Y si nosotros, en esta obligación dejamos de lado las doctrinas...(sólo) me interesa que sirvan al Estado y a través de él a la comunidad”. La convicción de que sólo aceptando las reglas del juego político existente, era posible participar y tratar de incidir en la modificación del sistema, decidió al naciente movimiento a tener un partido con inscripción en los Registros Electorales, el cual fue reconocido oficialmente en enero de 1964²⁵.

Cuando se decidió la reestructuración de la derecha en 1965 se optó por un partido que reafirmara los principios democráticos y que ostentara una raigambre nacional, en oposición al internacionalismo marxista y demócratacristiano. El debería ponerse al servicio de los valores fundamentales del hombre y del ciudadano, al desarrollo de la justicia social y de la iniciativa privada “sometida a las exigencias del bien común”. En la confección de los estatutos y declaración de principios que guiarían a la nueva colectividad, podrían participar todos los sectores invitados, con igual responsabilidad, cumpliendo con las dos finalidades centrales; esto es, la reactualización de los

principios y su articulación con las exigencias propias de la tradición nacional²⁶. En este intento de conjugar renovación con tradición, estaría la raíz de una tendencia política ezquizofrénica que abrió paso a grupos autoritarios antidemocráticos frente a otros más proclives a la mantención de las estrategias tradicionales de cohabitación política.

Acción Nacional se mostró complacida con la invitación que le formulara los partidos Conservador y Liberal cuando decidieron e iniciaron su proceso de renovación, pues veía en dicha opción el comienzo de un movimiento capaz de revivir “en el alma de los chilenos la fe y la confianza en su propio destino”. De acuerdo a la Declaración emitida por el partido de Prat, percibían en los gestores de la iniciativa los mismos afanes patrióticos que habían conducido a los constructores de la nacionalidad chilena y de su anterior grandeza: “El Estado de derecho, impersonal y nacional; la autoridad de la ley; el respeto a la libertad y dignidad de las personas; el ejemplar desarrollo cultural y económico; y una política activa y visionaria”. Con todo, para enfrentar ese momento histórico se necesitaba más, se requería “encender en el pueblo de Chile un nuevo entusiasmo y señalar una nueva tarea que cumplir”. El énfasis en la fe, propio del irracionalismo nacionalista, y el sentido de misión histórica, reivindicado largos años por estos movimientos, salían a la arena política a exigir su lugar.

25. Arnello, *op. cit.*, págs.328-329. La Mesa Directiva Central del Partido, reconocida legalmente, estaba constituida como sigue: Presidente: Sergio Onofre Jarpa; primer Vicepresidente: Gonzalo Vial Correa; Secretario Gral.: Renato Maino Schiavetti; Tesorero Nacional: Luis Pérez Solari. Entre los vocales podemos mencionar a Mario Arnello, Gastón Acuña, Patricio Silva Silva, General (R) Eduardo Yañez y Eugenio Correa Montt, entre otros. Jorge Prat era el líder del partido. **Diario Oficial** 07.01.1964 y 11.02.1964 y **El Diario Ilustrado**, 07.01.1964, pág.4.

26. **El Diario Ilustrado**, 17.03. 1966, pág.2.

Pese a la tradicional marginalidad política del nacionalismo, Acción Nacional condicionó su ingreso a la nueva agrupación señalando algunos puntos esenciales que la integración debía considerar. El nuevo movimiento debía ser “Unitario y Nacionalista”, con la clara finalidad de alcanzar el poder para desde el gobierno hacer la “renovación nacional”, planteando una política internacional fuerte orientada hacia el Pacífico y acompañada de una “Unidad latinoamericana” para la defensa común de las materias primas y el perfeccionamiento de organismos regionales de desarrollo. La defensa de la libertad de trabajo y de la iniciativa privada para asegurar la expansión económica eran los otros imperativos ineludibles, sobre la base de “la nacionalización de la propiedad minera; una reforma agraria adecuada a la realidad y a las necesidades del país y la formulación de una política industrial de exportación”²⁷. La renovación implicaba, asimismo, reformas laborales en materias como la participación de los gremios en la conducción del país, una nueva legislación laboral y previsional y la superación de la “etapa del sindicato en resistencia (para) avanzar hacia la creación de cooperativas de producción, síntesis moderna del capital y el trabajo”. En materia política, las condiciones eran, igualmente, el reflejo de la campaña pratista de 1963, desde que se insistía en la urgencia de modificar el sistema político saneando las instituciones democráticas y “organizar un Estado eficiente y realizador, la defensa de

los derechos ciudadanos y de las libertades públicas, amagadas hoy por intentos colectivistas y totalitarios”. Por último, también se señalaba como un elemento importante el otorgar a la clase media el status de estrato fundamental de la sociedad chilena de modo que la nivelación económica y social se hiciera en forma ascendente. Sólo un movimiento con estas características permitiría “reemprender la misión histórica interrumpida a fines del siglo pasado por la división interna y el debilitamiento y desorientación de nuestra política exterior. Un movimiento unitario y nacionalista que trascienda los anticuados conceptos de izquierdas y derechas...”²⁸. La derecha que surgiera de este acuerdo entre fuerzas tradicionales y renovadoras tendría un carácter distinto a la derecha tradicional, más combativo y de enfrentamiento, más acorde a estos sectores nacionalistas.

La invitación al pratismo tuvo, además, otro efecto: la capacidad de unificar a dos líneas nacionalistas hasta entonces antagónicas. Como hemos planteado en trabajos anteriores, uno de los problemas del nacionalismo como movimiento político, ha sido su permanente fragmentación en un sinnúmero de pequeños grupos competitivos entre sí cuyo fruto más claro, y negativo, fue su debilitamiento como alternativa política. La tendencia de cada uno de estos movimientos a reivindicarse como el legítimo exponente del nacionalismo, derivaba en deslegitimación mutua y en caminos distintos y con-

27. En relación a la nacionalización de la propiedad minera, Acción Nacional planteaba que debían señalarse plazos legales para que las riquezas del subsuelo pasaran a manos de empresas chilenas, sin perjuicio de la presencia en ellas de inversionistas extranjeros. La reforma agraria propuesta era entendida como un conjunto de medidas que condujeran a un rápido incremento de la producción agropecuaria, “expropiando y redistribuyendo las tierras improductivas”, sin someter al agro chileno a “ensayos de teóricos que han fracasado en otros países”. *El Diario Ilustrado*, 17.03. 1966, pág. 3.

28. “Declaración del Directorio Ejecutivo” de Acción Nacional sobre la creación de un nuevo movimiento unitario, *El Diario Ilustrado*, 17.03. 1966, pág. 3.

tradictorios para el triunfo de la revolución propuesta por ellos. La constitución de un movimiento nacionalista encabezado por Prat con posibilidades de éxito, sin embargo, sirvió como mecanismo de unificación del nacionalismo proyectual —el estanquerismo prartista— con el de cruzada —el nacionalsindicalismo— a más de otros sectores provenientes del agrariolaborismo e independientes, en el cambiante contexto de mediados de los sesenta.

A diferencia de años anteriores, el nacionalsindicalismo abandonó su crítica al “nacionalismo que transa”, como catalogaba al pratismo, para reconocerle su mérito de realizar “el milagro de unir al nacionalismo -siempre ineficaz por su desunión- en un sólo haz..”. La invitación derechista al nacionalismo para incorporarse a la lucha política desde un nuevo partido, le otorgaba a éste la oportunidad para acercarse a los centros del poder e influir en el futuro a construir, ofreciendo el campo propicio para entrar en el debate: “proporcionando a los nacionalistas doctrinarios... un AQUI Y AHORA, que les permita injertar sus ideas en el campo de lo real, en la contingencia nacional, hasta ayer vedado a todo nacionalista ortodoxo”. Prat se convertía, así, en un símbolo aglutinante a través de Acción Nacional que servía de contacto para las distintas expresiones nacionalistas, dando vida no a un partido más, sino a una fuerza nueva, la herramienta legal necesaria para entrar a la escena del combate²⁹. La aparición de una tendencia unionista con Acción

Nacional, que no debe suponerse una fusión, es un elemento digno de considerar pues permitió la llegada de las fracciones más extremas de la vertiente que se estudia a la configuración de la nueva derecha. Es decir, a ella no confluyeron asépticamente los núcleos estanqueros sino también ingresaban, tal vez con menos protagonismos, otros sectores vinculados a líneas más radicales, rupturistas y confrontacionales del nacionalismo. Aunque el llamado a la estructuración de una nueva colectividad derechista insistía en el reconocimiento de la democracia, la presencia de actores reticentes a dicho sistema político debilitaban su apego³⁰.

Las conversaciones entre los antiguos conservadores y liberales con Acción Nacional rindieron frutos en abril de 1966, cuando los tres decidieron la disolución de sus respectivas colectividades para formar el Partido Nacional. Aunque su primer presidente fue el dirigente liberal Víctor García Garcena, lo cual mostraba el mayor peso político de los antiguos miembros de la derecha, la Declaración de Principios, elementos programáticos y objetivos del nuevo partido ponían de manifiesto la influencia alcanzada por los sectores nacionalistas recién integrados a la “gran política”.

En efecto, el Partido Nacional nacía con la clara convicción de vivir un cambio de época, el “fin de un mundo, del mundo que nació con la Revolución Francesa y que ha culminado con la revolución comunista” y que ya no respondía a los anhelos de un

29. **Bandera Negra** N°32, feb. de 1966.

30. De hecho, Acción Nacional era un movimiento tremendamente heterogéneo que incluyó sectores del más diverso espectro político. Es posible distinguir no sólo vertientes nacionalistas, sino también antiguos exponentes del ibañismo (María de la Cruz, General (R) Eduardo Yañez) o representantes del Movimiento Liberal Balmacedista como Enrique Campos Menéndez. Véase **El Diario Ilustrado**, 26.03.1964, pág.4 y ss.

hombre deseoso de librarse del materialismo. Por ello, el nuevo mundo que se iniciaba era aquel de la búsqueda de la independencia, de la identidad, del afán de volver a “ser persona” y no cifra, de las necesidades espirituales, “del hombre que necesita seguridad para vivir, estabilidad para trabajar y libertad para pensar”. La naciente época, por tanto, nació de la “rebelión del hombre libre”, de una rebelión constructiva, en palabras de Jorge Prat: “Como rebeldes tenemos que destruir y luego tenemos que reemplazar.. Destruir lo tergiversado, lo podrido, lo envejecido pero cuidando las raíces, defendiendo el tronco del árbol que se poda, es lo contrario de morir: es renacer”³¹.

El momento, entonces, exigía instancias modernas para realizar los cambios necesarios. De allí que la colectividad se planteó como un movimiento renovador que buscaba restablecer la unidad nacional y el estilo que, a su juicio, había forjado el alma de la chilenidad, por lo cual se hacía necesaria la modernización de las instituciones. Tradición y cambio eran las guías de la nueva era. Entendía que la nacionalidad se fundamentaba en “el pueblo, la tradición, el medio geográfico” y que su expresión política debía ser un Estado Nacional, guardador de la herencia histórica y cultural, defensor de la soberanía y de las riquezas territoriales, “realizador de las aspiraciones del pueblo e impulsor de su capacidad creadora”. Estas eran las raíces que se debían cuidar. La tradicional desconfianza nacionalista en la democracia-liberal se hizo evidente en la nueva colectividad cuando ella definió su lucha “por instaurar una democracia or-

gánica” que protegiera al individuo de las exigencias de las mayorías y de los detentadores del poder, mientras reconocía a todos los chilenos tanto deberes como derechos³². La poda y la construcción.

El nuevo partido pretendía “forjar un destino nacional” fundamentado en la experiencia histórica chilena, que le permitiera sacar el máximo provecho de sus recursos humanos y físicos para convertirlo en un factor “dinámico de una vasta esfera de prosperidad en esta zona del mundo”. Este objetivo requería de una reformulación de la política exterior, entendida como la verdadera política de los pueblos por ser la única “medida real... de la capacidad creadora y de la voluntad de ser de las naciones” y estar “en forma” para la confrontación internacional. Relaciones exteriores nacionalistas implicaban un esfuerzo por liberarse de dependencias foráneas, la defensa de sus riquezas, una complementación económica iberoamericana que ensanchara las posibilidades del país: “abrirse al Pacífico y considerar... su importante posición geográfica en esta área..”. Esta tendencia integracionista era una respuesta a las presiones de las grandes potencias que llevaban a la necesidad de un mayor acercamiento regional entre aquellos con común origen “en que cada país desarrolle aquellos rubros que esté en mejores condiciones de producir..”, promoviendo el intercambio mediante una defensa conjunta de los precios, la recuperación de recursos naturales para el patrimonio nacional y la capitalización del Banco Interamericano de Desarrollo por el traspaso a él de todos los fondos de gobiernos o particulares latinoamerica-

31. *Nueva República*, N°1, oct. 1966 y Partido Nacional, Sergio O. Jarpa *Temas políticos*.

32. Partido Nacional “Introducción a la Declaración de Principios y Programa del Partido Nacional”, en Sergio Onofre Jarpa *Temas políticos*.

nos depositados en los Estados Unidos. Si la política externa era la mejor expresión de la plenitud del ser nacional, Chile debía mirar el camino señalado por O'Higgins, Portales y Prat en el siglo pasado y retomar su destino propio a través del Partido Nacional que había nacido para luchar por él³³.

Políticamente, era imperativo imprimir al gobierno un sentido nacional, estos, hacer del Ejecutivo una expresión de "la nación entera" y no de intereses de grupo, dotándolo de las atribuciones necesarias para realizar su gestión sin interferencias políticas o gremiales, e incluso liberándolo de la tutela que legalmente ejercía el Legislativo para que no "interfiera (su) labor".

En materia cultural y social el Programa consideraba, asimismo, el impulso a una educación destinada a formar el carácter y la personalidad de los chilenos asentados en los principios de esfuerzo y disciplina, al tiempo que desarrollar "el sentido nacional para .ligar a las nuevas generaciones a las tradiciones de la patria.."; "la necesidad de implementar una nueva política laboral que ofreciera la oportunidad a los trabajadores para participar en el desarrollo de las empresas y renovar el sindicato como herramienta de "protección y colaboración"; asegurar una previsión social eficiente, "integral e igualitaria" que cubriera las necesidades del pueblo eliminando "del actual

sistema previsional, todo cuanto constituye discriminación, privilegio e injusticia..". Socialmente, enfatizaba la necesidad de fortalecer la clase media "como estrato fundamental de la sociedad chilena" impulsando al Estado a promover el ascenso de los sectores proletarios a la clase media para nivelar ascendentemente.

Por último, y siguiendo al estancamiento prático, los nacionales planteaban el imperativo de incorporar a las fuerzas armadas al desarrollo nacional "de modo que no sean sólo guardadoras permanentes de la estabilidad fronteriza y de la soberanía nacional, sino factor dinámico efectivo del progreso educacional, técnico y económico del país". Para ello debía dotárselas de todos los medios necesarios para el cumplimiento de su misión y poder acoger a la juventud en edad de hacer el servicio militar³⁴.

Si bien en los tópicos abordados es posible percibir la influencia del nacionalismo, es claro que la formación del Partido Nacional no fue el resultado de la hegemonía de ninguno de los actores que confluyeron en él³⁵. En el terreno económico se puede apreciar las contradicciones que cruzaban a esta mixtura política, donde debían convivir sectores que se volvían cada vez más neoliberales, con otros más tradicionalistas que aún defendían algunas funciones importantes para el Estado. Estas contradic-

33. Partido Nacional **Fundamentos doctrinarios y programáticos** (1966); *Nueva República*, N°2, nov-dic 1966; Partido Nacional, Sergio O. Jarpa **Temas políticos** y del mismo autor **Creo en Chile**, págs. 41-62.

34. Partido Nacional **Fundamentos doctrinarios y programáticos**.

35. Andrés Benavente y Ricardo Sánchez **La presencia libertaria en la derecha chilena**, CISEC, 1978, págs.59-62. Este trabajo identifica dos tipos de nacionalistas en el Partido Nacional: aquellos ligados a dicha tendencia desde antiguo, vinculados al pensamiento autoritario y al ibañismo, y un segundo núcleo formado por jóvenes que concibieron al nacionalismo como una opción ideológica de renovación, de robustecimiento democrático portaliano y de modernización económica.

ciones no se resolverían sino con posterioridad a los años en que la confrontación alcanzó su punto máximo y que han hecho de la derecha una tendencia fraccionada. Con todo, y desde la óptica que interesa a este estudio, el momento de definiciones que fueron los años sesenta permitió por primera vez en su historia una oportunidad verdadera al nacionalismo como alternativa política. Su penetración en la derecha histórica les permitió insertarse en el debate político en una expectable posición que no abandonarían fácilmente y que ha hecho de la democracia representativa un tema de larga discusión.

El ingreso del nacionalismo al Partido Nacional, sin embargo, no debe ser visto necesariamente como un sinónimo de debilidad de la derecha, en el sentido que su incapacidad de competir en mayor igualdad de condiciones con un centro y una izquierda política en pleno cambio, la angustió y la incitó a un acercamiento con los núcleos nacionalistas de raíz hispánica, escépticos de la democracia liberal, y a las fuerzas armadas como un refugio. Al contrario, sugerimos que la aceptación del nacionalismo en el Partido Nacional respondió más bien a un proceso de renovación ideológica dentro de la derecha que implicaba un replanteamiento del sistema político, como también a la mayor influencia que los sectores empresariales habían ido alcanzando³⁶. La desconfianza hacia la democracia liberal del nacionalismo conservador, hispanista y autoritario que este trabajo está abordando, coincidía con la ácida crítica de los núcleos

empresariales a los partidos políticos. El naciente proyecto de modernización neoliberal sustentado por la derecha económica, no implicaba solamente un cambio de estrategia de desarrollo sino una contraofensiva a la creciente participación social. En esa óptica, la opción por la democracia orgánica del Partido Nacional resultaba plenamente acorde con las aspiraciones de una derecha más liberal. Esta coincidencia fue lo que permitió el nacimiento de una derecha renovada y en proceso de crecimiento.

Dado que en Acción Nacional no confluó solamente el grupo pratista estanco, como ya se ha indicado, la participación del nacionalismo dentro del Partido Nacional no fue homogénea. A pesar que Acción Nacional tuvo la virtud de unificar a distintas tendencias del nacionalismo, ella no pudo mantener esa integración una vez dentro de la nueva expresión política de la derecha, razón por la cual los caminos seguidos fueron distintos.

El líder y símbolo de Acción Nacional, Jorge Prat, ingresó al Partido Nacional, pero tempranamente se desilusionó de esa opción pues, según su testimonio, a los nacionalistas les habían bastado unos meses para comprender el inevitable fracaso de la estrategia: "...con la estructura partidaria vigente y sobre todo con la estructura parlamentaria deformada existente en Chile, dicha ilusión patriótica carceía de base". Por esa causa, Prat se alejó del Partido y volvió a su carácter de nacionalista puro e independiente. No obstante, otros miem-

36. Sofía Correa, "La derecha en la política chilena de la década de 1950", *Opciones*, 1986. En este artículo, Sofía Correa plantea el retroceso de la derecha política histórica y el surgimiento en los años cincuenta de una derecha con bases sociales nuevas —clase media próspera— y con una gran influencia de los núcleos empresariales. Esta nueva derecha habría ido tendiendo cada vez más a una crítica a los partidos y a la política tradicional.

bro de Acción Nacional decidieron quedarse en las filas de la derecha para desde allí encabezar la lucha por el cambio y posteriormente contra el marxismo. Tal fue el caso de Mario Arnello que provenía de las huestes estanqueras, o de Sergio Onofre Jarpa proveniente del Partido Agrario y, más tarde del agrariolaborismo, vinculado en los años cuarenta a movimientos cercanos al peronismo. Ambos fueron personajes sobresalientes del Partido Nacional a finales de los sesenta, especialmente el último, imprimiéndole un sello que hasta hoy permanece.

A pesar de la lejanía de Prat del partido, éste no abandonó nunca del todo la vida política. Es más, habiendo fracasado, desde su perspectiva, la opción partidaria, retomó otro de los más novedosos planteamientos estanqueros al que venía dando forma desde los años cuarenta: el tema de las fuerzas armadas. Durante una entrevista en 1968 expuso su “tesis del vacío de poder”, según la cual el vacío existente en Chile sería

llenado a la larga por una de dos fuerzas decisivas: “la internacional que representa el Partido Comunista, monolítico, prudente y premunido de un eficaz y probado plan de acción; o la nacionalista que ante la crisis partidista representan las fuerzas armadas chilenas, unificadoras y también preparadas”³⁷. Prat intuía que este sería inevitablemente el camino.

¿Pero cómo podrían las fuerzas armadas chilenas volverse políticamente importantes si ellas estaban constitucionalmente subordinadas al poder civil?. Como en las otras transformaciones fundamentales de los años sesenta, la experiencia de la Democracia Cristiana y de la “Revolución en Libertad” también tocó al mundo militar, abonando el terreno para que la no deliberación y la obediencia expresadas en el “constitucionalismo formal” desde los años treinta, comenzaran a hacerse trizas y abrieran caminos insospechados al nacionalismo y a las fuerzas armadas.

37. Tacna, N°3.

II

LA PIEDRA ANGULAR: EL TACNAZO

El sometimiento que los civiles lograron imponer a las fuerzas armadas durante la segunda gestión de Arturo Alessandri, se fundamentó tanto en la capacidad de los primeros para diseñar una política militar desde una posición de poder como en la decisión castrense de marginarse de la contingencia y encerrarse en sus tareas profesionales. La decisión de la sociedad civil de no tolerar otra asonada permitió al Presidente de la República manejar las relaciones cívico-militares sin grandes oposiciones, lo cual se tradujo en una serie de medidas que tendían a debilitar la deliberación de los oficiales. Por ello se pasó a retiro a todos aquellos militares responsables de los sucesos ocurridos entre 1924 y 1932, rebajando el presupuesto que anualmente se les asignaba como también la cantidad de reclutas. Se puso, además, especial cuidado en los nombramientos de los Comandantes en Jefe, colocando en el mando de cada rama sólo a oficiales de probada convicción constitucionalista, mientras paralelamente se creaba el Ministerio de Defensa en reemplazo del de Guerra a la cabeza de un civil, imponiéndosele la presencia de una milicia armada amparada por el gobierno³⁸. Desde la perspectiva militar, el retiro a los cuarteles permitiría recuperar la perdida unidad de cuerpo, la quebrantada disciplina como también la verticalidad del mando; en última instancia, se trataba de

salvar a la institución de una amenaza de disgregación como producto de su participación en política. Más importante aún, era imperativo en ese momento destruir la posibilidad de una expansión del pensamiento socialista en su interior, revelado aparentemente en la República de los Doce Días de Grove. Así, el apego al constitucionalismo se transformaba en una especie de escudo protector para las fuerzas armadas que las aislaría de los conflictos, permitiéndoles reestructurarse y renacer.

Como ya se indicó al comienzo, una vez lograda la marginación militar y asentados institucionalmente los principios de no deliberación y obediencia a las autoridades legítimas y a la Constitución, la civilidad se alejó también de los problemas e inquietudes que afectaban a esa corporación, produciéndose un abismo entre ambos mundos. El resultado fue la evolución separada de ellos, con casi total ignorancia civil acerca de lo que ocurría en las filas militares. Con todo, desde el mismo momento del repliegue elementos aislados de la oficialidad, y luego de la suboficialidad, comenzaban a enviar señales de descontento que auguraban conflictos ulteriores.

En efecto, entre 1939 y 1969 se produjeron una serie de conatos conspirativos desde los cuadros castrenses que intentaban

38. Sobre este tema, véase Carlos Maldonado "Entre reacción civilista y constitucionalismo formal: las fuerzas armadas chilenas en el período 1931-1938", Flaco Dcto.No.55, 1988; Verónica Valdivia *La Milicia Republicana. Los civiles en armas 1932-1936* (Stgo.,1992), caps. IV y V.

amenazar el poder civil, aunque sin mucha fuerza. Por el lapso de veinte años –hasta el final de su segunda administración–, estos conatos casi invariablemente estuvieron vinculados a la figura del general Carlos Ibáñez quien desde el mismo momento del fin de su primer gobierno intentó volver al poder, ya fuera a través de tentativas golpistas o como candidato presidencial. Este afán ibañista logró atraer simpatizantes en las filas militares, pues su influencia e imagen eran aún muy fuertes entre la oficialidad, cansada de las represalias o de la despreocupación de los civiles. Por una parte, la estrechez presupuestaria en materia de defensa se tradujo con los años en un deterioro tanto de los sueldos de los oficiales como del material de guerra destinado al resguardo de la soberanía nacional, afectando su profesionalismo e induciendo a los militares a hacer fuertes críticas a las autoridades por el estado “de postración” en que sumían a esas instituciones. Este problema generó, al mismo tiempo, graves cuestionamientos al Alto Mando, al cual se calificaba de inepto y sólo pendiente de su buena acogida en las altas esferas de gobierno, olvidándose de los problemas de la corporación y no cumpliendo con sus funciones. Por otra parte, la inexistencia de una doctrina elaborada

por la civilidad que guiara la labor castrense vinculándola al acontecer nacional, dejó a estas cuerpos “al garete” en términos del rol a cumplir, sin adecuarlo a la realidad de mediados de siglo. Esto produjo una honda frustración entre los militares, quienes se percibían en una pendiente de decadencia sin salida. Tales conflictos fueron utilizados por Ibáñez para atraerse seguidores en sus distintas actividades sediciosas, prometiendo solucionar esos problemas. Ibáñez atribuyó dichos males a la mala gestión de los civiles en la conducción del país como a la ineficacia del mismo sistema político y la necesidad de un régimen más autoritario. A su vez, los oficiales complotadores veían en Ibáñez la vía de canalización de sus demandas; por tanto no planteaban la toma del poder para las fuerzas armadas en cuanto institución, sino la mejoría de su realidad y de la conducción del país a través del caudillo que representaba tanto a las fuerzas armadas como a la política³⁹. No obstante, los motivos arriba indicados y que gatillarían movimientos castrenses posteriores ya estuvieron presentes en “Línea Recta” durante el año 1955, anunciando lo que vendría.

En la década de los sesenta, y ya desaparecida la figura de Ibáñez, los mo-

39. Sobre la orfandad doctrinaria, véase Varas **Chile. Democracia. Fuerzas armadas**, págs. 74-79. Los complots a los cuales se hace alusión en este párrafo, fueron el “Ariostazo” en 1939, encabezado por el general Ariosto Herrera, quien intentó en compañía de Ibáñez un movimiento cívico-militar contra el gobierno del Frente Popular; el complot de “Las Patitas de Chancho” en 1948 contra Gabriel González Videla liderado por Ibáñez para imponer un gobierno similar al peronista argentino; PUMA (Por un Mañana Auspicioso): grupo conspirativo de oficiales ibañistas, quienes se organizaron para asegurar la elección presidencial de aquel en 1952 en caso de no respetarse su mayoría relativa, y “Línea Recta” en 1955 durante el segundo gobierno ibañista. Como se sabe, frente al fracaso de su opción populista y en medio de una crisis económica general, Ibáñez intentó el recurso de la fuerza amparando a una organización sediciosa dentro del ejército –Línea Recta– que buscaba cambios a nivel nacional e institucional. Tanto en los casos de 1948 como de 1955, el tema de los bajos sueldos y la crítica al Alto Mando estuvieron presentes. Respecto a este tema, véase cita 3 y Leonidas Bravo **Lo que supo un auditor de guerra** (Stgo., 1955), Hugh Bicheno “Anti-parliamentary Themes in Chilean History: 1920-1970”, **Government and Opposition**, VII, 3, 1972.

vimientos del ejército fueron abandonando ese carácter personalista para hacerse más complejos. La Doctrina de Seguridad Nacional, como se señaló antes, renovó su cosmovisión sobre nuevos principios viniendo a llenar un vacío al asignarles nuevas tareas en la vida nacional y, por ende, mejorando su autoestima al sacarlos del marasmo en que se habían sumido. La renaciente auto-percepción de constituir un segmento superior y distinto de la sociedad, en condiciones de asumir mayores responsabilidades, alimentó la simiente deliberativa oculta por años tras el respeto formal a la Constitución.

La conjunción de sentimientos generados por el remezón que sacudía a la sociedad chilena bajo la administración demócrata-cristiana y los nuevos conceptos entregados por la Doctrina de Seguridad Nacional—nación-Estado, unidad nacional, poder nacional, geopolítica, guerra contrasubversiva—, hicieron temblar los débiles cimientos en que se apoyaba el constitucionalismo formal de las fuerzas armadas.

Una honda sensación de frustración y de haberse llegado a un punto límite invadía a los oficiales a mediados de los años sesenta. No sólo se trataba de la rebaja constante del presupuesto asignado a la defensa nacional que afectaba los salarios y pensiones de los uniformados, sino también la obsolescencia cada vez más notoria de sus equipos bélicos. Las remuneraciones, según el general Prats, se encontraban en un nivel bastante inferior comparándolas con la de profesionales y técnicos civiles de clase media. Asimismo, el general (R) Gustavo Leigh recordaba que

los sueldos “no alcanzaban a solventar ni los gastos más elementales. Era común ver a las esposas de los oficiales recurrir a toda clase de medios para ayudar al mantenimiento del hogar... muchos oficiales desempeñaban labores como choferes de taxi a horas fuera de servicio por la misma razón”. Como se afirmó posteriormente: “los sueldos de los oficiales de ejército eran extremadamente bajos... el sueldo de un subteniente era tan bajo como el de los obreros comunes... las dificultades económicas enfrentadas por el oficial, especialmente en los rangos inferiores, no era cuestión de lujurias, sino de habitación y vestuario decentes y una educación para los niños”⁴⁰. Tal realidad llevaba a los uniformados a buscar responsables, siendo el primero de ellos el Alto Mando de la institución. Nuevamente como en 1955, la más alta plana de la corporación fue señalada como una de las principales culpables de esa situación, pues no procuraba solucionar realmente el problema sino que lo dilataba una y otra vez producto de su dependencia e identificación con la autoridad civil que lo inducía a priorizar sus propio intereses en lugar de los corporativos⁴¹. Como plantearía el general Viaux luego del Tacnazo, “la actitud reticente de un Alto Mando que siempre manifiesta estar consciente de la gravedad del problema económico, pero que nunca encuentra sus soluciones, para aceptar siempre arreglos parciales y acomodaticios o simplemente por no haber tenido la entereza de plantárselo a V.E. en toda su magnitud real...”. Esta actitud tan dura para juzgar a los altos mandos estaba relacionada con el funcionamiento propio de todo sistema militar, en el cual éstos deben

40. Prats, *op. cit.*, págs.103-104; Liisa North “Los militares en la política chilena”; Sergio Marras *Confesiones*, pág.123.

41. *El Diario Ilustrado*, 27.10.1969, citado por Alvarez et al., *op. cit.*, pág.213.

representar ante las autoridades del Estado las necesidades de esas entidades para que ellas puedan mantener su profesionalismo, eficiencia operativa, moral militar y disciplina. Sin embargo, esta función parece haberse visto dificultada desde que uno de los mecanismos de la civilidad para imponer la obediencia a los militares fue nombrar en la Comandancia en Jefe a oficiales de marcado sentido constitucionalista que aseguraran a las autoridades la obediencia y el acallamiento de lo que pudiera considerarse una insubordinación. Los oficiales, al contrario, interpretaron dichas designaciones como una obsesión civil por “tener comandantes en jefe obsecuentes... nos llamaban los grandes mudos porque no teníamos ni voz ni voto en ninguna parte. No podíamos reclamar nuestras necesidades”⁴². El alejamiento que caracterizaba las relaciones cívico-militares impedía una comunicación clara y franca, razón por la cual los problemas que aquejaban al mundo castrense no fueron abordados como los uniformados deseaban, terminando por afectar su moral ⁴³.

Las críticas militares también apuntaban a las deficiencias en materia de equipamiento que estaba viviendo la corporación. De acuerdo a las modificaciones de la política hemisférica posterior al fin de la 2a. Guerra Mundial, los pactos de ayuda militar fueron formalmente suscritos a través del PAM en 1953 que posibilitó el traspaso de material bélico desde Estados Unidos y el entrenamiento de oficiales latinoamericanos en ese mismo país. Según Liisa North, hasta la Revolución Cubana la ayuda estaba destinada a la modernización

de los ejércitos para reforzar las defensas ante una agresión externa; con posterioridad a 1959 y el período de izquierdización del proceso cubano, los fondos fueron destinados para equipamiento contrainsurgencia y llegaron a los ejércitos latinoamericanos en 1963: “Así en 1968, por ejemplo, el 76% de la ayuda que el Dpto. de Defensa pidió para América Latina era para ser gastada en equipos y servicios relacionados con la contrainsurgencia”. Específicamente en el caso de Chile, entre 1953 y 1966 éste ocupó el segundo lugar como receptor de ayuda militar en cuanto a subvenciones militares y envío de excedentes; en una base per cápita, recibió más asistencia militar que cualquier otro país del área, siendo el aporte total para ese mismo período el 9.7% de los gastos totales de Chile en defensa⁴⁴.

A pesar de lo llamativas que estas cifras puedan parecer, en la práctica la asistencia norteamericana produjo más frustraciones que satisfacciones. Efectivamente, si bien llegaba material bélico según el PAM, éste generalmente estaba en malas condiciones y era muy antiguo; tal como lo ha testimoniado el general (R) Medina Lois “...lo que nos entregaban eran elementos de desecho... en el caso del ejército llegó, por ejemplo, un grupo de exploración blindada, todo material usado y que venía con la huella de los disparos de la Guerra de Corea y que había que reconstituirlo. Con eso los gobiernos pensaban: las fuerzas armadas no necesitan dinero para equipamiento porque está la ayuda de Estados Unidos...”. Esta desilusionante realidad se agudizaba cuando los oficiales debían hacer cursos en Estados Unidos contempla-

42. Marras, *Confesiones*, págs. 97 y ss., “Declaración del General Nicanor Díaz”.

43. Declaración del general (R) Horacio Toro en Sergio Marras *Palabra de Soldado*, pág.99.

44. Liisa North, *Los militares en la política chilena*, pág.70.

dos en el PAM, pues la comparación entre el equipamiento norteamericano y el chileno era inevitable y “...tenía que ser muy sólida la moral para no sentirse tremendamente frustrado”⁴⁵. Aún más, en 1967 el gobierno norteamericano consiguió la dictación de la Ley sobre Foreign Military Sales que eliminaba las donaciones o préstamos de material de guerra, con lo cual la ayuda en armamento se contrajo, quedando reducida al ámbito del entrenamiento y asesoría técnica. Estas cuestiones llevaron al surgimiento de cierto resquemor entre la oficialidad ante el “paternalismo” norteamericano y comenzó a reclamarse la necesidad nacional de imponer doctrinas estratégicas propias que justificaban los requerimientos por cambios de equipamiento bélico, volviendo a mirar a Europa como fuente de aprovisionamiento⁴⁶.

En suma, es clara la existencia de problemas objetivos que en apariencia pasaban fundamentalmente por el tema del presupuesto, que ni la ayuda norteamericana pudo solucionar. Durante la segunda administración de Ibáñez, hubo un intento de dotar a la defensa nacional de una cuota de recursos ajena al presupuesto constituida por una asignación anual de un porcentaje de las ventas del cobre, formalizada a través de una ley. Al decir del general (R) Gustavo Leigh, ella sólo funcionó bien durante la gestión ibañista teniendo luego una “vida muy accidentada: los gobernantes eran renuentes a cumplir con la ley regularmente; se postergaba la entrega de fondos en forma sistemática

con diversas excusas o se entregaba ..después de considerables esfuerzos, trámites y diligencias..”⁴⁷. Estas dificultades, naturalmente, se debían no sólo a la despreocupación civil ya tantas veces señalada, sino también a que los planes de reformas socio-económicas globales que comenzaron a plantearse durante los años sesenta requerían de un financiamiento acorde a sus ambiciones. La puesta en marcha de la “Revolución en Libertad” hacía imprescindible dar prioridad a ciertas áreas que se deseaba desarrollar y dejar en segundo plano otras que, en apariencia, parecían menos urgentes, como las fuerzas armadas.

En efecto, el gobierno que ha sido acusado como el culpable de haber conducido a las fuerzas armadas al peor momento de su historia ha sido el de Frei Montalva, período que se recuerda entre los uniformados como “el de mayor crisis del ejército”, produciendo una barrera casi infranqueable con el gobierno⁴⁸. Se ha dicho que aquella fue la época de mayores problemas en remuneraciones y equipamiento y malas relaciones con la civilidad; cuando menos se entendió la importancia de un aparato defensivo nacional. Sabemos, sin embargo, que el recorte presupuestario en este ámbito no fue privativo del gobierno de la Democracia Cristiana, sino generalizado a todas las administraciones desde Arturo Alessandri en adelante. Tal como lo explica el general (R) Nicanor Díaz: “Esta reacción viene del momento en que Frei salió elegido Presidente en 1964, cuando el candidato de la derecha

45. Marras, **Palabra de Soldado**, págs.67-68.

46. Prats, **op. cit.**, págs.100-101.

47. Sergio Marras, **Confesiones**, pág.124.

48. Declaración de Liliana Mahn en Sergio Marras, **Confesiones**, pág.41.

se retiró por el “naranjazo” y la derecha, no queriéndolo, tuvo que apoyar a Frei... El aceptó, pero sin condiciones. Eso nunca se lo ha podido perdonar la extrema derecha a la Democracia Cristiana. Entonces, todo el ataque...eso de que las fuerzas armadas estuvieron abandonadas en tiempos de la Democracia Cristiana, tiene su origen en este odio; sin embargo, nunca dijeron nada contra Alessandri, que también estuvo pisándonos el cordón del oxígeno”⁴⁹. La misma impresión tiene el teniente-coronel Aldunate, quien analizando el período de la gestión de Jorge Alessandri dijo: “...al igual que en años anteriores, (los militares) estuvieron dedicados a sus actividades profesionales en un ambiente extremadamente delicado por esta situación económica, siendo evidente el hecho que el gobierno de Alessandri no constituyó uno de los mejores períodos para los militares en este sentido”⁵⁰.

En los hechos, es claro que se había ido produciendo un estancamiento en la asignación del presupuesto destinado a la Defensa Nacional. Durante el segundo gobierno de Ibáñez, esto intentó ser revertido aumentando el porcentaje dado a las fuerzas armadas dentro del presupuesto general, el cual subió de un 14.43% en 1953 a un 21.94% en 1958. Sin embargo, desde la administración Alessandri Rodríguez éste volvió a caer: el promedio entregado a esa repartición del Estado en sus seis años de gestión fue de 13.2%. Dicha tendencia a la baja se acentuó notablemente durante el gobierno de Frei Montalva, el que asignó un promedio, entre 1965 y 1969, de un 8.7%⁵¹. La molestia

militar, por tanto, se relacionaba con una merma que no podía dejar de considerarse separadamente del incremento de los ingresos nacionales totales en esos años.

Como es posible observar, el tema de la asignación de recursos a la defensa era un problema de larga data. La pregunta a formular, por tanto, es por qué él estalló durante la administración de Frei Montalva. ¿Qué ocurrió en esos turbulentos años que lograron comenzar a hacer trizas el constitucionalismo formal? ¿Fue acaso la “Caja de Pandora” abierta con las reformas de la “Revolución en Libertad”?

Desde la óptica de este estudio, creemos que el contexto histórico mundial y nacional de los años sesenta comenzó a preparar el camino para que el constitucionalismo formal de las fuerzas armadas iniciara su ocaso definitivo. Sin duda, la tentativa demócrata-cristiana de profundizar la democracia a través de una alteración de las relaciones sociales, la radicalización de la izquierda influida por la Revolución Cubana, el incremento de las demandas sociales, la crisis del populismo, las transformaciones que la administración Kennedy introdujo en el manejo de la “Guerra Fría” con la llamada “respuesta flexible” alterando la función de las fuerzas armadas; en fin, el marco antes analizado que ponía en jaque al sistema de dominación, jugaron su papel en el cuestionamiento explícito que advenía. Las desde antaño deterioradas relaciones cívico-militares, inevitablemente se vieron empeoradas en un momento como aquel, donde el cambio social amenazaba con desbordar

49. Marras, *Confesiones*, pág.98.

50. Eduardo Aldunate II., *El ejército de Chile 1603-1970. Actor y no espectador en la vida nacional*, pág.292.

51. *Boletín de Sesiones de la Cámara de Senadores*, 13.11.1969, pág.582.

el sistema vigente. En palabras del general (R) Horacio Toro: "Esta tensión negativa entre el poder político civil y el sistema militar hizo crisis durante la década de los 60, justamente en el momento en que nuestra democracia estaba en la etapa culminante de su transformación de democracia política a democracia social... ese tránsito muy gradual ocurrido en los países desarrollados se vivió en Chile con una gran aceleración por la conjunción de fenómenos de alta conflictividad...". Estos se referían a lo que Toro identificaba como un desajuste entre las demandas sociales y la capacidad del modelo económico para absorberlas; el auge de los partidos de centro y de izquierda frente al notorio retroceso de la derecha como al traslado de los conflictos externos de la Guerra Fría a la realidad nacional. El aumento de la influencia de la Iglesia como elemento moderador de las tensiones y la agudización de las relaciones cívico-militares también influyeron notablemente⁵². La incapacidad de responder satisfactoriamente a estos desafíos y la existencia de Altos Mandos no dispuestos a enfrentar a la civilidad como esperaban los oficiales más jóvenes, indujeron a éstos a encabezar la rebelión contra un sistema que ya no podía ocultar su agotamiento.

Las expresiones abiertas de descontento que comenzaron a ocurrir a partir de 1967 en casi todos los casos estuvieron protagonizadas por uniformados de rangos medios. En efecto, y tal como afirmaría el general (R) Horacio Toro, el quiebre paulatino producido entre la oficialidad y el Alto Mando

colocaría en la cabecera de los movimientos castrenses a jóvenes oficiales: "En ausencia de altos mandos dignos y valientes, los mandos medios, siempre más vitales en el idealismo profesional, han asumido en Chile, desde comienzos de siglo, el riesgo de representar colectivamente, por medios no violentos pero ubicados en el límite entre la subordinación y la insubordinación, el sentimiento institucional a través de gestos simbólicos cargados de contenido"⁵³. Esta participación destacada de los mandos medios en los movimientos deliberativos que ocurrieron, nuevamente nos lleva al tema del presupuesto. De acuerdo a las cifras entregadas en la Cámara de Senadores en 1969, los grados más afectados por el deterioro en las remuneraciones eran aquellos de teniente a teniente-coronel, al igual que entre los suboficiales, lo que en parte explicaría su mayor disposición a involucrarse en eventos reñidos con los principios de disciplina⁵⁴.

Estos comenzaron durante el primer semestre de 1967 cuando se produjo en la Armada el movimiento denominado "Manifiesto de los Tenientes". En él, los jóvenes oficiales hicieron notar la urgencia de introducir mejoras técnicas y aumentos salariales en dicha rama castrense, acción por la cual fueron dados de baja dos tenientes⁵⁵. A mediados del mismo año, y por razones poco claras, el Comandante en Jefe del Ejército, General Bernardino Parada, fue relevado de su cargo, siendo reemplazado por el general Luis Miqueles⁵⁶. Aquel año culminaría con la declaración oficial gubernativa que no habría

52. Marras, **Palabra de Soldado**, pág.106.

53. Marras, **Palabra de soldado**, pág.100.

54. **Boletín de Sesiones de la Cámara de Senadores**, 10.11.1969, pág.317.

55. Alvarez, **op. cit.**, pág.186.

56. Alvarez, **op. cit.**, pág.186 y Prats, **op. cit.**, pág.102.

reajuste en el presupuesto para las fuerzas armadas pues, según explicaba el Ministro de Hacienda, tal medida tendría efectos inflacionarios, a pesar de lo cual el gobierno se comprometía a estudiar el tema⁵⁷.

Las manifestaciones de descontento continuaron al año siguiente cuando estalló el caso de “las renunciaciones”, protagonizado por un alto número de alumnos de la Academia de Guerra del ejército. Dado el creciente grado de desazón, los oficiales sentían la necesidad de manifestar públicamente “nuestro malestar de modo que pudiera ser percibido por el Alto Mando y el gobierno, y así encontrar un camino de salida...”. La acción elegida sería la presentación individual de las renunciaciones de los oficiales a los comandantes de cuerpo o jefes de altas reparticiones, señalando la razón de ella: “el argumento esgrimido es que no pueden sostener sus hogares con sus exiguas remuneraciones y que la situación de decadencia institucional no les ofrece porvenir en su carrera”⁵⁸. Una vez diseñada la estrategia, se procedió a “correr la flecha” en una especie de cadena para una vez logrado un grupo grande de adscriptores presentar el problema a los mandos indicados. Las renunciaciones fueron presentadas simultáneamente en Santiago, San Bernardo, Puente Alto, Los Andes, San Felipe, Quillota, Viña del Mar y Valparaíso. Los comandantes que recibieron las renunciaciones intentaron ocultar lo ocurrido, guardándolas. Sin embargo, el director de la Academia de Guerra, coronel Gustavo Dupuis, informó a su superior jerárquico, el comandante de Institutos Militares, general Sergio Castillo

Aránguiz quien, a su vez, expuso la situación al comandante en jefe, general Miqueles. Una vez que el gobierno fue informado, el presidente Frei destituyó a los titulares de defensa y comandancia en jefe del ejército, reemplazándolos por el general (R) Tulio Marambio en la cartera de Defensa y al general Sergio Castillo Aránguiz al mando del ejército⁵⁹.

¿Qué beneficios obtuvieron los oficiales jóvenes con este movimiento?. En primer lugar, y dado que las razones argüidas para ejecutarlo eran compartidas por las altas jerarquías institucionales y conocidas por el gobierno, el Alto Mando no tomó represalias contra estos uniformados y las renunciaciones fueron devueltas con el compromiso de solucionar los problemas. Más importante aún, el movimiento de las “renunciaciones” logró la aprobación de algunos oficiales de mayor graduación –generales– que se convirtieron en impulsores de la idea, dándole un carácter más institucional a la acción, aspecto clave para dar fuerza a cualquier acto indisciplinario. Las frustraciones salariales y de equipamiento, punta de lanza de un problema mucho más profundo como era la existencia y participación de las fuerzas armadas en la vida nacional, comenzaba a reunir lentamente a mandos y subordinados tras objetivos aún nebulosos. Como apunta el general (R) Toro, ese pronunciamiento militar y los que le siguieron hasta el Tacnazo no fue considerado por sus protagonistas como una insubordinación, pues se había tenido el especial cuidado de escoger una acción que no quebrantara la instituciona-

57. Alvarez, *op. cit.*, pág. 188.

58. Declaración del general (R) H. Toro en Marras, **Palabra de Soldado**, pág. 102; véase también Prats, *op. cit.*, pág. 110.

59. Declaración del general (R) H. Toro en Marras, **Palabra de Soldado**, pág. 102.

lidad: “acuartelamiento sin exhibicionismo armado ni caras pintadas. Ha habido una constante en el sentido de utilizar la no violencia activa para presentar la necesidad de rectificaciones que sirvieran al interés institucional... en el marco de un arraigado respeto a la Constitución”⁶⁰. ¿De qué se trataba entonces?. Al parecer todavía en esta etapa, los movimientos no tenían otro objetivo que mostrar abiertamente la inquietud que los invadía para hacer “entrar en razón” a las autoridades en términos del presupuesto, pero también de su participación en ese bullente acontecer nacional del momento. Como ha recordado la hija del general Alfredo Mahn, “No era sólo un cuestionamiento por un mayor presupuesto o equipamiento, por un sueldo más digno o por mejores elementos técnicos para mantenerse dentro de su profesión, sino que era una reivindicación por participar y entroncarse mayormente en la dinámica del desarrollo del país”⁶¹.

En efecto, el punto de fondo estaba en redefinir la función de los cuerpos armados en una sociedad cambiante. Estos consideraban que la marginación impuesta por los civiles alcanzaba temas de interés castrense, tales como las cuestiones de política exterior. En 1964 se creó la Dirección de Fronteras y Límites del Estado en la cual no se integró a estas fuerzas, asunto que afectó vivamente a los uniformados pues hacia la fecha los problemas fronterizos con Argentina y Bolivia se agudizaban. En relación a Argentina, las discusiones acerca de las islas al extremo

sur se activaron, como también la zona de Laguna del Desierto que fue ocupada por tropas de ese país en el período democratacristiano. Con respecto a Bolivia, el tema de una salida al mar se retomó por esos días, viéndose la posibilidad de que Chile estuviera “dispuesto a considerar la concesión de un corredor para Bolivia al norte de Chile”⁶². Tales preocupaciones castrenses resultaban bastante importantes si se piensa en la introducción de elementos de geopolítica en los programas de estudio de los oficiales como resultado del entrenamiento norteamericano. La geopolítica revalorizó la noción de espacio o territorio incluyendo a la geografía, los recursos naturales, la población, entre otros, ofreciendo argumentos a los militares para incrementar su sentimiento de marginación y desprecio civil⁶³. Ya desde principios de la década del sesenta, los planes de estudio de la Academia Militar incluían asignaturas como fundamentos del derecho constitucional, política y comercio exterior con la finalidad de “dar a los militares mayores elementos e instrumentos de análisis y discusión para que contribuyeran con efectividad al desarrollo del país”⁶⁴.

Otro tópico introducido por la Doctrina de Seguridad Nacional que se expandió en la etapa de “crisis del desarrollismo”, fue el del enemigo interno. La radicalización del socialismo y la aparición del MIR después de 1965, fortalecieron la percepción castrense de que ese enemigo estaba cerca y

60. Marras, **Palabra de Soldado**, pág.103.

61. Marras, **Confesiones**, pág.41.

62. Prats, *op. cit.*, pág.99.

63. A. Varas, **Chile. Democracia...**, págs.123-124.

64. Alvarez, *op. cit.*, pág.237.

necesitaba ser controlado. Así lo afirmó el general (R) Nicanor Díaz al referirse al momento en que dicho tema comenzó a preocupar cada vez más a los uniformados: "Al final del período de Frei, cuando empezó el poder del MIR, Entonces empezó el terrorismo ... ahí se despertó ya una sensación de inseguridad y de responsabilidad frente a esta situación"⁶⁵. El sentimiento anticomunista se fortaleció antes de la ascensión de Allende al poder, cuando "...los comunistas empezaron a ejercer (influencia) sobre la comunidad, los obreros, campesinos y sobre todo orden de cosa"⁶⁶. En la práctica, los conflictos socio-políticos desatados durante la experiencia de la "Revolución en Libertad" no hicieron sino madurar procesos antiguos -el miedo al comunismo- expandiendo esa necesidad militar de sentirse parte de una nación, útil a ella, frente a doctrinas atentatorias a la unidad nacional. La dictación de la Ley de Seguridad Interior del Estado de 1958 de hecho ya estaba sirviendo al ejecutivo como instrumento para enfrentar situaciones de crisis, ya fueran de carácter natural o social. Ello se tradujo en la utilización de las fuerzas armadas cada vez que la autoridad lo consideró pertinente, como en ocasiones de huelgas que violaban la normativa de esa ley, o "...cuando había una situación de desorden público muy grave."⁶⁷ Tales tareas los fueron ligando cada vez más a la problemática social del período y a desarrollar la necesidad de participar activamente. En suma, la falta de una definición clara desde la civilidad acerca de las funciones a cumplir por estas instituciones, la percepción gubernativa de su

carácter secundario en materia presupuestaria frente a áreas como la economía o los planes sociales, la radicalizada evolución del movimiento social y político, las renovadas teorías militares, se unieron para inducir a los uniformados a desear y exigir, dentro de los moldes de su profesión, que se los considerara de manera menos circunstancial y más estructurada. Tal confusión de sentimientos entre lo que parecían meras demandas gremiales y el agotamiento de un modo de inserción castrense, volvió a revelarse en el penúltimo año de la gestión Frei a partir del conflictivo mes de celebración de las glorias del ejército.

A un año del proceso de las "renuncias", el problema presupuestario no había sido resuelto como lo prometió el ministro de Defensa, general (R) Tulio Marambio, quien aseguró su solución en "90 días" y sin "parches"⁶⁸. La inquietud se acentuaba a medida que los meses transcurrían y no se presentaban nuevas alternativas. Los preparativos para la Parada Militar del 19 de septiembre de ese año, servirían como canal de comunicación entre una oficialidad dispersa que encontró en esa práctica castrense la oportunidad de comentar tales materias. De acuerdo a la versión del grupo nacionalista Tacna, cinco oficiales de los allí reunidos tomaron la decisión de convocar a una reunión para discutir "lo que andaba en boca de todos: un posible remedio a los males del ejército". Se realizaron un total de ocho encuentros con una asistencia de 68 oficiales, aproximadamente, en los cuales se abordaron temas como "la angustia

65. Marras **Confesiones**, pág.102; Alvarez et al., *op. cit.*, pág.239.

66. Declaración del general Leigh en Marras, **Confesiones**, pág.126.

67. Declaración del general Nicanor Díaz en Marras, *op. cit.*, pág.98.

68. **Tacna**, N°5.

económica y la frustración profesional”, sin configurar delito de sedición ni deliberación según el fiscal militar que luego investigó el caso, general de Brigada Pablo Schaffhauer. Lo que se discutió, en realidad, fue la manera de demostrar al gobierno el malestar que existía en el ejército, tanto entre la oficialidad, como la suboficialidad y la tropa. El acuerdo tomado fue un “acuartelamiento voluntario” para el 19 de septiembre después de la Parada, al tiempo que se le haría llegar al Presidente un memorándum con sus demandas: salida del Ministro de Defensa y reestructuración general del ejército. La representación del movimiento fue asumida por el mayor Arturo Marshall Marchesse. El movimiento, no obstante, fue conocido por el Alto Mando y el gobierno, ordenando el regreso de los regimientos involucrados –“Yungay” y “Guardia Vieja”– a sus respectivas provincias, la aprensión del mayor Marshall y de los capitanes Fernando Nieraad y Eduardo Hantke oficiales de esos regimientos.

En este caldeado ambiente comenzaron los trabajos de la Junta Calificadora Anual, en la cual se llegó a la convicción de la urgencia de atender el grave problema de la inquietud indisciplinaria observada en las filas militares. Una vez terminada la clasificación y confeccionada la lista de eliminación, se reunió el Consejo de Generales, el 16 de octubre, donde se le pidió al general Roberto Viaux su expediente de retiro “ya que ha perdido su confianza por haber desarrollado actividades deliberativas”⁶⁹.

Desde hacía algún tiempo, el general Viaux estaba encabezando un movimiento tendiente a modificar la indiferencia del Alto Mando con respecto a las necesidades del ejército en materia de armamento, mejoramiento de remuneraciones y dotación de personal para atender eficientemente el funcionamiento de las distintas unidades. Las pésimas condiciones en que, según Viaux, se desarrollaba la profesión, defraudaban a los oficiales quienes terminaban abandonándola, lo que obligaba a su reemplazo por otros funcionarios de menor calidad. Tal situación era aún más grave entre la sub-oficialidad.

El corolario de todo esto era, a los ojos críticos del general Viaux, que el ejército se veía impedido de cumplir su misión “...fundamental y primaria, cual es la de estar en condiciones de guardar la soberanía de la nación y formar e instruir sus reservas terrestres adecuadamente”⁷⁰. Este estado de cosas empeoró a finales de los años sesenta porque el pacto de ayuda con Estados Unidos terminó y la adquisición de material de guerra se hizo más difícil. De allí que en este período la crítica al Alto Mando se agudizara y la disciplina comenzara a resquebrajarse notoriamente⁷¹. Más todavía si se considera que una vez ocurrido el caso de las “renuncias”, el compromiso hecho por el nuevo Ministro de Defensa y por el Comandante en Jefe, de solucionar estos problemas no había sido cumplido a pesar de haber transcurrido un año, lo cual abrió un abismo entre la oficialidad joven y sus jefes.

69. Prats, *op. cit.*, pág. 122.

70. Florencia Varas, *Conversaciones con Viaux*, págs. 55-57.

71. *Ibid.*, págs. 57-58.

Una vez que se le solicitó el retiro, Viaux volvió a Antofagasta, donde era comandante de la I División, y se resistió a entregar el mando, recibiendo el respaldo de la oficialidad de la guarnición⁷². Obligado finalmente a hacerlo, se despidió de sus subalternos diciéndoles: "...os hago presente que la causa de mi retiro -según lo expresara el señor Comandante en Jefe del ejército- se debió a que tenía demasiado ascendiente entre el personal de oficiales y cuadro permanente: que era un líder. Este motivo me honra"⁷³. De vuelta en Santiago y ante un grupo de oficiales de varios regimientos, el general Viaux aceptó a las 2.30 hrs. de la madrugada del día 21 de octubre encabezar el acuartelamiento en el regimiento Tacna, "como medida suprema para tratar de solucionar los problemas militares existentes"⁷⁴. Con anterioridad a su ingreso, se había apresado al Comandante de esta unidad, para encabezar un acuartelamiento que contaría con el respaldo de la Escuela de Suboficiales, el Batallón Blindado N°2 y el Batallón de Transportes N°2. Una vez conocido este hecho, recibió también la adhesión de los alumnos de la Academia de Guerra y Politécnica del ejército⁷⁵. Desde el comienzo del acuartelamiento, Viaux insistió que éste sólo respondía a cuestiones corporativas y no tenía motivaciones políticas. Informando a la opinión pública, comunicó que: "La acción emprendida en la mañana por las diferentes unidades de la guarnición de Santiago

se refiere a un aspecto netamente militar profesional... reiteramos incansable y serenamente al pueblo de Chile que nuestra actuación es algo enteramente de orden interno de la Institución..."⁷⁶. Las demandas específicas del acuartelamiento eran las medidas consideradas urgentes por los oficiales para que la institución cumpliera la misión para la cual había sido creada; en otras palabras, el mejoramiento de las remuneraciones y un cambio sustancial en el Alto Mando. Específicamente planteaban que: "...como garantía de disciplina y cohesión del ejército, solicitamos al Sr. Presidente, cambios en el Alto Mando por personas que cuenten con la confianza de los Oficiales y Cuadro Permanente, como prenda segura en la obtención de estos objetivos que dicen relación directa y determinante con las instituciones armadas y con Chile mismo"⁷⁷.

Mientras tanto, el Presidente decretó el Estado de Sitio, recibió el apoyo de casi todos los sectores políticos y concentró en el eclipse del Parque Cousiño a las siguientes unidades: Regimiento Maipo, de Valparaíso; Reg. Yungay, de San Felipe; Reg. Guardia Vieja, de los Andes; Escuela de caballería, de Quillota, Reg. Ingenieros, de Tejas Verdes; Reg. Colchagua, de San Fernando; Reg. Buin y Escuela de Infantería. Las conversaciones del comandante de la guarnición de Santiago, Alfredo Mahn, por encargo de

72. Prats, *op. cit.*, págs. 119-123.

73. Arturo Olavarría, *Chile bajo la Democracia Cristiana*, pág.175, tomo III.

74. Florencia Varas, *op. cit.*, pág.100.

75. Prats, *op. cit.*, págs.125-126.

76. Olavarría, *op. cit.*, pág.180, tomo III.

77. Estas demandas estaban contenidas en la supuesta carta que Viaux envió al Presidente Frei a principios de octubre de 1969 y que, en teoría, éste nunca recibió. En Florencia Varas, *op. cit.*, pág.67.

Frei, con Viaux y la mediación final del Subsecretario de Salud, Patricio Silva, pusieron fin al levantamiento en la madrugada del 22 de octubre y la firma de un Acta de acuerdo entre el gobierno y los amotinados⁷⁸. Esta se logró, según la versión de Viaux, cuando el subsecretario Silva le mostró la renuncia firmada del Ministro de Defensa y le aseguró que las del Comandante en Jefe y de otros generales se producirían en el lapso de una semana⁷⁹.

El “Acta del Tacna” estableció el reconocimiento explícito del general Viaux a la autoridad del Presidente de la República y de los Poderes legítimamente constituidos, la toma de conocimiento de la renuncia del Ministro de Defensa y la promesa que el problema económico sería resuelto con urgencia. Asimismo, el inicio de un proceso único a fin de verificar si hubo intento de atentar contra la institucionalidad del Estado o no, conjuntamente con la responsabilidad que pudiera caberle por los civiles caídos, y el reconocimiento gubernamental de “la actitud del Sr. General Viaux al facilitar la solución del problema existente y reafirma(r) su confianza en los miembros del ejército”⁸⁰.

Tras el “Tacnazo”, fue nombrado Comandante en Jefe del ejército el general René Schneider, luego de extenderse la solicitud de retiro a las cinco antigüedades anteriores a él: generales Mahn; Cheyre; Valdés; Carvajal y Rodríguez. Schneider tendría la ingrata misión de intentar recuperar la deteriorada disciplina militar en un

medio fuertemente agitado dentro y fuera de las filas militares.

El fin del acuartelamiento era, al mismo tiempo, el inicio de la etapa final de desquiciamiento institucional comenzado hacía más de treinta años, que conduciría al ocaso definitivo del “constitucionalismo formal”. A pesar que hasta el día de hoy el general Viaux niega cualquiera intencionalidad política al levantamiento, lo cierto es que desde que su solicitud de retiro fue conocida públicamente, él se convirtió en una especie de símbolo político contra un régimen que iba teniendo cada vez más enemigos. Como planteó en sus Memorias el general Prats, el “acuartelamiento del Tacna tenía una finalidad política clara, gestada en varios pasillos durante los meses inmediatamente precedentes. Oscuros personajes civiles y uniformados se preparaban para mover las piezas del tablero de ajedrez, usando a Viaux de peón de partida”⁸¹.

Una vez conocidos los hechos, la izquierda y el gobierno acusaron a la derecha de estar involucrada en ellos y de ser el acuartelamiento una tentativa de golpe de Estado. Aunque el Partido Nacional, obviamente, negó tales cargos, su defensa del general Viaux y las elaboraciones posteriores a raíz de este asunto, revelan la comunidad de intereses entre algunos sectores de ambas entidades. Personeros de ese Partido –entre los que se contaba Sergio Onofre Jarpa, Mario Arnello y Engelberto Frías– fueron procesados por la Fiscalía Militar por tratar de plegar al “Tacnazo” al Grupo N°7 de

78. Olavarría, *op. cit.*, págs.179-180; Alvarez et al., *op.cit.*, pág.199.

79. Florencia Varas, *op. cit.*, pág.106.

80. *Ibid.*, pág.107.

81. Prats, *op. cit.*, pág.127.

la FACH⁸². Los nacionales explicaron el movimiento militar como el resultado del abandono del gobierno de las tareas que le eran propias, llevando al país a la anarquía y la subversión. Para esta colectividad, las fuerzas armadas representaban tanto la seguridad externa como una tradición de libertad y de nacionalidad, para lo cual había que entregarle los medios necesarios. En la alocución radial realizada por Jarpa, a nombre del Partido, relacionó parte de los principios de su colectividad con la urgencia de dar a los militares un papel más activo en la vida nacional en el contexto de “la Era del Pacífico” planteada por ellos, que fortalecía los principios geopolíticos de la Doctrina de Seguridad Nacional vigentes en los estudios militares de esos años⁸³.

De haberse logrado la adhesión de gran parte del Alto Mando al levantamiento del “Tacna”, privando al gobierno de capacidad defensiva alguna, el acuartelamiento podría haber conducido al derrocamiento del Presidente constitucional, dando inicio a un proceso de desconocidas consecuencias en el cual los civiles no habrían estado ausentes. De hecho, el general Prats afirmó que el nacionalista-estanquero Jorge

Prat reconoció haber tenido contactos con Viaux antes del acuartelamiento del Tacna, tal como el Comandante en Jefe del ejército tenía conocimiento, pero que “no lo estimuló en su aventura”⁸⁴.

Con todo, en lo que a este estudio respecta, el tema de si el “Tacnazo” fue una intencional golpista cívico-militar será abordado con una atención relativamente secundaria, por cuanto sus efectos posteriores fueron más determinantes. El “Tacnazo” consolidó una tendencia política generada vagamente en los años cuarenta que hacía de las fuerzas armadas un actor más destacado de lo que la institucionalidad vigente consignaba. Si los estanqueros eran una voz aislada en la política general, la experiencia del gobierno demócratacristiano y del “Tacnazo” fortaleció tal discurso, más aún cuando él ya había penetrado en la derecha, abriendo el camino a una tendencia anti-democrática que al fin podría dar cuerpo a un proyecto político de largo alcance, con posibilidades de éxito. Las fuerzas armadas ya estaban cruzadas por hondas contradicciones para poder detener su proceso deliberativo. El momento esperado por los nacionalistas había llegado.

82. Alvarez et al., *op. cit.*, pág.199.

83. *Ibid*, págs.199-205.

84. Prats, *op. cit.*, pág.171. Durante una entrevista con el General Viaux, se le pidió que se refiriera a Jorge Prat y su quehacer en la vida política desde los años cuarenta en adelante. Su actitud fue más bien de reticencia y discreción, limitándose a decir: “Muy bueno, un hombre, un gran patriota, hombre inteligente, muy bien... (era) nacionalista...”. En entrevista concedida a la autora en noviembre de 1994.

III

**¡EL NACIONALISMO ESTA VIVO! : A LA CAZA
DE LAS FUERZAS ARMADAS**

El periodo que se abre con el “Tacnazo”, en octubre de 1969, y se cierra con la ascensión de Salvador Allende a la presidencia de la República en noviembre de 1970, es quizás uno de los más críticos que el país haya vivido. La urgencia de los distintos sectores políticos de elegir un candidato presidencial, la fuerte movilización social, la inquietud reinante en las filas militares, la presión que desde afuera se ejercería sobre ella; en fin, un cúmulo de factores que harían de este año uno muy especial.

Si la “Revolución en Libertad”, según la interpretación nacionalsindicalista, abrió la “Caja de Pandora” y obligó a todos los actores sociales a tomar posiciones, el “Tacnazo” sembró el ímpetu deliberativo entre los miembros de los institutos armados transformándolos rápidamente en personajes públicos, claves en la resolución del conflicto político. La designación del general Schneider como Comandante en Jefe del ejército, con la misión específica de poner fin a la insubordinación, tropezaría con la singularidad política asumida por Viaux y su constante entorpecimiento a la tarea unificatoria que el general Schneider estaba intentando desarrollar. A diferencia de movimientos castrenses anteriores, de los años cuarenta y cincuenta, que no lograron involucrar a una mayoría de la oficialidad ni del Alto Mando, el “Tacnazo” de Viaux logró sintetizar la enorme frustración exis-

tente en las filas militares, cohesionarlas en torno a ella e impulsarlas a acciones que excedían el marco establecido por el orden constitucional. Entre noviembre de 1969 y julio de 1970 se sucedieron por lo menos dos complots tendientes a provocar un golpe militar. El primero contó con la participación del suegro del general Viaux, coronel (R) Raúl Igualt y oficiales de distinto grado como mayores, capitanes, subtenientes, suboficiales y algunos miembros de la FACH, en lo que se conoció como el “complot de la calle Gay”. Tres meses más tarde, en marzo de 1970, el general (R) Horacio Gamboa lideró algunas reuniones clandestinas con el objeto de derrocar al gobierno e instaurar uno de corte dictatorial al mando del general Viaux. En este movimiento estuvieron además comprometidos, entre otros, los ex oficiales Neiraad, pasado a retiro tras su participación en el intento de acuartelamiento el 19 de septiembre de 1969 y el mayor Arturo Marshall, también en retiro desde su “atraso” al Te Deum de ese mismo año⁸⁵.

Mientras, a través de la prensa que le era adicta, Viaux usaba reiteradamente su ascendiente sobre la oficialidad para politizarla aún más. Inició una campaña contra el general Schneider por no respetar los acuerdos de “honor” hechos por el general Mahn y violarlos al haber dado de baja a los oficiales que habían estado involucrados en el levantamiento de octubre, asegurando

85. Prats, *op. cit.*, págs.135-137 y 147-149.

contar con el apoyo de gran parte de la oficialidad joven del ejército “desde los Mayores hacia abajo”⁸⁶. En el texto público de defensa a esos oficiales, Viaux exponía que pesaba sobre él “...el deber moral ineludible de expresar mi protesta por esa decisión que no vacilo en calificar de irritablemente injusta, profunda y peligrosamente inconveniente y abiertamente violatoria de un compromiso de honor. Se corta la carrera a oficiales jóvenes y distinguidos que no han cometido delito ni hecho deshonesto alguno. El acuartelamiento del Tacna fue una expresión de patrióticas y legítimas aspiraciones de toda la oficialidad del ejército...”⁸⁷. Tal protagonismo de Viaux y el hecho que apareciera encarnando los intereses corporativos desde fuera de la institución, no sólo acrecentaba su simbolismo al ser visto como el único que había tenido la valentía de defenderlos, sino deslegitimaba cada día más la acción del Alto Mando que aparecía ante los ojos militares como “entregado” a las autoridades políticas. De allí que el trato civil hacia él y los otros comprometidos en el “Tacnazo”, no fuera bien visto por los oficiales y se dispusieran a defender a su naciente líder. Cuando la Corte Marcial hubo de analizar la modificación al auto de reo que pesaba sobre Viaux “...asistieron alrededor de 200 oficiales uniformados de la Guarnición de Santiago...”⁸⁸, haciendo recordar aquel lejano “Ruido de Sables”. La negativa de la Corte para dar libertad bajo fianza al general, fue interpretada por los militares como una persecución en su contra, agigantando aún

más su figura no sólo entre los uniformados sino también entre ciertos núcleos civiles “...por su hombría de bien, su valor moral y su sacrificio por una causa que considera justa y patriótica”⁸⁸. Poco después, el general (R) Martínez Amaro ofreció una comida en su honor en el Círculo Español donde el general Viaux planteó el carácter progresista de las fuerzas armadas como impulsoras de los grandes cambios ocurridos en Chile a lo largo de su historia, expresión de su “...posición, que no debe interrumpirse jamás, de vigilante severo de los intereses superiores de la patria”⁸⁹.

La publicación de este discurso consolidó aún más su figura a nivel social, constituyéndose un movimiento cívico-militar con el objetivo de instaurar un gobierno capaz de realizar los anhelos de bien común señalados por Viaux en su alocución. El “Movimiento viene Viaux”, con claros signos nacionalistas, llamaba a ingresar a él pues “La aurora de una Patria mejor debe alumbrar, hoy o mañana. No importa cuando. Salgámonos al encuentro con nuestra viril decisión de chilenos por sobre todo”⁹⁰.

Aquella crisis de liderazgo que desde el ocaso de González Von Marées venía padeciendo el nacionalismo, fue en parte superado con el surgimiento de Viaux. El propio líder estanco Jorge Prat señaló a Viaux como la persona que podría reunir en sí las cualidades de esa fusión entre un Oliveira Salazar y un Portales, imagen ideal de conductor político para Prat, que según

86. Prats, *op. cit.*, págs.143-153.

87. Olavarría, *op. cit.*, pág.230, tomo III.

88. *Ibid.*, págs.199-201.

89. *Ibid.*, pág.236.

90. *Ibid.*, pág.239.

él Chile necesitaba: “Un hombre de espadas, ese hombre acosado y digno que se ha mostrado el general Viaux”. El General pasaba a simbolizar la valentía, la audacia de denunciar a un régimen, desde la perspectiva nacionalista, descompuesto moral y políticamente, “porque no ha tenido el miedo de tantos otros militares a ‘meterse en política’, tomando las banderas que ha creído justas...”. En pocas palabras, la ausencia de un político con las características propias del conductor venía a ser llenada por Viaux quien se convertía en una esperanza, en “la única persona que en estos momentos podría gobernar a Chile...”⁹¹.

Así, lo que había comenzado, en teoría, como una mera reivindicación gremial, se transformaba en una opción política: esto es, las fuerzas armadas a través de la figura de Viaux. Este ponía en el tapete muchos de los temas que desde hacía cuarenta años afligían a los nacionalistas, sólo que esta vez en un contexto diferente y dichos por un General del ejército. Sin decirlo abiertamente sino en un lenguaje más bien castrense, Viaux planteó el tema de lo erróneo de la democracia representativa con su énfasis en los derechos de las personas. Al igual que el nacionalismo, Viaux recordaba que los deberes eran tanto, o más importantes que los derechos, pues ellos obligaban a trabajar por valores superiores y nacionales, en lugar de hacerlo por intereses mezquinos. El fruto de una vida consagrada a los deberes atenuaría esa tendencia prevalente en las democracias liberales a vivir “...en un ambiente de demandas constantes y crecientes, que se hacen valer

y se atienden como tales...”. De acuerdo al diagnóstico de Viaux, dichas prácticas habían derivado en una sociedad carente del sentido de autoridad y orden, presa de la demagogia de los mediocres. El “Nuevo Régimen” a instaurarse debería recuperar el “ejercicio severo de la autoridad”, pues las reformas legales no bastaban, era preciso que se sintiera “la mano firme de un gobierno”, tal como Ibáñez lo había hecho en su primera gestión. Había llegado la hora de la “extirpación de esta lacra que todo lo cubre”, la hora de las grandes decisiones para construir un “Nuevo Régimen” en el cual debería otorgarse más participación “organizadamente a las fuerzas verdaderamente vivas del país en el trazado de su destino...”⁹². En suma, las críticas a la democracia-liberal que el nacionalismo planteaba desde antaño, encontraban al fin nuevos portavoces que atenuarían su tradicional marginalidad.

En efecto, si las autoridades y los partidos no supieron aquilatar en su real magnitud las expresiones de descontento de los militares, y lo que ellas escondían, otros sectores sí lo hicieron. Aquellos desterrados desde siempre a los límites del sistema, marginales electoralmente pero cercanos a las fuerzas armadas de modo especial, comprendieron claramente las implicancias del “Tacnazo” y de la figura de Viaux: en ambos encontraron al fin el pilar al cual asirse. El triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales del 4 de septiembre de 1970 les otorgó el argumento final para ratificar su mirada a las fuerzas armadas, exigiendo para ellas un puesto

91. *Tacna*, N°s 3 y 4.

92. Discurso de Viaux en la Quinta “El Rosedal”, en *Octubre*, N°1, julio de 1970. Este periódico es nombrado en *Tacna* con *Presencia* como si fueran uno solo: *Presencia de Octubre*. Sin embargo y dado que ambos se han encontrado aparte, se los ha citado por separado, como periódicos distintos.

de avanzada en la lucha contra el marxismo y una nueva función en el orden a construir.

El 4 de septiembre se hizo realidad el vaticinio nacionalsindicalista de cuatro años antes: la “Revolución en Libertad” auguraba inevitablemente el triunfo del marxismo. Los “sesenta días” transcurridos entre la elección y el ascenso de la Unidad Popular al gobierno, definieron el carácter de la lucha. El nacionalismo chileno encabezaría la campaña para empujar a las fuerzas armadas al golpe, primero en forma vaga e inorgánica para, una vez consumada la victoria popular, estructurar una plataforma programática justificatoria no sólo de un golpe sino más aún, de un régimen militar. La línea de Jorge Prat vencía contundentemente por sobre todas las otras tendencias doctrinarias y pragmáticas del nacionalismo chileno: el líder estancero que desde los años cuarenta estuviera reclamando una posición distinta para las fuerzas armadas, triunfaba sin contrapeso por sobre la “cruzada” y la Revolución espiritual, el corporativismo autoritario y el iberoamericanismo, que no habían logrado unir a los diferentes movimientos. Así como la mayor parte del nacionalismo chileno se volvió hispanista en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo de fines de los sesenta y principios de los setenta hizo del rol político de las fuerzas armadas su principal proyecto, sin el cual no sería posible la revolución nacionalista. Si el nacionalismo había estado hasta entonces estrechamente unido a un proyecto corporativista de corte hispano, ahora se sumaba

a él la presencia de los militares: a partir de entonces, nacionalismo y fuerzas armadas se volverían inseparables.

El rol jugado por Viaux y el “Tacnazo” en este proceso fue determinante. El levantamiento del Tacna fue, para los nacionalistas, la reafirmación de los valores esenciales de la nación, la manifestación concreta de la crisis de mando de las instituciones. A partir de ese momento “comenzaron nuevos intentos por reagrupar al nacionalismo chileno, ahora reforzado por esos oficiales y suboficiales que a costa de su sacrificio personal dieron sentido patriótico a una acción”⁹³. El idealismo y el sacrificio, valores fundamentales para el nacionalismo, fueron asociados a los “rebeldes” del Tacna, dinamizando a sus seguidores al entregarles una bandera de lucha que era encarnación de la patria y de sus instituciones. Tal como afirmaba un grupo de autodenominados jóvenes combatientes “El acuartelamiento del glorioso Regimiento Tacna nos hizo renacer las esperanzas. Ante nuestros ojos incrédulos surgió su figura...”⁹⁴. Un tercer impacto del “Tacnazo” fue el haber sido una especie de campanada, una señal para todos aquellos que deseaban un cambio profundo de todas las estructuras nacionales, por vías distintas a las ofrecidas y practicadas por la democracia liberal. Era “un impulso para recomenzar la búsqueda de nuevos rumbos para Chile. Por (ello), la gesta del Tacna (es) un símbolo de arrojo y rebeldía que las juventudes militares y civiles, estamos ciertos, han recogido y que posibilitará mañana un nuevo destino para la patria”⁹⁵.

93. Testimonio de Mario A. Tapia, Director del periódico. *Tacna*, N°7.

94. *Tacna*, N°3.

95. *Tacna*, N°7.

La explosión nacionalista tras el “Tacnazo” no era, sin embargo, un hecho aislado. Curiosamente, tres meses antes de producirse apareció el periódico **Tizona**, preocupado reiterativamente del tema de las fuerzas armadas. Resulta sintomático que los tópicos militares abordados por este órgano periodístico fueran exactamente los mismos que en octubre plantearía el Tacna. En su primer número se cuestionaban acerca de si esos institutos estarían preparados para defender con éxito la soberanía nacional; si ellas debían cumplir, además, servicios de bien público; si eran sólo cuerpos profesionales “¿...o tienen también responsabilidades políticas?”. Su posición al respecto, por supuesto, era la de considerar que el presupuesto que se les asignaba era muy reducido y que debería ser el suficiente para que ellas pudieran cumplir el fin al cual estaban destinadas, evitando “...el retiro de excelentes oficiales y personal de las instituciones armadas”. En un ambiente tan caldeado por la discusión política, como el de mediados de 1969, del cual los cuerpos armados no estaban ajenos del todo, se reflexionaba en especial sobre los roles correspondientes a estas fuerzas, “...pues puede caer en el equívoco de creer que son un mal necesario, o considerarlas en un papel limitado a lo exclusivamente profesional. Las fuerzas armadas son la columna vertebral de la nación, son las que mantienen vivos los sentimientos de amor patrio, orden y disciplina, honor y abnegación, eficiencia y sentido del deber...” Tal como ocurriría en el “Tacnazo”, los problemas corporativos escondían dudas más profundas re-

lacionadas con la razón de existencia de unas fuerzas que buscaban afanosamente integrarse a la sociedad, para lo cual deberían traspasar los límites impuestos por la institucionalidad vigente. El autor de la crónica lo dejaba claro: “Al ser depositarias de nuestras más nobles tradiciones, no sólo pueden sino que deben defenderlas, teniendo presente un hecho confirmado por la historia: Chile es lo que es gracias a sus fuerzas armadas y su futuro como nación depende de que ellas cumplan su función”⁹⁶. Es interesante señalar, que este periódico fue distribuido al interior del ejército como medio de propaganda a través de “algunos miembros de la institución a su mando”. Los análisis hechos fueron ampliamente discutidos por los oficiales llegándose, incluso, a que un Alto Mando debiera ordenar la requisición de ella para mantener la disciplina. Cuando el general Prats afirmaba que el “Tacnazo” había sido preparado con civiles y objetivos políticos, no estaba errado.

De la misma forma, pocos meses antes del “Tacnazo” nació la revista **Forja**, órgano oficial del renaciente Movimiento Nacional Sindicalista con un discurso dirigido en buena parte a las fuerzas armadas, a través del desarrollo de la teoría de las Comunidades Básicas. En él, se encontraba parte de esa generación incorporada tempranamente al grupo, en plena juventud, adoctrinada y preparada por Ramón Callís Arrigorriaga que, ya para fines de los sesenta, siendo profesionales se aprestaban “para gobernar con él (MRNS) a Chile...”⁹⁷. Hasta mediados de los sesenta el nacionalsindicalismo

96. **Tizona**, N°1, julio de 1969; N°2, agosto de 1969 y N°4, octubre de 1969. El autor de tales editoriales era Andrés Widow, posteriormente comprometido en el asesinato del general Schneider.

97. **Bandera Negra**, N°30, enero-feb. 1965. De acuerdo a lo sostenido por el periódico, desde su fundación en 1952 el MRNS se había dedicado a formar una “pléyade” de jóvenes profesionales que estaban

siguió insistiendo en la importancia de la revolución espiritual para realizar la revolución nacionalista, a pesar de su respaldo a Acción Nacional y el Pratismo. Sin embargo, una vez producido el “Tacnazo” su corporativismo de Comunidades Nacionales lo acercó más, aunque no lo confundió, al planteamiento central del pratismo-estanterista: un nuevo rol para las fuerzas armadas en la sociedad a crear.

Asimismo, sectores cercanos a Jorge Prat fueron parte importante en otro movimiento nacionalista que recogía el simbolismo del levantamiento: el grupo TACNA, en el cual destacó la figura de Sergio Miranda Carrington, Subsecretario de Salud durante el segundo gobierno de Ibáñez mientras Prat era Ministro de Hacienda y primer Secretario General del Partido Nacional. Como testimonió con posterioridad, el grupo recibió tal nombre como una “representación de los símbolos y elementos nacionales más importantes de su época y de su pasado. Por un lado, Tacna era el regimiento que se había levantado y opuesto al régimen político de Frei... por otro lado, era el recuerdo de una de las provincias ‘irredentas’, que había sido chilena pero que se habían devuelto al Perú, y por último era una sigla que significaba ‘Tropa de acción nacionalista’”. Al grupo TACNA se integraron además antiguos nacistas y la Ofensiva Nacionalista de Liberación⁹⁸. Si bien el grupo TACNA como tal surgió en 1971, los núcleos que se fueron

estructurando en torno a la acción cada vez más politizada de Viaux, fueron dando vida a este movimiento. Cada homenaje a Viaux se convertía en una oportunidad para fortalecer su imagen y darle coherencia a su discurso. En mayo de 1970 con motivo de una reunión cívico-militar en el teatro Continental en la cual habló Viaux, apareció el periódico **Presencia** como una expresión del “Tacna -símbolo de un despertar... que explica en forma gráfica de tiempo y lugar nuestra posición. Su presencia el 21 de octubre es, desde hoy, nuestra presencia”. **Presencia** era la manifestación de una chilenidad insatisfecha, de una inquietud y alarma frente a la debilidad de la defensa nacional y de una generación que rechazaba todas las estructuras añejas⁹⁹.

La incapacidad para imponer socialmente su propuesta corporativa-hispanista y el agotamiento de un modelo político –el Estado de Compromiso– y económico –industrialización por sustitución de importaciones– sellaron la opción del nacionalismo. El ocaso de esos modelos provocó un desborde social que amenazaba la supervivencia del sistema de dominación, induciendo a un nacionalismo arrinconado y asustado a aferrarse a una solución militarista tanto del conflicto social como de su propio proyecto. El traslado de formas de vida propiamente castrenses al mundo civil se convirtieron, a los ojos nacionalistas, en la única salida a una crisis que no mostraba signos de resolución sino,

orgullosos de ser nacionalsindicalistas. Esta nueva generación, entre la que sobresalían profesores, abogados, médicos, etc., dirigía el MRNS y copaba cada vez más espacios en la penumbra.

98. Según Patricio Quiroga, Enrique Arancibia Clavel, E. Robertson y Mario A. Tapia, todos involucrados en el caso Schneider, eran miembros de la Ofensiva Nacionalista, agrupación desprendida del Partido Nacional. Véase Quiroga **Dos casos de nacionalismo autoritario en Chile**, pág.47. Respecto del testimonio de Miranda Carrington, la autora agradece a Claudio Barrientos el haberle facilitado la entrevista concedida a él en 1993.

99. **Presencia**, N°1, mayo de 1970.

contrariamente, ponía en evidencia el probable colapso del sistema. De allí que el discurso militarista de Viaux fuera visto como la “poción mágica” que solucionaría los problemas y crearía un nuevo orden bajo preceptos que enfatizaran la jerarquía y la disciplina. Tal como Viaux señalaba en el Continental, era necesario reiterar “...nuestra fe en las virtudes militares, hoy más que nunca necesarias...” Para los movimientos nacionalistas como para muchos militares, en servicio activo y en retiro, era claro que la civilidad tal como estaba organizada políticamente no sería capaz de enfrentar con éxito la crisis del momento, razón por la cual las fuerzas armadas pasaban a constituir la última reserva. Ya a principios de 1970, Viaux sistematizaba claramente este pensamiento: “Nunca nos ha cabido duda de que aún en las peores crisis, en los momentos más aciagos que puedan sacudir a la nación, por postrado que esté su espíritu, siempre será posible abrir un nuevo camino mientras se mantenga incólume esa reserva de moral y eficiencia, de disciplina e integridad ciudadana que el pabellón de nuestras armas cobija”¹⁰⁰. En síntesis, los problemas de la Defensa Nacional no eran sino un reflejo de la supervivencia de estructuras ya inservibles que requerían ser superadas. Si los políticos ya no estaban en condiciones de hacerlo, “la última reserva” lo haría. El empujón siguiente sería dado por el triunfo de Allende el 4 de septiembre de 1970.

La campaña presidencial de ese año enfrentó dos grandes proyectos: la “Nueva República” y la “Vía chilena al socialis-

mo”. A diferencia de oportunidades anteriores, las tres candidaturas—Jorge Alessandri por la derecha, Radomiro Tomic por la Democracia Cristiana y Salvador Allende por la Unidad Popular— compartían con el nacionalismo la convicción de encontrarse en un momento de crisis. No había consenso en torno de las razones de ella: para la derecha, la crisis estaba en el plano moral, en la “politiquería”, responsable de la desmoralización; para los demócratacristianos, era el producto del debilitamiento del sentimiento de solidaridad y de unidad nacional; para la Unidad Popular, ella se expresaba en la “realidad concreta”: malas condiciones socio-económicas, mala distribución de la riqueza, concentración del poder económico, entre otros¹⁰¹.

A pesar que la candidatura de Alessandri era la de la derecha, ella fue organizada al margen de los partidos en lo que se conoció como el Movimiento Independiente por Alessandri (MIA). Tras él confluó una masa heterogénea de personas y grupos que esperaban de la figura “apolítica” del candidato, de su austeridad y de su plataforma, el éxito electoral. El nacionalismo no estuvo ausente de ella.

El día 4 de septiembre de 1970, Allende ganó la presidencia al obtener el 36.2% de los sufragios frente al 34.9% obtenido por Alessandri. El triunfo legal de un candidato marxista, sin embargo, alienó a la derrotada derecha y, en particular, al renaciente nacionalismo. Durante esos “sesenta días” que transcurrirían hasta que el Congreso Pleno ratificara la victoria, el nacionalismo,

100. *Ibid.*

101. Joan Garcés, *La pugna por la presidencia*, (Stgo., 1971); Flavio Cortés, “La derecha política chilena y su relación con el autoritarismo: 1952-1970”, ILADES, 1983, págs. 84-97.

en general, se la jugaría por todos los medios para evitar que el marxismo llegara al poder. Su angustia por lograr este objetivo, lo llevaría a aferrarse con desesperación a su nuevo ícono: Viaux y las fuerzas armadas.

La campaña de 1970 no había sido como las otras, la tensión dominaba el ambiente y la violencia política jugaba un papel importante. Aunque la victoria de Allende estaba dentro de las probabilidades, la derecha y los sectores gobiernistas parecían no imaginar que una situación así pudiera ocurrir realmente. Los últimos días de la campaña de Tomic desbordaban optimismo, mientras que en la derecha se confiaba en la imagen de Alessandri. A pesar de estas ilusiones, el candidato que llevaba el No.3 en la papeleta de votación obtuvo el triunfo. Este no alcanzó la mayoría absoluta por lo cual el Congreso Pleno debería dirimir el conflicto; en pocas palabras, no todo estaba perdido para el candidato independiente, aún restaban “sesenta días” por delante.

La primera reacción de los seguidores de Alessandri fue de total desaliento e incredulidad ante las cifras, no enfrentando el hecho. Así lo testimonió el entonces miembro del MIA y posterior líder de uno de los movimientos nacionalistas que más notoriedad alcanzó en los últimos años, Pablo Rodríguez Grez: “En un comienzo nos sabíamos que hacer, estábamos desconcertados, y los políticos, diría yo, no emergían, probablemente tan estupefactos como nosotros mismos”¹⁰². Para Rodríguez Grez, como para todos los nacionalistas, lo ocurrido el 4 de septiembre era la derrota de la democracia liberal que abría un período de

“zozobra”, el cual debería ser ocupado en evitar que el Congreso ratificara dicho triunfo y se eligiera la segunda mayoría. No obstante, cinco días después de los comicios Alessandri anunció públicamente que de ser elegido Presidente de la República por el Parlamento el 24 de octubre renunciaría al cargo, lo que daría lugar a una nueva elección. Tanto la victoria de Allende como el abandono de Alessandri, determinarían el surgimiento de nuevas agrupaciones nacionalistas no vinculadas estrechamente a las fuerzas armadas, que intentarían nuevamente dar éxito a su propuesta a través de la movilización social, pero que terminarían sumándose al camino de la opción militar. El 13 de septiembre de 1970 nació el Movimiento Cívico Patria y Libertad con la finalidad de promover una nueva elección “...para que fuera el pueblo de Chile el árbitro supremo que dirimiera la disyuntiva entre marxismo y democracia”¹⁰³. En este sentido, el nacionalismo se aprestaba a encabezar la lucha contra el marxismo.

Sin embargo, el general Viaux también sondeaba opiniones, buscaba aliados y estaba decidido a impedir a cualquier costo la llegada de Allende y la Unidad Popular al poder. En este común objetivo, el nacionalismo y algunos miembros de las fuerzas armadas, en retiro y servicio activo, complotaron para dar un golpe de Estado.

El tiempo transcurrido entre el 4 de septiembre y la decisión demócratacristiana de respaldar al candidato marxista a cambio de un Estatuto de Garantías, correspondió a la implementación casi generalizada de una estrategia legal para evitar su ascenso.

102. Pablo Rodríguez, *op.cit.*, pág.28.

103. *Ibid.*, pág.30.

Sin embargo, una vez que se tuvo la certeza que el partido de gobierno apoyaría a Allende, estos elementos conspiradores abandonaron definitivamente dicha táctica, optando por recurrir al uso de la violencia en la resolución del conflicto. Por ello se concertaron para, mediante actos terroristas, crear el ambiente necesario de caos e incitar a las fuerzas armadas a tomarse el gobierno, instaurando uno de corte nacionalista y fuerte. Para esto tomaron contacto con oficiales en servicio activo en las tres ramas de los cuerpos armados a fin de lograr el alzamiento de unidades del ejército y la Armada, mientras el general Viaux se acuartelaría en algún regimiento de Santiago haciéndose de su mando, provocando con esto una gran alteración institucional que obligaría al gobierno de Frei a nombrar un gabinete militar. Luego de sucesivas reuniones, los conspiradores decidieron que el hecho que desataría el proceso sería el secuestro del Comandante en Jefe del ejército, general René Schneider Chereau, en lo que se denominó “Operación Alfa”. Como es sabido, dicha acción terminó con la muerte del general Schneider y el juzgamiento del general (R) Roberto Viaux, como cabecilla de la conspiración; su suegro, el coronel (R) Raúl Iguait; el general Camilo Valenzuela; el almirante Hugo Tirado Barros y un numeroso grupo de otros uniformados y civiles comprometidos en la conspiración.

La participación del nacionalismo en estos hechos, estuvo dada por la presencia de miembros de distintos movimientos. De acuerdo a la estrategia de Viaux, el “Plan Alfa” debía contar con el apoyo de un grupo de civiles que actuaron como “enlaces” o “cabecillas de grupo”, los que se encargaron de diferentes tareas. Por ejemplo, la adquisición de armas desde Argentina y Paraguay; la realización de prácticas de

tiro; actos terroristas y del “secuestro”. Entre estos grupos podemos distinguir a la Ofensiva Nacionalista de Liberación encabezada por Enrique Arancibia Clavel, en cuyo domicilio se hicieron muchas reuniones con “grupos políticos de índole nacionalista” en las cuales participaban militantes como Erwin Robertson, Mario Alfonso Tapia, Guido Poli, ulteriormente miembros del grupo Tacna. En el caso Schneider, los tres mencionados tuvieron la misión de colocar dinamita e imprimir panfletos culpando de ello a un supuesto grupo de izquierda por lo que fueron detenidos en el Parque Cousiño el 8 de octubre de 1970. Un segundo grupo nacionalista sedicioso estaba dirigido por el ex nazi Juan Diego Dávila Basterrica y nacionalistas vinculados a él. Dávila fue contactado por Viaux con la orden de hacerse cargo del “secuestro” de Schneider el día 22 de octubre tras haber fracasado las tentativas del 19 y 21 del mismo mes, encargadas al miembro del MIA, Luis Gallardo.

El Juez Militar, general de División Orlando Urbina y el Auditor del ejército, coronel de Justicia Francisco Saavedra Moreno, emitieron sentencia sobre el caso Schneider. El cabecilla de la conspiración, Roberto Viaux, fue condenado a 20 años de presidio en su grado máximo e inhabilitación perpetua para ejercer cargos públicos y derechos políticos como autor del delito de secuestro con resultado de daño grave en la persona de la víctima y a 5 años por atentar contra la seguridad del Estado. Los nacionalistas Robertson, Tapia y Poli, fueron hallados culpables del delito de conspirar y atentar contra la seguridad interior del Estado, siendo condenados a dos años de relegación menor y suspendidos de sus derechos para ejercer cargos públicos mientras durara la condena. Luego esta pena fue remitida condicionalmente, quedando sujetos a vigilancia del Patronato de reos.

En el caso de Dávila Basterrica, el delito fue secuestro con resultado de grave daño, por lo cual fue condenado a diez años y un día de presidio e inhabilitación absoluta y perpetua para cargos públicos y derechos políticos. Por el cargo de intentar contra la seguridad interior del Estado, se le dictó pena de extrañamiento de tres años y un día. Suerte similar corrió Mario Montes, Jorge Medina Arriaza y otros ligados a Dávila. Uno de los implicados directamente en el atentado contra Schneider, Andrés Widow, sub-Director del periódico **Tizona** y autor de los reportajes antes citados, se encontraba prófugo como también Enrique Arancibia Clavel¹⁰⁴.

La muerte del general Schneider frustró los planes golpistas y enfrentó a las fuerzas armadas y al nacionalismo a la toma del poder por parte de la Unidad Popular el 4 de noviembre de aquel año. El nacionalismo había realizado la primera tentativa de resolver el conflicto político a través de la fuerza participando en la “Operación Alfa”. Su fracaso, no obstante, no lo desvió de su propósito de involucrar a los institutos castrenses en la lucha y derrota del marxismo. Con todo, algo cambió. En efecto, si entre el “Tacnazo” y el asesinato de Schneider la principal plataforma para lograr este objetivo era el general Viaux, convertido en una figura política, tras los sucesos de octubre de 1970 eso ya no sería posible. El líder del “Tacnazo” se vio fuertemente

debilitado por su participación en esos hechos, que lo neutralizaron políticamente. De allí que el nacionalismo, sin abandonarlo por cierto, dirigió su discurso político pro fuerzas armadas a la institución, más que a una personalidad en particular como lo había estado haciendo en los meses anteriores. La tarea de grupos como Tacna, el Movimiento Nacional Sindicalista o Tizona, era terminar de articular una propuesta que hiciera de los cuerpos armados un actor social clave e imprescindible en el conflicto político y lanzarlo a esas instituciones para que decidieran romper abiertamente con 40 años de constitucionalismo formal.

Desde la óptica del nacionalismo, ellos eran el único camino posible para resolver el impasse político que se vivía, con la fórmula ya señalada, el cual no podría ser enfrentado con éxito por una Democracia Cristiana “ambigua” ni por una derecha “anquilosada”. A juicio del nacionalsindicalismo, se estaba asistiendo al colapso del orden democrático-liberal, proceso en el cual se rompía el equilibrio entre Nación-Pueblo-Milicia. En tal situación debía justificarse teóricamente el nuevo rol que tendrían las fuerzas armadas. La desaparición del Estado democrático-liberal, liberaba a las fuerzas armadas de la subordinación que éste le imponía¹⁰⁵. El nacionalismo, por tanto, renacía como “una exigencia” de la hora, era una respuesta al vacío “de quienes ansían cambios positivos, pero que no aceptan

104. Para estos eventos, véase **El caso Schneider. Operación Alfa** (Ed. Quimantú,s/f); **Los documentos secretos de la ITT** (Stgo., 1972), Florencia Varas, *op. cit.*, págs.123-221. Respecto de Arancibia Clavel, algunas fuentes lo sindicaron como militante de “Patria y Libertad” al momento de su participación en el caso Schneider. Por sus actos terroristas Arancibia fue dejado libre, pero posteriormente se encontraron algunos explosivos en su domicilio sin podersele ubicar, razón por la cual aparece como prófugo. Ver **El Siglo** 17.11.1970,pág. 7; **Ercilla**, No. 1847, 10.12.1970, págs. 18-19; **La Tercera de la Hora**, 26.01.1996, Hoy N°966, 29.01.1996, pág.8

105. “Las fuerzas armadas en los periodos de desequilibrio”, en **Forja**, N°19.

subordinarlos a la pérdida de la libertad”. Tacna se erigía, así, en un símbolo de resistencia a la caducidad de un esquema partidario y, sobre todo, al marxismo en el poder, tarea para la cual se necesitaba de una juventud deseosa de justicia, de pureza y eficiencia; de un espíritu de sacrificio y heroísmo, características ausentes en los militantes de los partidos. El agotamiento del Estado de Compromiso observado por esta agrupación, que había derivado en el triunfo marxista, revelaba la urgencia de un cambio que no podía ser realizado por una oposición movida preferentemente por “el odio, el antimarxismo”; se hacía imprescindible una alternativa diferente. No se ocultaba al grupo Tacna que tras la adhesión lograda por Allende y la Unidad Popular en las elecciones municipales de 1971, se escondía un gran anhelo social de “una revolución contra la injusticia, el estancamiento y la dependencia..”, cuestión que justificaba el fin de un orden incapaz de dar satisfacción a ese deseo. Lo que se ameritaba era la acción de una minoría extraña a los partidos y a sus mitos, que recogiera esas ansias revolucionarias del pueblo pero también los de orden de “los sectores burgueses”¹⁰⁶.

El “Nuevo Régimen” a crear era el Estado Militar en manos de las fuerzas armadas y de orden, concebidos como “los grandes protagonistas de la historia futura... conductoras permanentes de la nacionalidad”. De allí que la juventud nacionalista, incontaminada, que integraría sus cuadros, debería tener respeto a los valores permanentes de la “estirpe”, amaría el peligro, la lucha y la muerte “como simples actos de servicio”¹⁰⁷.

Esta postura del grupo Tacna, compartida en buena medida por otros sectores nacionalistas como el nacionalsindicalismo, revela, por una parte, una continuidad con respecto a los planteamientos básicos del nacionalismo de épocas anteriores, explicable por la presencia de miembros de entidades más antiguas. El sentido jerárquico y elitista de quienes asumirían el proceso de cambio, propio del nacionalismo chileno desde los años treinta pero reforzado por los estancamientos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y el auge del hispanismo, permite verificar una línea de continuidad doctrinaria. En segundo término, manifiesta que si bien el grupo aparecía vinculado en su origen al “Tacnazo” y a la victoria de la Unidad Popular en 1970, su sentido de existencia traspasaba la mera reacción antimarxista. Implicaba creación: un orden nuevo en el cual las virtudes indicadas ocuparían un lugar central con las fuerzas armadas. La incorporación de este actor al ideario nacionalista reforzó los conceptos heroicos, la violencia y la muerte en la acción, introduciendo una variante en la apuesta estancquera. Como hemos indicado en trabajos anteriores, lo predominante en el Pratismo era el proyecto -hispanismo, corporativismo, Estado Portaliano, fuerzas armadas con un nuevo rol social- más que la praxis; era un nacionalismo distinto del sacrificial nacionalsindicalista. Sin embargo, el contexto creado por el “Tacnazo” y la elección de Allende hicieron de la acción un factor importante. De allí que el énfasis en tales atributos, propios de los militares, revistiera una pugna doctrinaria interna, leve, entre proyecto (la línea estancquera-pratista) y cruzada (línea nacionalsindicalista y Ofensiva Nacionalis-

106. Tacna, N°s 1 y 2 (marzo-abril de 1971).

107. Tacna, N°11, abril de 1972.

ta de Liberación). A pesar de esto, creemos que lo prevalente fue el proyecto. Esto no resulta extraño si se considera que la estrategia violenta ya había demostrado su fracaso; mientras no lograran introducir en el pensamiento de los militares una justificación doctrinaria convincente para un protagonismo político de ellas, el sacrificio y el heroísmo no serían suficientes. Su tarea, si querían realmente tener éxito en destruir el “Antiguo Régimen” y construir otro, era formular esa base doctrinaria.

Ella fue estructurada siguiendo los lineamientos del “Tacnazo”, esto es, analizando el tema de las fuerzas armadas desde distintos ángulos para terminar elaborando la teoría del Estado Militar que daría origen, al fin, a un gobierno de las fuerza armadas y nacionalista.

El primer tópico era el de la defensa en cuanto tal. Coincidente con el renaciente espíritu guerrero del grupo, éste partía rechazando cualquier utopía pacifista que postulara la eliminación de los cuerpos armados como llave para una mejor convivencia, como también la limitación de armamentos, pues ambos derivaban en la indefensión de los pueblos. De acuerdo con el nacionalismo expansionista preconizado por ellos, que pretendía colocar al país a la vanguardia de Latinoamérica, esta tendencia chilena a encabezar dichas doctrinas debilitaba nuestra capacidad defensiva exponiéndolo a posibles conquistas: “...la despreocupación de nuestros gobernantes ha llegado a términos tan exagerados en materia de desarme, sin buscar en sus vecinos la debida correspon-

dencia, que en el hecho casi ha puesto en peligro nuestra propia conservación como nación independiente”. El diagnóstico apuntaba a un supuesto desequilibrio armamentístico en el Cono Sur del continente, en el que Chile salía desfavorecido, en especial frente a Argentina. La comparación con el país trasandino sirvió siempre como el mejor ejemplo para demostrar el abandono que los gobiernos habían hecho del eficaz equipamiento de las fuerzas armadas, una de las principales demandas del “Tacnazo”. El desahucio del Tratado de 1902 durante el segundo año de la Unidad Popular, no hacía sino confirmar la política exterior entreguista de Chile y el expansionismo argentino que sólo había servido para “jibarizar nuestro territorio, limitando nuestras posibilidades futuras”. La entrega de la resolución de los problemas fronterizos entre ambos países a la Corte Internacional de La Haya según los acuerdos chileno-argentinos de 1972 confirmaba, a su juicio, el diagnóstico anterior pues dicho Tribunal había demostrado su ineficacia en los casos de Laos, Vietnam o Corea desde que “...el sistema nació muerto”¹⁰⁸. El énfasis colocado en las controversias limítrofes con Argentina tenía, naturalmente, el objetivo de presionar a las fuerzas armadas para inducirlas a modificar con la fuerza los recursos asignados a la defensa, basada en una nueva concepción de ella. No obstante, si se piensa que durante el gobierno de Allende los presupuestos de Defensa se incrementaron, es posible pensar que estas disquisiciones sobre desarmamentismo o debilidad militar estaban más bien relacionadas con la concepción última que Tacna tenía sobre las

108. *Tacna*, N°1 marzo de 1971; N°3, mayo de 1971; N°11, abril de 1972; N°12, mayo de 1972; N°14, julio-agosto de 1972.

fuerzas armadas y su apuesta de un futuro Estado Militar¹⁰⁹. La agudización de los conflictos a raíz de las disputas por el territorio austral desde el período demócratacristiano, servían como pretexto para tales presiones.

Un segundo objetivo para la ofensiva militarista de Tacna sobre las fuerzas armadas, fue su exacerbación del carácter nacionalista consustancial al ser del ejército que lo hacía responsable ante el destino de la nación. Tal como planteaban sus colegas nacional-sindicalistas, las fuerzas armadas eran “la expresión histórica de una tarea permanente: la creación de la Patria chilena”, o en palabras de Viaux, en el ejército se aprendía “que cualquier sacrificio, y desde luego el de nuestras propias vidas, es mínimo frente al imperativo de hacer a Chile más fuerte, más respetado, más justo y más feliz”¹¹⁰. De allí que la estrategia legalista de la oposición hasta marzo de 1973, que insistía en derrotar a la Unidad Popular a través del sistema electoral o el Congreso, era vista por Tacna como una falta de sentido de la realidad, como un apego absurdo a un sistema que inevitablemente tendría que morir. Su análisis de la oposición se resumía en “¿a qué y para qué?”, cuando ella demostraba más miedo y egoísmo que afanes de voluntad y renovación, imperativos de esa hora. En el interés de la oposición encabezada por la Democracia Cristiana, según Tacna, de querer salvar los resabios de un sistema político moribundo, ella demostraba su

ceguera y falta de perspectiva, insistiendo en otorgar a los cuerpos armados sus funciones tradicionales, lo que les autorizaba a no reconocerles el derecho de imponer las reglas una vez consumada la derrota del marxismo. Siguiendo los anhelos participativos de los uniformados, ya puestos de manifiesto en y desde el levantamiento de octubre de 1969, Tacna aceptaba que las fuerzas armadas actuaran como árbitros en la lucha política y como guardianes de la Constitución como postulaba la oposición de centro, pero no “como meros espectadores del despedazamiento del país por las facciones en lucha”. A ellas estaban destinadas misiones más dignas, más altas, acordes con su identificación con la “Patria”, pues “no están al servicio de la institucionalidad, sino que de algo mucho más grande y trascendente: la nación”. Tales razones debían explicar por qué dichas fuerzas no podían estar subordinadas absolutamente al poder civil dentro de la institucionalidad vigente, entendida por Tacna como la supeditación a los partidos políticos, toda vez que correspondía a las fuerzas armadas “una tarea plenamente creadora”¹¹¹.

La vinculación estrecha de las instituciones castrenses en su origen con la creación de la nación chilena a comienzos del siglo XIX, servía de matriz explicativa para argumentar doctrinariamente la responsabilidad que le cabía a estos cuerpos en la supervivencia de aquella¹¹². Las razones de índole nacionalista esgrimidas por

109. Augusto Varas, *Chile. Democracia...*, págs.199-201 y del mismo autor *Estado y fuerzas armadas*, págs.75-76.

110. *Tacna*, N°2, abril de 1971; N°s 5-6, sept.-oct. 1971.

111. *Tacna*, N°s 5-6, sept.-oct. 1971; N°9, enero-feb. 1972.

112. Incluso se las vinculaba con períodos anteriores a la Independencia. En la Conquista habría nacido “una nación hecha por guerreros”. La Independencia habría institucionalizado el estado y las fuerzas

Tacna, encajaban a la perfección con los postulados de la Doctrina de Seguridad Nacional en lo atingente a las ideas de Unidad Nacional y Objetivos Nacionales. La presencia de un gobierno con una ideología internacionalista, que privilegiaba los lazos políticos externos al engrandecimiento del país, con una política exterior débil y que estimulaba la lucha de clases, evidentemente ponía en peligro ambas cuestiones. El paso siguiente, a ojos de Tacna, era la crisis del Poder Nacional que aseguraba la supervivencia de la nación. Tal como han planteado Arriagada y Garretón, el nacionalismo –en tanto movimiento político– ha aportado a la estructuración y consolidación de la Doctrina de Seguridad Nacional el carácter sagrado y el sentido de nación, en cuanto principio unificador en la tradición que constituiría “el alma nacional”.

Adhiriendo al pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, Tacna concebía la nación como “una unidad en lo espiritual, unidad de destino en lo universal”. La nación, por tanto, implicaba empresas colectivas que no dependían de unos pocos ni de muchos, pues tenía “sustantividad propia”, permanente. Cuando lo permanente estaba en peligro, correspondía al ejército recobrarlo por medio de las armas. Este razonamiento hecho para la coyuntura española de 1934, fue extrapolado por Tacna a la situación chilena bajo la Unidad Popular, la cual atentaba contra la supervivencia de los valores permanentes de la nación. Por su parte y siguiendo con su teoría de estar

presenciando el fin del Estado democrático liberal, el nacionalsindicalismo argumentaba a favor de un “desequilibrio” de las fuerzas armadas en favor de la nación. Esta teoría del “desequilibrio” significaba que en el proceso de destrucción del Estado en vigencia, se disgregaban sus elementos constitutivos por lo que se hacía necesaria la acción de un cuerpo nacional que reintegrara esos elementos en pugna y abriera el camino a la construcción de un nuevo Estado que sustituyera al anterior: tal eran las fuerzas armadas. Esta opción teórica de un desequilibrio a favor de la nación se justificaba porque el ejército moderno tenía un carácter nacional y no estatal; por lo tanto, la permanencia de la nación era su responsabilidad ¹¹³.

El peligro en que se encontraba la nación era evidente para Tacna desde que la Unidad Popular había relajado los códigos morales que regían a la sociedad. La moral común, según Tacna, era un elemento constitutivo del ser colectivo y “estímulo tonificante” que daba unidad, solidaridad y espíritu de servicio heroico en horas de peligro para la unidad nacional. Por ello, de acuerdo a la percepción de este grupo, los “enemigos” de la “nación como entidad histórica y trascendente”, buscaban la destrucción de los valores espirituales a través de un énfasis en las ideologías “y sistemas ajenos al ser nacional”. La lucha contra la tradición y la intención gobiernista de reemplazar la antigua moral por una “revolucionaria”, no eran sino la prueba fehaciente del peligro

armadas como “gestadoras de la nacionalidad...”, tarea continuada por Portales, la Guerra de la Confederación y la Guerra del Pacífico que habrían dado a Chile un sello militar de heroísmo y grandeza. **Tacna**, N°17, abril de 1973. Sin duda, Tacna recogía la más pura tradición nacionalista chilena desde Alberto Edwards y Francisco A. Encina y continuada hasta el día de hoy en historiadores como Gonzalo Vial.

113. **Forja**, N°19.

que acechaba a la patria¹¹⁴. La única forma de salvarla era recurrir a la institución encarnadora de la nación, depositaria de sus valores permanentes: las fuerzas armadas como “escuela moral”. Este análisis era una de las bases del Estado Militar.

Pero las fuerzas armadas no sólo debían tener una participación más activa por una razón ética, sino también en función de la plataforma corporativa sustentada por el nacionalismo. De acuerdo a su diagnóstico, con la experiencia de la Unidad Popular se estaba asistiendo a la disolución del Estado democrático-liberal y, al mismo tiempo, a la resurrección de las instituciones intermedias, los gremios, considerados las verdaderas fuerzas sanas de la nación. El ocaso de ese orden político no implicaba la desaparición de las comunidades básicas de la nación sino, al contrario, la recuperación de su sitio: “Con (la disolución del orden democrático-liberal) surge diáfana la idea que ha sustentado el nacionalismo en cuanto que la universidad, así como el municipio, el gremio, las fuerzas armadas ..son anteriores al Estado”¹¹⁵. Las Comunidades Básicas, aporte teórico del nacionalsindicalismo a Tacna y a la tesis del Estado Militar, eran entendidas como las orientadoras de una redefinición de la convivencia social y de la creación de un nuevo Estado: el Estado Corporativo. La perspectiva del interés, base del liberalismo, sería superada por la de los valores y del respeto que las comunidades básicas tenían a sus objetivos y fines naturales. De allí que el nacionalsindicalismo afirmara que “estas comunidades son la gran

riqueza moral de la nación y en ellas comienza siempre el proceso de recuperación de un pueblo”¹¹⁶. Más aún cuando el gobierno de Allende hacía uso reiterado de los Estados de Emergencia que suspendían muchos de los atributos del democrático-liberal, lo que en la práctica impulsaba la acción gremial, autonomizando a sus bases de la dirección partidaria. La actividad de estas instancias intermedias, al decir de Tacna, encaminaban hacia un “nuevo orden” en el cual todos ellos alcanzarían una representatividad mayor, una vez producida la “Revolución Nacionalista”.

El carácter esencialista que el nacionalismo atribuía a la nación y su proyecto corporativo, fortalecido sin duda por la experiencia histórica de la Unidad Popular, le otorgó las bases doctrinarias a partir de las cuales justificar su propuesta de un Estado Militar. Recogiendo la importante herencia de Jorge Prat, adhirió a la tesis del “vacío de poder” formulada por éste en 1968. Analizando el carácter de la oposición, del conservantismo y de la revolución, como las opciones en juego, Tacna concluía que las únicas con posibilidades de éxito eran aquellas que propiciaban un cambio profundo de las estructuras de la sociedad chilena: la izquierda y las fuerzas armadas, tal como planteó Prat. Tacna retomaba esa tesis cuando afirmaba que “será la dictadura del proletariado o será la construcción de un nuevo Estado, de substancia militar y sindical, que posibilite para la patria un gran destino en lo nacional e internacional”¹¹⁷. Asimismo, el nacionalsindicalismo opuso a la revolu-

114. Tacna, N°13, junio de 1972.

115. Tacna, N°10, marzo de 1972.

116. Forja, N°2, Esta información se ha obtenido del recuento que la misma revista hizo de su trabajo después del golpe de septiembre, en el N°30.

117. Tacna, N°14, julio-agosto de 1972.

ción marxista la Revolución Nacional porque “existe un vacío de poder que frente al marxismo los partidos tradicionales no pueden llenar desde sí mismos y desde un sistema que murió”¹¹⁸.

A esta conclusión no había arribado solamente como forma de derrotar a la Unidad Popular sino redefiniendo la relación entre política y fuerzas armadas. Tacna partía de la premisa que la razón de ser de las fuerzas armadas era “ eminentemente política”, esto es: “permitir al gobernante gobernar y asegurar, a costa de cualquier sacrificio la existencia integral de la nación”. En los regímenes democráticos las fuerzas armadas pasan a ser de la nación y dependen del gobernante que administra al Estado. Ellas se someten a la conducción política del gobernante, según Tacna, pero sólo cuando ella sea legítima en cuanto a sus fines. La Unidad Popular, siguiendo su análisis, habría optado por un camino de exclusiones, fijando su representatividad en un solo sector político de inspiración foránea por lo cual “no puede con legitimidad ser el conductor político de las fuerzas armadas, pues está en negación permanente de la voluntad de la nación que las fuerzas armadas deben asegurar en su supervivencia”¹¹⁹. La misión del nacionalismo, por lo tanto, era lograr que los “componentes de las comunidades intermedias, tomen plena conciencia de sus derechos y posibilidades de acción político-social precisamente en estos momentos del disolución del Estado demoliberal”¹²⁰. A esa tarea se abocó con fuerza durante los “mil días” de la Unidad Popular.

Al argumentar doctrinariamente que las fuerzas armadas sólo respondían a la nación y a su gobernante en tanto éste mantuviera esa “alma nacional” con objetivos y principios suprasociales, Tacna sentó las bases de la autonomía de las fuerzas armadas frente al poder del Estado. La tesis de que los gremios –en los cuales incluía a las fuerzas armadas– eran anteriores a aquel y que debían ser fortalecidos, aseveraba simultáneamente “su autonomía frente al Estado”. Desde la óptica de Tacna, la gran movilización socio-política en las universidades, los gremios, entre otros, en su lucha contra la Unidad Popular, habían ido dándole a ésta un carácter nacionalista-corporativo: la lucha no la estaban haciendo realmente los partidos sino las instancias intermedias, los gremios. La Revolución a producirse estaba siendo preludiada por la acción gremial, aseguraba, pues ésta era también la lucha nacionalista por un orden nuevo que debería contemplar institucionalmente la participación de esas comunidades nacionales. En palabras de Sergio Miranda “un nuevo ordenamiento constitucional, libremente resuelto que contemple la participación resolutive de gremios y fuerzas armadas. Creo, por ejemplo, que determinados cargos esenciales y Ministerios como podrían ser Interior, Defensa, Relaciones y Minas deberían reservarse constitucionalmente por derecho propio a las fuerzas armadas...”¹²¹.

La inevitabilidad de una solución drástica al agotamiento del populismo y a la polarización de los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular, hacían que

118. *Forja*, N°14 en recuento de N°30.

119. *Tacna*, N°16, oct-nov.1972.

120. *Forja*, N°30.

121. *Tacna*, N°18, junio de 1973.

la propuesta de dar participación política a las fuerzas armadas resultara, ya para esa fecha, poco chocante, parte del juego violento que se vivía. El compañero de Jorge Prat en la experiencia ibañista de los años cincuenta y fundador de Tacna, Sergio Miranda Carrington, lo definió escuetamente cuando se le interrogó sobre una solución posible al problema político el momento: “Sólo las fuerzas armadas. No hay otra alternativa”¹²².

La tesis del Estado Militar, formulada en 1972, daba vida al vacío de poder augurado por Prat en 1968 y vagamente avizorado por el estanquerismo muchos años antes. Dicha propuesta se basaba en la convicción que el orden democrático liberal debía morir para dar paso a ese nuevo régimen que sería el Estado Militar. ¿De qué se trataba?:

“Hay que aventar al marxismo, política, ideológica y culturalmente. Pero el protagonista de los nuevos tiempos no será un partido como el actual ni los conocidos partidos políticos, sino, precisamente, las fuerzas armadas.

“Las fuerzas armadas deben venir no como cirujano que opera y va a limpiar la silla para que otra vez se instale un cual-

quiera, sino las fuerzas armadas deben venir a quedarse.

“Ya el sólo reconstruir lo destruido por la Unidad Popular exige unos diez años. Tampoco esto –plazos más, plazos menos– es suficiente. Las fuerzas armadas deben venir... para ser gobierno indefinidamente. La fundamentación de por qué el gobierno corresponde, por derecho propio, a las fuerzas armadas. Las fuerzas armadas son el pueblo en armas, y como tal, en el nuevo ordenamiento jurídico que sucederá al caos actual, ha de tomar la conducción política, económica y cultural de la nación. A los civiles, adecuadamente organizados, corresponderá colaborar en la conducción el Estado, siempre bajo la superior tuición de las fuerzas armadas”¹²³.

Esta tesis del Estado Militar, a la que doctrinariamente había colaborado el Movimiento Nacional Sindicalista, sin embargo, no contaba con la total complacencia de este último grupo, tal como fue expuesta por Tacna. Efectivamente, las diferencias entre Revolución Espiritual y proyecto no lograron solucionarse del todo, a pesar de la experiencia de la Unidad

122. Es importante señalar que estos nacionalistas no circunscribieron su planteamiento político militarista sólo a su propio núcleo, sino que lo difundieron a otros sectores, participando en ciertos grupos dedicados a analizar la realidad política de principios de los setenta. En 1969 se creó una entidad académica denominada “Instituto de Estudios Generales” que funcionaba en conjunto con la Editorial Portada, a la cabeza de Gonzalo Vial Correa. Ella se abocó a analizar el momento histórico que el país vivía y a estudiar a las fuerzas armadas y la seguridad nacional como partes de una reflexión sobre la necesidad de un cambio profundo en la sociedad chilena. Tales reflexiones fueron difundidas a través de la revista **Portada** y publicaciones diversas de la entidad. En este “Instituto” participaban intelectuales, profesionales y empresarios como por ejemplo Jaime Guzmán, Fernando Silva Vargas, Cristián Zegers, Hugo Tagle Martínez, Joaquín Villarino, Arturo Fontaine, Hermógenes Pérez de Arce, Jorge Prat, Carlos Larraín Peña, Igor Saavedra, Tomás Mac Hale, Enrique Campos Menéndez, Pablo Barahona y Ricardo Claro, además del mismo Miranda Carrington. Una muestra de sus publicaciones fue el libro de Pablo Barahona et al. **Fuerzas armadas y Seguridad Nacional**, editado en 1973. Sobre este tema, véase Renato Cristi y Carlos Ruiz **El Pensamiento Conservador en Chile**, págs. 103-112.

123. Tacna, N°11, abril de 1972.

Popular. Si bien el nacionalsindicalismo compartía la tesis del Estado de Comunidad Nacional sustentado en las comunidades básicas, entendía la Revolución Nacional como una revolución “basada en los valores trascendentes del hombre; una revolución iberoamericana, entroncada en la tradición hispánica, ajena a toda clase de materialismos. La verdadera revolución... (es) la revolución del hombre, generadora de la revolución social (de las comunidades básicas), creadora del Nuevo Estado”. La vía de realización de esta Revolución Nacional eran las corporaciones o cuerpos intermedios entre el hombre y el Estado. Pero “todas” las comunidades básicas, no sólo una –las fuerzas armadas–. Cuando el nacionalsindicalismo planteaba la urgencia que éstas tomaran conciencia de sus derechos, buscaba con ello la movilización social que, a su juicio, “era más fuerte que la movilización de masas. Es más: es movilización del pueblo a través de sus organizaciones básicas –que son más amplias y representativas que las denominadas “bases” por los partidos políticos– y por tanto, es la real movilización nacional”¹²⁴. Sólo si se lograba ese tipo de movilización y se la jerarquizaba, se podría instaurar un gobierno al servicio de las comunidades de la nación y la construcción de un nuevo Estado. Si esa acción de las comunidades básicas se logró durante la lucha contra Allende y la Unidad Popular, el nacionalsindicalismo pensaba que ella debía ser organizada para poder realizar realmente la Revolución Nacional. ¿Era eso mismo lo que pensaba Tacna? ¿Es eso lo que se percibe de la Tesis del Estado Militar elaborado por Tacna?

No obstante, este camino estrictamente militarista del nacionalismo, no fue el único. Patria y Libertad escapa a una postura tan definida como la reseñada. En el caso del grupo de Pablo Rodríguez, creemos que hubo una duplicidad de tácticas que combinaban la movilización de masas y el llamado a las fuerzas armadas. En otras palabras, no adherimos plenamente a la idea que ellos se remitieron a una tarea de crear un ambiente de caos, con el único objetivo de derrocar al gobierno de la Unidad Popular, sino también como una expresión de nacionalismo. Este es un aspecto importante, puesto que nuestra hipótesis parte de la idea que antes del 4 de septiembre de 1970 la mayoría de estas agrupaciones se convencieron de su derrota en ese plano y ello explicaría en parte su mirada hacia las fuerzas armadas. Sin embargo, “Patria y Libertad” fue un intento de fortalecer al nacionalismo a través de una amplia base de apoyo. Desde un comienzo, cuando el grupo aún desplegaba su acción para presionar al Congreso, el objetivo era organizar una oposición fuerte estableciendo la necesidad de “la unidad de los chilenos (como lo) primordial”. Como planteaba Rodríguez Grez, ellos no pretendían arrebatarle militantes a los partidos, sino incorporar, “por ahora, a los indiferentes en esta lucha...”. Y en esa misión de involucrar a vastos sectores sociales en la lucha contra el marxismo en el poder, es que es posible percibir su diferencia con las otras agrupaciones nacionalistas que más bien apuntaban a un inmovilismo de las masas y sólo pretendían una movilización con énfasis en las fuerzas armadas. Esta opción doble de Patria y Libertad –llamado

124. Forja, N°20.

a fuerzas armadas y movilización de base— es la que ha hecho problemático su estudio, pues se ha tendido a recalcar su carácter sedicioso y terrorista¹²⁵. A nuestro juicio, Patria y Libertad fue una expresión más pura de nacionalismo al estilo del MNS de González Von Marées, en el sentido que se rescató tanto la praxis como la doctrina, aunque ésta parezca secundaria, desde que el sentido de heroísmo y sacrificio ocupaban un lugar mucho más importante en su quehacer. La operatividad que se advierte en la organización, lenguaje y accionar de Patria y Libertad está llena de sentido de misión: la lucha contra la Unidad Popular o el comunismo en el poder. Proponemos, a modo de hipótesis tentativa, que el contexto del triunfo de la Unidad Popular en 1970 y la experiencia de sus “mil días” de existencia, proporcionaron el marco ideal donde un movimiento nacionalista puede desarrollarse en plenitud. La llegada de Allende al gobierno, colocó al enemigo en el centro del poder dando origen a un cúmulo de sentimientos que traducían miedo y amenaza. Se sabe que esta sensación es la base de cualquier movimiento fascista en sus comienzos: Maurrás y la Acción Francesa fueron una de sus primeras manifestaciones. El marxismo en las alturas ofreció el motivo del sacrificio, del renacer del heroísmo, de la lucha sin cuartel; la derrota de la Unidad Popular era la misión-cruzada del nacionalismo de Patria y Libertad.

Estos sentimientos pueden apreciarse en su Organización interna. En el art.

Nº2 de su Reglamento declaraba que el nacionalismo se definía “como adversario irreconciliable de toda ideología internacional ...adversario irreconciliable de toda ideología totalitaria...”¹²⁶. Por ello los lazos que unían a los militantes con la agrupación estaban basados en la lealtad, la fidelidad, no pudiendo tener amistad “con los enemigos de Chile...”. Esta postura de guerra transformaba al enfrentamiento con la Unidad Popular en un combate a muerte, tal como establecía el Himno del Movimiento: “Adelante los nacionalistas, la patria nos llama a combatir/ Opongamos a la traición marxista/ la fuerza insurgente de un pueblo viril... Al viento las banderas luchemos por la patria...”¹²⁷. La decisión de enfrentar al marxismo creaba el marco más sublime para un nacionalista cercano al fascismo, como creemos que fue el de Patria y Libertad, la posibilidad del sacrificio. Así como rezaba la Marcha del grupo: “Porque la patria no se vende y la libertad no se transa/marchemos sin miedo a la muerte/con fe de soldados llevando esperanzas... porque Chile es una espada...”¹²⁸. Las ideas de combate y sacrificio contenidas en las citas indicadas, nos revelan el deseo de desarrollar en sus militantes una fe intransable en el éxito de su misión; la lucha contra el comunismo era la lucha contra el mal, la suya era la lucha correcta. El anticomunismo “histórico” que el mismo Rodríguez Grez reconoció envolvía a muchos de sus militantes, tal vez haya sido exacerbado por el mismo discurso de sus dirigentes. Se hacía mucho énfasis en este tópico, caracterizando al enemigo con los

125. Patricio Quiroga *Dos casos de nacionalismo autoritario en Chile*, págs. 4-39

126. Citado por Abarca et. al., “El Frente Nacionalista Patria y Libertad (1970-1973)”, U.C.B.C., 1995.

127. *Patria y Libertad*, Nº23, 1973.

128. *Ibid.*

peores atributos; como señalaba un folleto del grupo: “La táctica desquiciadora del comunismo internacional rinde sus mejores frutos y se avanza a la destrucción de los valores esenciales de la civilización cristiana. Poco falta para que nada ni a nadie se respete, a pretexto de realizar una revolución que para triunfar necesita demolerlo todo”¹²⁹. En esa óptica, sólo una “fe” tan intransable como el marxismo podía derrotarlo; los partidos ni los mecanismos legales eran ya suficientes. De allí que, desde el mismo nacimiento del grupo se adjudicaran “...un puesto de vanguardia en la lucha contra el comunismo y no renunciaremos a él. Por el contrario, cada día redoblabamos el esfuerzo empeñado, hasta derrotar a los agentes internacionales que combaten por alinear a Chile entre las naciones sometidas al yugo soviético”. El comunismo sólo podía tener un adversario real, según su visión, dispuesto a todo para triunfar: el nacionalismo.

Este posicionamiento radical y la defensa del nacionalismo como la única alternativa, estaba relacionada con su percepción de encontrarse ante un momento definitorio de la historia nacional: era el colapso de un orden democrático falso. La “hora actual” era interpretada como la aurora de un nuevo día, un fin y un comienzo: “No vivimos una etapa histórica más: vivimos una fase definitiva que sellará nuestro destino, comprometiendo el futuro por muchas décadas”¹³⁰. En ese plano, la lucha contra la Unidad Popular tenía una doble importancia; era la derrota de su más odiado y temido enemigo, pero también la posibilidad

de desplazar a los partidos y cambiar el sistema político, echando tierra a esa forma de convivencia. Si desde la década de 1930 el nacionalismo había estado esperando una oportunidad para destruir ese orden y no lo había logrado por la supervivencia del Estado de Compromiso, el enfrentamiento social entablado a partir de la administración de Frei Montalva y llevado a su más grave expresión con la Unidad Popular, proporcionaba una ocasión casi única. Para nadie era un misterio que el sistema estaba en crisis—los tres programas presidenciales partían de esa premisa, como ya se indicó—, sólo se necesitaba darle el golpe final y abrir el camino para contruir algo distinto: el Estado Nacionalista: “junto con salvar al país de este peligroso trance, aspiramos a establecer el primer Estado Nacionalista chileno, inspirado en el trabajo, en el deber, en la disciplina y en la justicia social. De nada valdría liberarnos de la opresión marxista, si no tuviéramos otro destino... no se trata, para nosotros, sólo de sacudirnos de las cadenas... se trata de construir un nuevo Estado, un nuevo gobierno; un nuevo sentido de la nacionalidad...”¹³¹. Es decir, el fin de ese orden tan despreciado implicaba una misión trascendente, de creación.

Para cumplir esa misión trascendente debía movilizarse a la sociedad. La derrota de la Unidad Popular no podía ser el resultado de la acción de cúpulas porque eso habría significado caer en los mismos vicios del régimen vigente. Había que involucrar a toda la sociedad. De allí el hincapié que se hiciera en los independientes, pues la defensa contra el marxismo “descansa en la inmensa masa

129. Patria y Libertad, **Manifiesto Nacionalista**, pág.5.

130. *Ibid*, pág. 4.

131. *Ibid*, pág. 7.

independiente de chilenos... en su organización, proyección, entusiasmo y comprensión, reside la única y definitiva esperanza de que podamos mantenernos en un régimen político de respeto por las libertades públicas más esenciales”. Esta insistencia en la participación activa también tenía un sustrato nacionalista, toda vez que si ella se lograba estaría explícitamente probando la posibilidad real de unir a la gran mayoría de la sociedad en torno a un objetivo común. La lucha social contra la Unidad Popular debía ser una tarea nacional, no sólo un “trabajo sucio”, desestabilizador, terrorista: “La defensa de la democracia (es) un impulso de trascendencia para el futuro y una fuerza poderosa para reunificar a los chilenos.”¹³². Una de las tres tareas del nacionalismo era, precisamente, la reunificación de los chilenos divididos por la “prédica marxista”, restaurando el sentimiento patrio y transformando el Estado. Esto explica el énfasis de la organización en la propaganda, la difusión de folletos, las alocuciones radiales y el trabajo callejero: había que mostrar ser la vanguardia.

Esta afán de unidad no excluía a los partidos políticos a los que tanto se criticaba. Dentro de las tácticas de lucha que diferenciaban, “la lucha electoral” implicaba actuar con dichas colectividades en “toda la gama de la acción cívica”, porque también era necesario obstaculizar en términos legales las acciones de la Unidad Popular en materia de medidas tendientes a crear el área de propiedad social y la defensa de ciertas libertades. Por eso, nunca rompieron to-

talmente con los partidos y cualquier coyuntura era útil para crear lazos de unión y ampliar el frente de oposición al marxismo. Así ocurrió, por ejemplo, con la Democracia Cristiana y el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic el cual sirvió para que “el Frente incline sus banderas en señal de duelo y declara que se mantendrá inalterable en defensa del sistema democrático y libertario, cuya vigencia es el único medio para evitar que Chile se siga cubriendo de sangre”¹³³. A pesar de estar hablando de un concepto distinto de democracia, Patria y Libertad priorizó el objetivo de unión, poniendo el acento en aquello que, en teoría, los unía y no en las diferencias.

La masificación del movimiento, en esta etapa de la lucha, requería el adoctrinamiento de sus militantes. A partir de fines de 1971, la organización comenzó a hacer Cursos de Adoctrinamiento en los cuales se hacía una síntesis histórica del nacionalismo, una sinopsis del desarrollo del movimiento social, entre otros, con el propósito de “capacitar a nuevos adherentes y militantes para que cumplan labores de activistas voluntarios en barrios o comunas, en sindicatos y otras organizaciones”¹³⁴. El mismo tipo de organización interna, diseñada para tomar decisiones rápidas sin interrupción si alguno de los jefes nacionales o regionales estaba ausente; el mismo hecho que existieran dichos frentes en las provincias, revela un afán masificador. Esta opción por una amplia base social de apoyo, parece haber sido fundamental en su concepción de la lucha hasta el paro gremial de octubre

132. Las dos citas corresponden a Frente Nacionalista Patria y Libertad **Ensayo programático. Cuaderno N°1**, pág. 8. Este folleto fue facilitado a la autora por Luis Ortega.

133. Abarca, *op. cit.*, pág.106.

134. **Patria y Libertad**, N°9, citado por Abarca, *op. cit.*, pág.81.

de 1972. Según Abarca, la exitosa respuesta del gobierno y de sus adherentes al paro de transportistas habría convencido a Patria y Libertad de que pese a la movilización lograda en dicho evento, ésta no había sido capaz de concretar el derrocamiento de Allende. A partir de esa fecha, el discurso hacia las fuerzas armadas se habría acentuado.

Desde su nacimiento, Patria y Libertad combinó su estrategia de masas con un llamado a las fuerzas armadas. Para el grupo, ellas constituían “la gran reserva moral de la democracia chilena”, por lo cual la mantención de la patria era su deber. Su estrategia para convocarlas a dar un golpe de Estado estuvo diseñada para infundir temores y responsabilidades. Los primeros tenían relación con los intentos del gobierno de reemplazarlas por milicias revolucionarias, atentando contra su existencia: “Su actual intranquilidad obedece... a la eventual desaparición de los institutos armados y su sustitución por milicias o ejércitos populares, según la experiencia de todos los países controlados por el comunismo internacional”.

De la misma manera, se enfatizaba el agravio infundido a Viaux interpretándolo como una ofensa a la institución: “los vejámenes de que ha sido víctima un General de la República, procesado por delitos políticos, cuyo ascendiente en la oficialidad joven y las tropas es cada día más significativo”¹³⁵. Las responsabilidades se vinculaban al deber de los cuerpos armados

de cumplir con su tarea de defensa de la patria, al tener que impedir una guerra civil o su destrucción por obra del marxismo. A juicio de este movimiento, correspondía a estas entidades la defensa de la soberanía política y territorial, y la seguridad interior “amenazada por ideologías foráneas que buscan comprometer a la patria con fines insospechados”. Chile, seguía diciendo el documento, estaba siendo atacado desde el interior y exterior por agentes del comunismo, los que no hacían sino “posponer la significación de la Patria y postergan sus altos y sagrados intereses para satisfacer sus banderías y partidismos”¹³⁶. Su aspiración, entonces, era incorporar a las fuerzas armadas a un puesto de vanguardia en las tareas de la defensa nacional en un amplio sentido, esto es, que respondieran por la integridad territorial y velaran por la seguridad interior del Estado “colocando a salvo nuestro sistema institucional de la peligrosa ofensa de agentes internos o foráneos”. Asimismo, debían integrarse a las tareas de desarrollo social y cultural, asumiendo el control del país en situaciones de catástrofe y contribuyendo al perfeccionamiento cultural y profesional del pueblo mediante el Servicio Militar del Trabajo. La orientación y dirección de tareas de disciplina social para que toda la población respondiera a los requerimientos nacionales debía ser, igualmente, parte de sus tareas como el difundir las tradiciones patrias y preparar permanentemente la movilización industrial y humana del país para enfrentar en forma eficiente cualquier peligro de guerra¹³⁷. En suma, se trataba de insertar a

135. La primera cita corresponde a Patria y Libertad, **Cuaderno N°1**, pág. 38, las siguientes al **Manifiesto Nacionalista**, pág. 6.

136. Patria y Libertad, **Cuaderno N°1**, pág.39.

137. **Ibid**, págs,39-41.

las fuerzas armadas plenamente al quehacer nacional, abandonando la prescindencia y la estrechez de la profesión militar y adhiriendo a las ideas originales básicas del estanquerismo pratisa y, posteriormente, de la Doctrina de Seguridad Nacional. No deja de ser interesante que se halla retomado la idea del Servicio Militar del Trabajo, un experimento iniciado en los años cincuenta con Ibáñez, que hacía realidad la propuesta de unir "la pala al fusil" hecha por los estanqueros¹³⁸. La defensa de la institucionalidad nacional de ideologías foráneas era la lucha contra el denominado "enemigo interno".

A medida que la polarización y la violencia se agudizaron y la movilización de masas mostró sus limitaciones, la provocación a los cuerpos armados para derrocar por la fuerza a la Unidad Popular cambió. En 1973, diseñaron el Plan de Levantamiento Focalizado que suponía una acción conjunta de militares y civiles, en este caso el Regimiento Blindado N°2, pues la única alternativa era "el poder moral y militar de las fuerzas armadas". Este plan se materializó el 29 de junio de 1973 en el "Tanquetazo" cuando el Comandante Souper ordenó el inicio de las operaciones para dar un Golpe de Estado¹³⁹. El P.L. resultó un fracaso y a partir de entonces el grupo pierde la vanguardia en la lucha.

Sin embargo, lo que Patria y Libertad esperaba como resultado de la acción de

las fuerzas armadas no era la instalación de un régimen militar como planteaba Tacna, sino un Régimen Militar nacionalista de tipo transitorio. Dicho gobierno no podría sustentarse en los partidos políticos porque ello crearía divisiones sociales, "sólo un movimiento nacionalista fundado en el amor a Chile y a su pueblo, de una clara ideología popular... puede sustentar un régimen transitorio, no político, que devuelva a Chile la tranquilidad, la confianza y la paz social"¹⁴⁰. Sin duda, Patria y Libertad recogía más la herencia del MNS que los otros movimientos; para ellos la disyuntiva no era la tesis del vacío de poder de Prat, sino Nacionalismo vs. Marxismo, que era la disyuntiva del nacionalismo tradicional que aún no fijaba su atención en las fuerzas armadas. Patria y Libertad era un resabio de ese nacionalismo.

En síntesis, los cambios propiciados por la Democracia Cristiana en los sesenta, el Tacnazo en 1969 y la experiencia de la Unidad Popular entre 1970 y 1973, lograron unificar al nacionalismo tras un objetivo común. Ello, sin embargo, no significó anular las diferencias, ni atenuar los matices entre esos distintos grupos. La estrategia de Patria y Libertad y las discrepancias en torno al "Tanquetazo" y la presencia de las fuerzas armadas demuestran que las diferencias permanecían y tal vez auguraron el fracaso del nacionalismo una vez que las fuerzas armadas se tomaron el poder.

138. Sobre el Servicio Militar del Trabajo, véase Augusto Varas. "La intervención civil de las fuerzas armadas", pág. 69 en Fruhling et al., *Estado y fuerzas armadas*. También Cristián Garay *El Partido Agrario Laborista*, págs.106-109.

139. *El Tanquetazo de ese 29 de junio*. (Ed. Quimantú, 1977).

140. Patria y Libertad, *Manifiesto Nacionalista* págs.30-31.

CONCLUSIONES

Este estudio completa una trilogía acerca de la evolución ideológica y política del nacionalismo chileno de derecha entre 1938 y 1973, iniciado hace tres años atrás. Desde un comienzo, el tema de la relación entre los movimientos nacionalistas y las fuerzas armadas estuvo presente como elemento fundamental de análisis, a pesar que en algunos casos y épocas aquella fuera difícilmente perceptible. La íntima convicción de que ambos fenómenos estaban ligados y que era imposible entender el camino seguido por el nacionalismo sin estudiar, aunque fuera colateralmente, a las fuerzas armadas —en particular al ejército— se constituyó en la guía permanente de esta aventura. Tal como se planteó en la introducción a este estudio, la ultraderecha nacionalista nunca ha sido considerada un actor socio-político digno de tomarse en cuenta, dado el reducido número de militantes que atrae y su escasa presencia en la “gran política”. Lo dicho en este texto, pretende debilitar esa convicción.

Mientras las grandes colectividades partidarias se proponían cambiar la faz de Chile a mediados de los años sesenta, siguiendo el ritmo que sacudía al mundo, y empujarlo hacia la democracia social, los movimientos nacionalistas evaluaban con “miedo” tales promesas pues ellas amenazaban con socavar los pilares y acuerdos básicos que sostenían a la sociedad chilena. Su ancestral antiliberalismo y antimarxismo se agudizaron desde fines de los años cincuenta, cuando la probabilidad de que un candidato marxista pudiera llegar a ser Presidente de la República, a través de los mecanismos de la

propia institucionalidad liberal, se hizo manifiesta. Desde ese punto de vista, el año 1958 fue un hito definitorio para las opciones que el nacionalismo, como movimiento político, tomaría en el futuro, temores que terminarían por confirmarse durante los años de la administración Frei Montalva y la elección presidencial de 1970. El abandono de parte de todos los partidos al compromiso que sostenía el juego político hasta mediados de los sesenta, puso de manifiesto los límites que la estable democracia política chilena tenía y terminó de sembrar el terreno para que una propuesta desconocedora absolutamente del orden democrático liberal se abriera paso, pudiendo acabar de madurar un proyecto político militarista.

A nivel del desarrollo programático o proyectual alcanzado durante los años que ha cubierto este trabajo, el nacionalismo logró dar forma definida a una propuesta política que amenazaba con minar por un largo plazo la tradición institucionalista de Chile. La vaga mirada lanzada por Jorge Prat y los estanqueros a los militares en los años cuarenta como actores sociales que debían incorporarse más activamente al quehacer nacional, logró imponerse por sobre cualquier otra tendencia dentro del nacionalismo chileno y darle un soporte programático a una corriente que nunca había conseguido hacer ningún aporte ni cambio a la institucionalidad vigente. Enemigos casi irreconciliables del orden democrático liberal, siempre esperaron vencerlo con sus teorías de la democracia funcional, el corporativismo, el portalianismo o el propio patriotismo, sin lograr amenguar en un ápice la fortaleza

de la legitimidad que lo rodeaba. La experiencia ibañista en los cincuenta lo terminó de convencer que necesitaban algo más que la exaltación de sentimientos patrióticos o de marginales relaciones con algunos oficiales golpistas, si deseaban transformar realmente la sociedad chilena e instalar un gobierno nacionalista. Los aún desperfilados llamados de Jorge Prat a los militares no cabían dentro de un orden que todos reconocían; sin embargo, cuando la legitimidad de éste empezó a ser minada por un amplio abanico político, Prat pudo articular en mejor forma su originalmente vaga proposición. La experiencia demócratacristiana y la llegada de Allende socavaron lo suficiente al sistema para que la moción nacionalista de que las fuerzas armadas debían convertirse en protagonistas de la vida política nacional y tomar el control del poder alcanzara madurez y resonancia en un espectro social bastante más amplio. La tesis del vacío de poder logró convertirse en un proyecto común a todas las vertientes del nacionalismo, a pesar de sus matices.

La falta de un líder desde el centro o la derecha política que fuera capaz de neutralizar el proyecto de la vía chilena al socialismo, confirmó la tendencia nacionalista a mirar a las fuerzas armadas como el recurso definitivo para detener al marxismo, iniciando un nuevo camino. Los problemas que aquejaban a las fuerzas armadas desde los años treinta, acentuados en los sesenta, sirvieron de canal comunicador y unificador de intereses. Ello llevó a hacer de la figura del General Roberto Viaux un símbolo, toda vez que él se erigía en la expresión de anhelos comunes: una redefinición de las relaciones entre el Estado y las fuerzas armadas, cuestión que permitía una mayor presencia de éstas en la toma de decisiones que era, precisamente, lo que

buscaban los nacionalistas. Involucrar a las fuerzas armadas en la política implicaba desarticular el aparato democrático liberal, cumpliendo uno de los grandes anhelos de estos movimientos. El fin del reinado de los partidos, la representación, el sufragio y la participación sería asegurado con un gobierno militar que, indudablemente, restauraría los principios de orden, jerarquía, autoridad y disciplina, colocándolos por encima de la exacerbación en las demandas y la movilización. La convicción nacionalista que el sistema político debía ser cambiado, y por ende destruido, los llevó a enfatizar los conceptos de honorabilidad, fuerza, sentido del deber, compromiso, sacrificio y patriotismo propio del mundo militar como bases para la destrucción del viejo orden y la construcción de uno nuevo. En función de esos valores —consustanciales a la existencia de la institución— y su responsabilidad de velar por la nación, los oficiales destruirían lo que ya no servía, y a partir de ellos mismos, enmendarían rumbos. La sociedad a crear estaría imbuída de principios castrenses.

La coincidencia valórica con el mundo militar permitió justificar el carácter de “última reserva” que el nacionalismo le reafirmó. Valores compartidos y críticas comunes al sistema permitieron asignar a las fuerzas armadas —“encarnación de la patria”— responsabilidades concretas respecto de la nación, aunque ello significara abandonar el juramento de subordinación a la autoridad civil. Su exigencia por mejoras económicas y de recursos, sólo buscaba, en teoría, cumplir con esa misión, tratándose, por tanto, de un grito desde el alma de la patria misma que luchaba por sobrevivir. El ocaso del orden democrático liberal al cual se asistía urgía de sentimientos patrióticos, sacrificios y heroísmos. Sólo las fuerzas

armadas podrían defenderla de la guerra civil o del marxismo y construir algo mejor. Al producirse ese contacto entre nacionalistas y fuerzas armadas, el nacionalismo dejó de ser marginal.

La articulación de esta solución militarista del conflicto fue, de todas maneras, uno de los más grandes logros programáticos de estos movimientos. La introducción de los militares a la vida política es hasta el día de hoy, más de veinte años después, un problema que somete todos los días a la democracia chilena a nuevas tensiones.

Si la maduración de este proyecto ya fue un éxito importante, su mayor logro, sin duda, estuvo en el terreno político. Su gran problema, como tantas veces hemos reiterado, era su incapacidad de convertirse en una opción política con reales posibilidades de éxito pues nunca consiguió tener una base electoral suficiente para ello, lo cual se reflejaba en su exiguuo peso social. Sin embargo, cuando la antigua derecha histórica entró en su fase final de decadencia y de desconfianza en sí misma, abrió la puerta a estos marginales. Las contradicciones, dudas y desazones que cruzaban la reestructuración de la derecha ya entonces, hicieron de ella una fuerza dividida entre sus anhelos de unir tradición y renovación. La urgencia de sumarse al cambio, de no llegar a verse a sí mismos desfasados con la época y por ello incapacitados de responder a sus militantes y ofrecerles un rumbo nuevo, creíble y posible, influyó para que aceptaran la presencia del nacionalismo autoritario y antidemocrático en sus filas. El revitalizó a la derecha tanto en términos ideológicos como de acción, al ofrecerle un proyecto político novedoso que permitiría detener el proceso de acentuación de las demandas populares y el desorden social;

desde la óptica de la acción, ofrecieron una disposición a la confrontación que la antigua derecha no tenía. Si bien es cierto que los militantes nacionalistas no fueron el núcleo mayoritario que pasó a conformar la nueva derecha, de todas formas gran parte del programa político-presidencial de Jorge Prat de 1963 pasó a formar parte de los principios, objetivos y programa del Partido Nacional y, más aún, los líderes que lo dirigirían en la lucha contra el marxismo venían de las filas nacionalistas. El proyecto nacionalista que hacía de las fuerzas armadas el principal actor del futuro político del país, pasó a esa nueva derecha confrontacionista. En ese momento el nacionalismo entró a la "gran política", a la que realmente ejerce influencia y dejó, por cierto, de ser marginal.

El desplazamiento de estos sectores durante el segundo año del régimen militar instaurado en 1973 y el triunfo de los neoliberales, no atenuó, sin embargo, lo sustancial de su proyecto sino que pasó a ser defendido por aquellos mismos que los habían vencido. El consenso que la participación política de las fuerzas armadas concitó entre los asesores y admiradores del gobierno militar, aseguró la permanencia de esa propuesta.

La recobrada institucionalidad de 1990 sufre todavía hoy los coletazos del éxito político del nacionalismo en los sesenta. La falta de consenso en el espectro partidario respecto al rol que los institutos castrenses deben cumplir en la institucionalidad vigente, lo confirma ampliamente. La esquizofrenia que cruza a la derecha democrática hoy y la fragilidad de la democracia chilena obligan a repensar al nacionalismo chileno y su peso en el futuro.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

FUENTES

• Diarios, Periódicos y Revistas

Bandera Negra

El Diario Ilustrado

El Diario Oficial

Ercilla

Forja

Hoy

Nueva República

Patria y Libertad

Presencia

Octubre

El Siglo

Tacna

Tizona

La Tercera de la Hora

• Documentos Políticos y Folletos

- Partido Nacional, (Sergio O. Jarpa) **Temas Políticos** (Stgo., 1966).

- Partido Nacional, **Fundamentos doctrinarios y programáticos** (Stgo., 1966).

- Patria y Libertad, **Manifiesto Nacionalista** (Stgo., 1971).

- Patria y libertad, **Ensayo Programático. Cuaderno N°1** (s/f).

- S/a, **El caso Schneider. Operación Alfa** (Ed. Quimantú, s/f).

- S/a, **Los documentos de la ITT** (Ed. Quimantú, 1972).

- S/a, **El Tancazo de ese 29 de junio** (Ed. Quimantú, 1973).

- **Boletín de Sesiones de la Cámara de Senadores**, 1969.

BIBLIOGRAFIA

CLAUDIA ABARCA et. al., "El Frente Nacionalista Patria y Libertad (1970-1973)", U.C.B.C., 1995.

ROLANDO ALVAREZ et. al., "De Ariosto Herrera al General Viaux: un estudio de los complots militares en Chile", U.C.B.C., 1995.

EDUARDO ALDUNATE (tte. coronel), **El ejército de Chile 1603-1970. Actor y no espectador en la vida nacional** (Stgo., 1993).

ALAN ANGELL, **De Alessandri a Pinochet** (Stgo., 1993).

MARIO ARNELLO, **Proceso a una democracia. El pensamiento de Jorge Prat** (Stgo., s/f).

GENARO ARRIAGADA y MANUEL ANTONIO GARRETÓN, "América Latina

- a la hora de la Seguridad Nacional” en María A. Pérez **Las fuerzas armadas en la sociedad civil** (CISEC, 1978).
- PABLO BARAHONA et. al., **Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional** (Stgo., 1973).
- ANDRES BENAVENTE y RICARDO SÁNCHEZ , **La presencia libertaria en la derecha chilena**, CISEC, 1978.
- HUGH BICHENO , “Anti-Parliamentary Themes in Chilean History: 1920-1970”, **Government and Opposition**, VII, 3, 1972.
- LEONIDAS BRAVO, **Lo que supo un auditor de guerra** (Stgo., 1955).
- FERNANDO CASANUEVA y MANUEL FERNANDEZ, **El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile** (Stgo., 1973).
- MARCELO CAVAROZZI, “Populismos y partidos de clase media”, **Revista Mexicana de Sociología**.
- SOFIA CORREA, “La derecha en la política chilena de la década de 1950”, **Opciones**, 1986.
- SOFIA CORREA, “La derecha en el Chile contemporáneo: la pérdida del control estatal”, **Revista de Ciencia Política**, N° 11, 1989.
- SOFIA CORREA, “Iglesia y Política: el colapso del Partido Conservador”, **Mapocho**, N° 30, 1991.
- RENATO CRISTI y CARLOS RUIZ, **El pensamiento conservador en Chile** (Stgo., 1992).
- FLAVIO CORTES, “La derecha política y su relación con el autoritarismo: 1952-1970”, **ILADES**, 1983.
- FEDERICO CHABOD, **La idea de nación** (México, 1987).
- PAUL DRAKE, **Socialismo y populismo. Chile 1936-1973**, (Valparaíso, 1993).
- JULIO FAUNDEZ, **Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973** (Stgo., 1992).
- HUGO FRÜHLING, C. PORTALES y A. VARAS, **Estado y fuerzas armadas** (Stgo., 1982).
- CRISTIAN GARAY, **El Partido Agrario Laborista** (Stgo., 1988).
- JOAN GARCES, **La pugna por la presidencia** (Stgo., 1971).
- MANUEL ANTONIO GARRETON, **El proceso político chileno** (Stgo., 1983).
- MANUEL ANTONIO GARRETON y TOMAS MOULIÁN, **La Unidad Popular y el conflicto político en Chile** (Stgo., 1993).
- ERNEST GELLNER, **Naciones y nacionalismo** (Madrid, 1988).
- JUAN CARLOS GOMEZ, **La rebeldía socialista**, Flacso, N° 82, 1993.
- MAURICIO HIDALGO, “El Ariostazo, PUMA y Línea Recta. Una desviación del profesionalismo de las fuerzas armadas chilenas”, Tesis inédita, P.U.C., 1994.
- ERIC J. HOBSBAWM, **Naciones y nacionalismo desde 1780** (Barcelona, 1992).

- SERGIO ONOFRE JARPA, **Creo en Chile** (Stgo., 1973).
- JULIO CESAR JOBET, **Historia del Partido Socialista de Chile** (Stgo., 1987)
- CARLOS MALDONADO, "Entre reacción civilista y constitucionalismo formal: las fuerzas armadas chilenas en el período 1931-1938", *Flacso*, N° 55, 1988.
- SERGIO MARRAS, **Confesiones** (Stgo., 1988).
- SERGIO MARRAS, **Palabra de Soldado** (Stgo., 1989).
- TOMAS MOULIAN, "La debilidad hegemónica de la derecha en el Estado de Compromiso", *Flacso*, N° 129, 1981.
- TOMAS MOULIAN, "Desarrollo político y Estado de Compromiso: desajuste y crisis estatal en Chile", *Cieplán*, N° 8, 1982.
- TOMAS MOULIAN e ISABEL TORRES "La derecha en Chile: evolución histórica y proyecciones a futuro", *Estudios Sociales*, N° 47, 1986.
- TOMAS MOULIAN, **La forja de ilusiones** (Stgo., 1993).
- LIISA NORTH, **Los militares en la política chilena** (Nueva York, s/f).
- JORGE NUÑEZ, "El gobierno demócrata-cristiano. 1964-1970", *Andes*, N° 1, 1984.
- ARTURO OLAVARRIA, **Chile entre dos Alessandri** (Stgo., 1962), dos vols.
- ARTURO OLAVARRIA, **Chile bajo la Democracia Cristiana** (Stgo, 1970), tres vols.
- CARLOS PRATS, **Memorias. Testimonio de un soldado** (Stgo., 1985).
- PATRICIO QUIROGA, **Dos casos de nacionalismo autoritario en Chile** (Stgo., 1994).
- PABLO RODRIGUEZ GREZ , **Entre la democracia y la tiranía** (Stgo., 1972).
- ERWIN ROBERTSON, "Ideas nacionalistas chilenas. 1910-1966", *U.CH.*, 1978.
- RAUL SILVA MATURANA, **Camino al abismo** (Stgo., 1955).
- KALMANSILVER, **Nacionalismo y política de desarrollo** (Buenos Aires, 1966).
- VERONICA VALDIVIA O. DE Z., **La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936** (Stgo., 1992).
- VERONICA VALDIVIA O. DE Z., **El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)**, Serie de Investigaciones, N° 3, 1995.
- VERONICA VALDIVIA O. DE Z., **Nacionalismo e Ibañismo**, Serie de Investigaciones, N° 8, 1995.
- AUGUSTO VARAS , **Chile. Democracia. Fuerzas Armadas** (Stgo., 1980).
- AUGUSTO VARAS, **El Partido Comunista de Chile. Estudio multidisciplinario** (Stgo., 1988).
- FLORENCIA VARAS, **Conversaciones con Viaux** (Stgo., 1972).